



Mujer de
Amor, Lucha y
Perseverancia

María Pérez de Giraldo

Biografía

Mujer de *Amor, Lucha y Perseverancia*



María Pérez de Giraldo



Biografía



María Pérez de Giraldo

Título
MUJERDEAMOR, LUCHAYPERSEVERANCIA
María Pérez de Giraldo
Biografía

Autor
Sofía Giraldo Pérez

Protagonista
María Pérez de Giraldo

ISBN
978-958-48-3939-8

Coordinador de textos y redacción
Sofía Giraldo Pérez

Revisión de texto
Myriam Helena Corredor Sua
Edgar Germán Zarama Vásquez
Sócrates Cardona Giraldo
Vladimir Alexander Velásquez Giraldo

Editor
Rubinel Giraldo Pérez
ITGA Ingeniería SAS
NIT 900264177-2
3587648 – 3138325941
Calle 54A Bis No. 16-09 Piso 5

Fotografías
Archivos Familia Giraldo Pérez
Edith Giraldo Pérez

Diseño y diagramación
Javier Alejandro Velásquez Giraldo
Hernán Angarita Romero

Impresión
Primera edición Junio 1 de 2018
Bogotá Colombia

Datos del autor
sofiagiraldoperez@gmail.com
3115290780

© Copyright. Derechos reservados. Toda reproducción para uso comercial debe ser expresamente autorizada por el autor. Para usos no comerciales se permite la reproducción parcial de esta trabajo, siempre y cuando, se cite la fuente, se den los créditos correspondientes y se envíen dos ejemplares al autor.

TABLA DE CONTENIDO

	<i>Pág</i>
CAPITULO 1: Una semilla brota del amor	10
CAPITULO 2: Mi infancia, el despertar	14
CAPITULO 3: De la niñez al matrimonio	21
CAPITULO 4: Un esposo...Llegan los niños	32
CAPITULO 5: Manizales: Experiencia fatal	36
CAPITULO 6: Hoy que vuelvo a tus lares: Florencia	40
CAPITULO 7: Bogotá, luz de esperanza	47
CAPITULO 8: Un barrio en las alturas: Las Colinas	51
CAPITULO 9: San Francisco: La Casa Grande	58
CAPITULO 10: Se abre las puertas a la juventud	67
CAPITULO 11: Nada fue fácil, las sombras asechan	71
CAPITULO 12: Regina 11. Mi salvadora	76
CAPITULO 13: Escuela, juegos y travesuras	84
CAPITULO 14: Nuevos horizontes: Hijos inician su partida...	96
CAPITULO 15:La Fragua: Oportunidad de vida	110
CAPITULO 16: El regreso a San Francisco	120
CAPITULO 17: Suba y el hoy	127
CAPITULO 18: Homenaje	135

PRESENTACIÓN

Una tarde de junio del año 2017 justo un año antes de que mi madre María Pérez de Giraldo cumpliera sus 80 años, charlábamos mientras disfrutábamos una taza de café sobre temas como la existencia del ser humano y la huella que deja en su paso por la vida, imaginamos que escribir su historia de vida como madre de 16 alumbramientos, bien podría confundirse con una novela de ficción y recrearla sería maravilloso.

Desde ese momento me tomó de su mano para guiarme por aquellos paisajes maravillosos que la vieron nacer, logré transportarme y vivir con ella sus momentos de felicidad, sentí sus angustias cuando viajamos por caminos tormentosos y vimos la luz de la esperanza a largo del camino.

La tarea no fue fácil, nunca imaginamos los riesgos y travesías que íbamos a correr, desde el primer momento sentí la gran disposición y cooperación de mi madre, nos sentíamos ante este desafío cuando llegó el magnífico momento donde participaron todos mis hermanos, cuñados y sobrinos; unimos nuestras fuerzas y una vez más esta gran familia lograr ver cristalizado nuestro sueño.

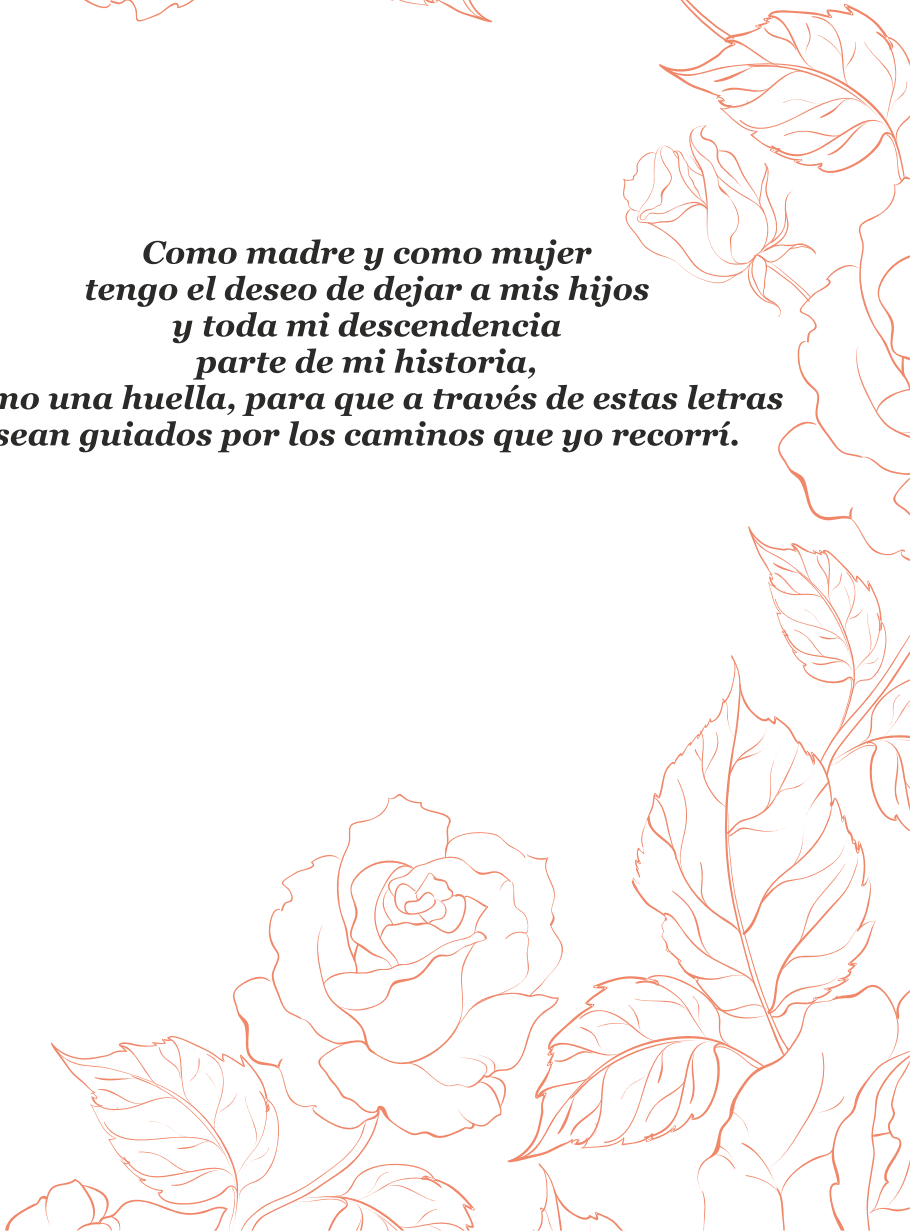
Empalmamos muchas manos en función de nuestra memoria familiar interna, considero que valió la pena la persistencia, es así como hoy primero de junio de 2018, entregamos a la familia la historia de María Pérez y todos sus retoños. Cuando Jerónimos quien hoy tiene un mes de vida, tenga plenitud de conciencia para leer este libro, podrá entender quién fue su Bis-abuela, también recorrerá su vida y así a todos sus descendientes.

Agradezco a Dios, a la vida y a mi madre por permitirme entrar en su mundo, sacar a la luz sus vivencias, para que la familia y allegados entendamos que la vida es lo que queremos recordar y como lo vivimos. María Pérez es el reflejo del inmenso amor, lucha incansable y perseverancia para sacar sus hijos adelante. Te amo madre y gracias por permitirme socializar tus enseñanzas de vida.

Sofía Giraldo Pérez



***Como madre y como mujer
tengo el deseo de dejar a mis hijos
y toda mi descendencia
parte de mi historia,
como una huella, para que a través de estas letras
sean guiados por los caminos que yo recorrí.***



Una semilla brota del amor



Una mañana lluviosa en la hermosa vereda *Chorro Rico*, se disfrutaba un clima cálido, frondosa vegetación y fue ahí cuando llegué al mundo, abrí mis ojitos un primero de junio de 1938. Mamá Genoveva, —como le decíamos a mi abuela— ya se había adelantado unos días para esperar mi llegada. Para mi mamá Clara Osorio no fue difícil tener un parto más, mujer experimentada en la maternidad; antes ya habían nacido once hermanos. Me contó que toda la noche estuvo con dolores, pero fue un bello momento al ver que había nacido una niña. Y como si supieran que iba a ser una mujer, ya me tenían mi nombre, sería María, como la Virgen y todos esperaban que fuera tan buena y pura como ella. Por ser miércoles, mi padre Ricardo Antonio tenía que ir a trabajar la tierra en la misma finca, cuando llegó a la hora del almuerzo ya me tenían arregladita y lista para que él me conociera.

De niña fui muy sana, bien alimentada y muy tranquila, una bella morenita de cabellos gruesos rizados. A los pocos días mis papás

tenían que aprovechar las misiones católicas, que llegaban a los sitios donde no había iglesia. Generalmente un sacerdote con sus discípulos tenía a su cargo varias veredas y les llevaba la palabra de Dios una vez por mes como mínimo; muchos campesinos les llamaban Las romerías que en un contexto real son peregrinaciones asociadas a lugares sagrados, donde se solicita o agradece una petición religiosa.

Entonces se hacía la misa al aire libre en el Municipio de Samaná corregimiento de Florencia Caldas, para esa época el pueblo apenas tenía unos 60 años de fundado y era necesario acudir a esas misiones de peregrinación. Los trayectos eran bastante difíciles de atravesar, pero ellos en su misión de mensajeros de la palabra de Dios llegaban todos los domingos y empezaban la fiesta católica desde las siete de la mañana y era aprovechado para celebrar bautizos, primeras comuniones y matrimonios. En una de esas visitas de profundo recogimiento espiritual fui bautizada a los diez días de haber nacido en la vereda La Reina.



Así fui creciendo, de bebé era pasiva y demasiado silenciosa, cuando fui creciendo poco me gustaba hacerme notar, ni molestar a las personas, permanecía cerca de mamá para sentirme acompañada. Fui la hija número 12, casi de los menores, después de mí sólo nacieron mi hermano Juan Bautista y José Javier.

Cuando mis padres cumplieron el sueño de tener una finca propia, ya tenían siete hijos y poco a poco fuimos naciendo otros, hasta completar 14. Allí se disfrutaba de una inmensa tranquilidad, no había de qué preocuparse, la generosidad de la tierra y los frutos de sus cosechas, eran suficientes para vivir. A pesar de carecer de una fuente propia de

agua, mi papa y los trabajadores tuvieron ingenio para hacer llegar hasta la casa este valioso líquido.



Tuve poco contacto con mi papá, pues trabajaba mucho en la finca que al comprarla no había sido tocada por el hombre y toda la tierra era virgen. Era necesario abrir trochas, al ir descubriendo sus posibilidades de siembra,

agricultura y vida animal, también aparecieron los peligros; especialmente las culebras, por desgracia lo mordieron en circunstancias diferentes, al principio él no puso mucha atención, cuando sufría este flagelo se curaba con remedios caseros, luego de haberlo picado en cinco ocasiones varias estas serpientes venenosas, su cuerpo ya no resistió más y cayó enfermo. Todo su organismo estaba contaminado, la sangre envenenada se fue esparciendo; los médicos detectaron que aunque se le hiciera un tratamiento, corría el riesgo de morir.

Dadas las circunstancias se necesitaba mucho dinero para tratar la enfermedad y decidieron hipotecar la finca. No había ciencia médica, solo mi tío Eugenio, hermano de mi padre, era el único médico del pueblo y de la familia, pero no logró salvarlo, no había nada que hacer. Mi padre se fue del lado de nosotros, para donde su mamá Estefanía Quintero, en Nariño Antioquia, dejando a mi madre a cargo de todo, luego de dos años regresó a pasar sus últimos días de vida con su familia.

Ahí tengo recuerdos vagos de mi padre, tenía sus cabellos negros, tez morena y muy buen mozo; a pesar de ser un hombre atractivo, joven y soñador, su enfermedad lo devastó. La mirada perdida y la palidez de su rostro reflejaban la derrota aquí en la tierra, los últimos días los vivió en nuestra casa rodeado de su esposa e hijos. Las palabras desde su

lecho de muerte expresaban la tristeza de su partida y le hizo prometer a mamá que cuidaría bien de los hijos, repartiendo equitativamente lo que quedaba de herencia.

Su padecimiento duró dos años, mi madre enviudó a los 42 años quedó profundamente afligida, pero jamás bajó su rostro, ni derramó una lágrima después de su muerte; mostrándose como una mujer fuerte y activa. Quedamos 13 hijos vivos; cuatro casados Baudilio, Lino, Ana y Rosa; nueve menores; Ricardo Antonio, Noé de Jesús, Ramón Adán, María Elena, Ana Eva, Jesús María, luego estoy yo María, después de mí Juan Bautista y el menor José Javier. Clara Osorio llevaba una hija en su vientre que estaba en proceso de gestación y murió al nacer.

Mi padre fue digno representante de la Colonización Antioqueña, de aquellos arrieros que a mula y machete conquistaron selvas vírgenes en el siglo XVIII, XIX y XX.

Esta tradición se festeja en todos los pueblos fundados, durante las fiesta Municipales, alrededor de las famosas “Colonias” que son las comparsas en las fiestas que actualmente conmemoran la fundación de sus pueblos que representan ante todo las esencias de la cultura paisa: “el amor a la tierra”, “el amor a la familia” y “volver de otras ciudades es renacer en las tierras de los ancestros”, la “capacidad de emprendimiento”, “la generosidad y amabilidad de las familias”, y “la religiosidad profunda”, “cultura tradicional y ancestral”, estos son algunos rasgos de las formas del ser, sentir y pensar de la cultura paisa.

Hice la primera comunión a los cuatro años con el Padre Roberto Campos Mejía, quien me había bautizado. Tengo vagos recuerdos de mi niñez, y empecé a tener conciencia solo después de la muerte de papá, ahí fue mi despertar.

Mi infancia, el despertar

Cuando somos pequeños, vivimos en mundos desconocidos, a nuestra mente llegan y se van personajes e historias. Se escapan del recuerdo las alegrías y las tristezas, hasta que por arte de magia llega eso que llamamos conciencia y se instala en nuestro cerebro para quedarse ahí, acompañándonos para siempre, gracias a ella recordamos y sabemos qué está bien o qué está mal. Solo hasta después de los siete años fue mi despertar a la vida, hasta ese momento tuve conciencia como persona. Tengo que reconocer que mi madre era una hermosura de mujer, cuando nuestra salud se quebrantaba, ella estaba ahí para cuidarnos con devoción, hacía lo posible por sanarnos. Su dolor fue tan profundo cuando luchó en vano al intentar salvar a mi papá, pero ya fue imposible, eso sí lo recuerdo.

No olvidaré la felicidad que acompañaba mi vida y la de mis hermanos, en medio de la naturaleza; verdosos tapetes recibían nuestros pies al caminar. La vereda Chorro Rico proyectaba una vista florecida en la madrugada, a lo lejos se extendían las montañas y el camino se cubría de encantadoras arboledas.

Los trabajadores se perdían entre las cosechas de plátano y cacao. Con



mis hermanos jugábamos a la lleva y a las escondidijas, cerca de las cementeras que eran espacios donde cosechaban los frutos necesarios para vivir. Disfrutábamos de leche recién ordeñada porque la tierra era suficiente para todo: teníamos inmensos potreros para el ganado.

En las mañanas se disfrutaba del aroma exquisito del café recién molido, cosechado

y procesado en la finca. La casa estaba rodeada de la cementera con espacios planos donde caminábamos seguros, adecuados para los juegos de niños. Los árboles de café con sus frutos rojos adornaban su entrada, igual que los cercos de fique, cuyo florecer producía una fragancia aromatizante. No faltaba el jardín de flores blancas, jazmines y clavellinas; las rosas amarillas y rojas representaban el amor que nos envolvía, altas enredaderas colgaban en las chambranas, que es aquello que separa la casa de los patios; como el corredor. Adornaba el paisaje las auroras, violetas y hortensias.

Y para tener los alimentos a la mano, mi hermano Lino, el ebanista de la familia, había hecho un estante de madera de un metro con 80 centímetros de ancho, por 80 de alto, cuando había cosecha de aguacates se llenaba con verdes de estas deliciosas frutas, sólo era ir y tomar uno para disfrutar su sabor.

No faltaban en los patios las aves de corral, gallinas y piscos. Una tonalidad sonora acariciaba los oídos que provenía de aves cantoras como el sinsonte, turpial y el ruiseñor. Veíamos a diario aves de lujo entre ellas la mirla; decoraban el espacio los pajaritos, mariposas multicolores y colibríes. Nuestra vivienda era en una loma y la naciente de agua era abajo, entonces adaptaron un transportador, especie de molino con cuerdas para subir este valioso líquido.

La cercanía del río Samaná, que divide a Antioquia de Caldas, permitía tener buen pescado, veíamos a los hombres sacar peces de diferentes tamaños para disfrutar de un delicioso sancocho. De muy niña recuerdo cuando mamá cogía una piedra, le sacaba filo con un puntero, hasta quedar en forma de batea para moler el chocolate, el maíz para la mazamorra, las arepas y el café.

De ese hermoso lugar *Chorro Rico*, me quedaron las mejores evocaciones de mi infancia, mi hermano Jesús María desde muy niño sentía el llamado de Dios y jugábamos a decir Misa; —era como un misterio—

se adaptaba la iglesia con un banqueado, formado por los desniveles de la tierra, donde principalmente se hacía el altar en terreno un poco más alto, como una terracita, se cubría con hojas grandes y redondas para darle pureza al sitio. Por su puesto él era el sacerdote y también usaba de esas mismas hojas para hacer su casulla, (vestimenta propia de los sacerdotes), de las matas de anicillo, sacábamos el pezón o cuello de la vestimenta sacerdotal, para la casulla y encima de la cabeza se ponía otra hojita más pequeña.



Lo más importante para nosotros, según mi familia era cumplir con los sagrados sacramentos. En mi primera comunión recibí un regalo del sacerdote, una cruz, ésta era la que utilizábamos para la misa. En esa época se decía la misa de espaldas y en latín. Nosotros obedecíamos con todo el respeto que se requería, éramos cinco niños: dos sobrinos, José Raúl y Delia, hijos de Ana, mi hermana mayor y nosotros los menores, Juan Bautista, Javier y yo. Era tan grato y solemne para mí verlo en ese altar; así empezaba la ceremonia...

Per signum Sanctae Crucis, de inimici nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios Nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

*Deus tecum est vos
Et cum spiritu tuo*

*PATER NOSTER
Padre Nuestro*

*Pater Noster, qui es in caelis,
sanctificétur nomen Tuum,
adveniat Regnum Tuum,
fiat volúntas tua,
sicut in caelo et in terra.*

Gloria

*Gloria Patri, et Fili, et Spiritui Sancto,
sicut erat in principio, et nunc et Semper,
et in saecula saeculorum, amen.*

Nosotros no teníamos juguetes, mis muñecas eran hechas con tela y de trapo. Una vez mamá y mis hermanos mayores, me llevaron a una finca, ellos hacían trabajos de agricultura, sembraban maíz. Mientras trabajaban, yo jugaba con las muchachas de la casa, fue tan emocionante ver que tenían muchas muñecas y notaron en mis ojos la admiración, sintieron tanta ternura que no tuvieron otra opción sino regalarme varios de esos juguetes inalcanzables para mí.

Al terminar la jornada, yo venía feliz jugando e imaginando tener esos regalos para siempre en mi casa. Ya en el camino, ellos se iban alejando y yo me quedé atrasito para lavarme las manos en una quebrada. De repente me di cuenta que estaba demasiado lejos de ellos, ¡me quedaron!—pensé— y salí corriendo para alcanzarlos. Cuando me percaté de que mi más preciado tesoro se me había quedado cerca a la quebrada, sentí un dolor profundo, era la primera vez que sentía presión en mi pecho. Ese sentimiento lo guardé en silencio absoluto, brotaron de mis ojos las primeras lágrimas por una pérdida.

Cuando veía la letra de mis padres, los escritos de mis tíos con su grafía legible y entendible; ahí interpretaba que ellos eran preparados. Escribían bellas cartas donde no se evidenciaban errores. Entendí que habían estudiado en la Universidad cuando vi a mi tío Eugenio Pérez, hermano de mi padre, trabajando en el Centro de salud del pueblo. En

Florencia él era el médico, diagnosticaba y aliviaba la gente de allí y de las veredas cercanas; pero los más graves eran trasladados a Samaná Caldas. Ver a alguien de la familia tan preparada era motivación suficiente para que nos posibilitaran estudiar desde niños.

A medida que íbamos creciendo se iba dando la necesidad de aprender, de niños mamá nos adelantaba, mientras entrábamos a la escuela; por ejemplo, las primeras letras, leer, contar y los hechos más importantes de la historia. Yo sabía un poco más que mis hermanos. Cuando tenía cuatro años, mi tía Julia era una persona maravillosa me llevó con ella a pasar unas vacaciones y me enseñó variados temas y hasta me preparó para la primera comunión, ese fue su regalo. En esa época se recibía este sacramento desde muy pequeños, en mi caso fue a los cuatro años y ella fue mi madrina de confirmación.

Ya con la finca hipotecada, las cosas se complicaron, pues mi madre no tenía con qué pagar, ya no se podía disponer de esas tierras, ni trabajarlas. Nos salimos de allá y con lo que sobró de la hipoteca, compraron otra propiedad, un terreno más pequeño, llamado *la Selva en la vereda Montecristo*, la cual se debía distribuir para 13 herederos así: a Baudilio, Lino, Ana y Rosa, que ya tenían familia les correspondía una mayor parte de la propiedad para que trabajaran la tierra.



Quedábamos nueve solteros y mamá se puso en frente de la distribución, fue repartiendo por partes iguales para cuando tuviéramos familia. Allí se podía construir, para crecer y estar en juntos; quizás esta nueva finca no era igual de cómoda y bella como la anterior, pero se

conservaba todavía la esperanza de una vida proyectada a un futuro mejor.

Mi bello pueblo que me vio crecer es Florencia Caldas, corregimiento ya establecido que tenía su propio alcalde, la majestuosa iglesia, el retén de policía, contaba con servicios de salud y un médico, mi tío Eugenio. El correo era en dos modalidades: el telégrafo para la comunicación más urgente y la del cartero. Un caminante que viajaba a pie o a caballo, era muy curioso ver que en la vereda avisaban de su llegada, gritando y corriendo la voz...

— ¡Llegó el cartero, llegó el cartero!

Todos se aglomeraban para recoger sus cartas, donde les cogía la noche eran albergados por cualquier vecino de las veredas; para ellos era un orgullo alojar al cartero de turno, donde era atendido con deliciosos platos de comida y bebida. Así a la madrugada, entregaba la encomienda a otros caminantes que también distribuía en pueblos cercanos; a veces duraban hasta ocho días de recorrido.



De esta forma mamá recibió la misiva de mi abuela, quien le informaba que se trasladaban, ella y mi abuelo Jesús Osorio a este pueblo, porque habían comprado una casa en Florencia.

Allí también funcionaba el colegio para estudiantes sobresalientes, provenientes de las veredas cercanas. Su fundador era el padre Roberto Ocampo Mejía. Mis abuelos aún conservaban alegría, energía, vigorosidad y buena salud, decidieron invitarnos a vivir a su casa mientras estudiábamos. Allí nos reuníamos los hijos menores; Jesús, Juan Bautista y yo.

Por esa época mi tío José Jesús, hermano de mi mamá había quedado viudo, su esposa Lucrecia Granada murió muy joven, entonces sus tres hijos: Roselia, Rodrigo y Rosalba también vivían con nosotros.



Fui de las más inteligentes, receptiva, seria y responsable con mi estudio, me destacaba entre las niñas, porque la escuela funcionaba por separado; un lugar para los niños y otro para las niñas. Allí jugábamos, estudiábamos y también hacíamos oficio. Nosotras las mujeres teníamos que tender las camas y limpiar el piso, a veces lavar los platos y mantener los espacios adecuados para la convivencia.

Los fines de semana nos devolvíamos para la finca con mamá; ella nos recibía como reyes, con los brazos abiertos, demostraba su inmenso amor hacia nosotros mediante la comida. Como nunca me enseñó a hacer oficio, ni a defenderme en las labores de la casa, con mayor criterio respetaba el estudio, en mi mente imaginaba que sólo debía prepararme ya.

Siempre hubo trabajadores que iban y venían y nosotros sólo jugábamos. Cuando yo tenía como ocho años veíamos a los jornaleros en el campo, entre ellos un muchacho de quince años que se llamaba Libardo, vecino de casi toda la vida de nosotros.

De la niñez al matrimonio

Una de las aventuras mágicas de cualquier niño o adolescente es el paso por el colegio; estudiar me permitía volar por mundos inimaginables, viajar a través de la historia, descubrir las ciencias y el origen de las cosas que nos rodean. Dentro de mis planes de niña y casi adolescente estaba convencida que iba a seguir estudiando. Pero no imaginaba el giro que daría mi vida a partir de ese momento.

Mi hermano Ricardo era muy amigo de Libardo, el muchacho que había jornaleado en la finca *Montecristo*, donde don Olegario, un viejo alto moreno y lánguido, esposo de mi tía Julia. Allí cultivaban café, plátano, caña y frutas. Para que el trabajo de los jornaleros fuera más liviano se turnaban; una semana los dos trabajaban en la finca la *Encimada*, una sucursal de *Montecristo*, y la siguiente semana laboraban también los dos en la nuestra. Librado por ese motivo siempre estaba cerca de mi familia. Desde que yo tenía seis o siete años lo veía por ahí merodeando la finca, pues la semana que le tocaba en Montecristo se quedaba a dormir junto con los otros trabajadores.



Cuando yo tenía 13 años llegó el rumor de que Libardo había tenido una desilusión de amor; ese hecho estaría directamente relacionado conmigo y determinaría mi futuro. Él era gallardo, delgado y muy buen mozo. Admiraba la belleza femenina ante todas las cosas del mundo y perseguía la ilusión de tener una mujer para él, con sus propios hijos y un hogar.

Libardo en lo cotidiano permanecía feliz, era un enamorado de la música, solía combinar las letras de las canciones con sus sentimientos. Así se ayudaba a superar las penas de amor. —Bueno para él era fácil—, como decía Ricardo entre risas —*siempre habrán otros caminos y otras mujeres por conocer y un as bajo la manga para todo lo relacionado con el amor*—. Cuando estaba enamorado, triste o feliz, lo vivía con bellas rancheras. Mientras trabajaba en el campo, se le escuchaba canciones que se aprendían en las cantinas los fines de semana. Se llamaban así aquellas tiendas donde vendían trago para los jornaleros al salir de trabajar, iban a tomar aguardiente y escuchar música en las rockolas, compartimentos de madera donde se ponían los discos (acetatos negros circulares) y funcionaban con una aguja cuando se le insertaba una moneda.



Libardo en el lapso de un año y medio, permaneció sin novia. Mientras tanto yo crecía y estudiaba, él le pidió a Dios que su próxima novia y futura esposa jamás hubiera sido tocada por un hombre y él fuera su primer novio. María cumplía con ese perfil, pues no había tenido novio y mucho menos había dado un beso a un hombre.

En cambio yo aún inocente de lo que me esperaba, en las noches agradecía a Dios por estar estudiando, recordaba mis días de colegio.

Allá era muy feliz, aprendía fácilmente, recitaba poemas, rezaba todo lo que me enseñaban y cantaba hermosas canciones religiosas que aprendíamos con las niñas. El colegio lo creó el sacerdote Roberto Campos Mejía, quien también me educó en Florencia. Pasé de la escuela al colegio y en esa transición nos separaron a los niños y niñas por género, colegio de mujeres y colegio de varones, allá solo entraban los mejores, y yo fui de las primeras que aceptaron, veían mis fortalezas en el aprendizaje, pero el destino me tenía predestinado algo muy diferente, y lo primero que afectaba era mi estudio y la esperanza de sacar un bachillerato.

Desde muy niña, mi madre me inculcaba el buen comportamiento, educación y costumbres necesarias para un buen futuro. La honra de la mujer se la daba el hombre, cuando la llevaba pura al matrimonio. Significaba que nunca antes había sido objeto de chismes —estar en boca de la gente— como decían las señoras. Una mujer bien casada era presentada ante la sociedad con orgullo por su esposo. *Cuando se perdía la honra jamás se podía recuperar* —palabras de mamá— y por las mujeres que me rodeaban, también era el sermón de los domingos en la misa. Más adelante descubrí que eso no solo pasaba en Caldas, sino en toda Colombia.



Mientras estudiaba mi madre se quedaba en el campo, y nosotros íbamos los fines de semana a visitarla después de la escuela. Cuando vivíamos con los abuelos Genoveva y Jesús María Osorio, sentíamos gran afecto brindado por ellos. La abuela, una mujer buena, me enseñaba a hacer hermosos bordados, mientras en la casa del campo seguía siendo la niña bonita. Los oficios de la cocina eran desempeñados por mi mamá, veía como ella sola hacía los oficios de la casa sin contar con nuestro apoyo. Entonces me preguntaba...— ¿será que las mujeres cuando se casan les toca hacer el oficio? y ¿por qué mi madre evitaba enseñarme todo? A lo mejor nunca me voy a casar y en el fondo sentía un descanso. Desde lavar la loza, arreglar la ropa y barrer lo hacía mi madre en su manera silenciosa de educarnos con el ejemplo. Los temas de intimidad, como el desarrollo en la juventud, el crecimiento del cuerpo y la formación de la mujer, eran temas vetados; mucho menos hablar de intimidad o relaciones de pareja.

La misa de los domingos era el evento más importante de la semana, las señoritas lucíamos los mejores trajes, variados velos en la cabeza y bellos peinados. Era el lugar propicio para conocer gente de las veredas cercanas, veía como entre jóvenes se lanzaban sus miradas en son de conquista. En mi inocencia no alcanzaba aún sentir lo que decían las señoritas cercanas a mí, —la atracción por los muchachos— en eso yo era una niña con cuerpo de mujer; así me sentía y así vivía.

En las mañanas también entonaba canciones como *Los Guadales*, *Pueblito viejo y espumas*. Al salir de misa en uno de esos domingos, aún tenía puesto mi velo negro en la cabeza, pues era obligatorio para poder entrar, en ese momento sentí una mirada, di la vuelta con curiosidad y descubrí que era ese joven delgado, cabello rubio y de ojos claros. Muchas veces lo había visto en la finca pero esta vez sentí en sus ojos algo diferente. Seguí mi camino sin detenerme a pensar, creo que eran cosas de grandes quizás, y yo no tenía edad para eso, además con mi seriedad y la protección de mi madre, quién se acercaría.

Un ritual acostumbrado por los católicos, consistía en ir a misa los primeros viernes de cada mes, durante nueve viernes, la mayoría de los campesinos asistían con devoción para pedir milagros, cumplir penitencias y de paso charlar con la gente. Se volvió una rutina que nosotros asistiéramos con mi madre y mis hermanos, allí veía a Libardo, él aprovechaba para charlar conmigo, pero de temas cotidianos, nada comprometedor.

Una tarde en que disfrutaba de la vista, el aroma de las flores y el verde maravilloso de la naturaleza, daba gracias a Dios por permitir estar al lado de mi madre los fines de semana, ya que los otros días eran de colegio en el pueblo. Entré a la casa con una sonrisa en los labios por mis pensamientos, estaba dispuesta a seguir mi camino cuando Ricardo mi hermano, el mayor de los solteros, mi mamá y Libardo me sorprendieron con su mirada...

—Hija ven... ¿Qué me querrían decir? Me pregunté

Habían tomado decisiones por mí, me dispuse a escuchar, primero a mi madre

—Como usted lo sabe, ya está en edad de casarse, precisamente a eso vino Libardo. Mi sorpresa fue mayúscula, un frío estremeció todo mi cuerpo, quedé pasmada y en silencio encogí mis hombros.

Ellos hablaban, yo en medio de mi confusión y sentimientos encontrados no entendía nada, alcancé a escuchar que me retiraban de estudiar, Ricardo en representación de mi padre tenía la última palabra, a mí sólo me correspondía obedecer, lo decía la iglesia y lo aceptaba mi madre.

Tan pronto salí de esa rara situación corrí hacia mi lugar de refugio, un alejado jardín, cubierto de flores con aroma a jazmines, me acurruqué como la niña que era cubriéndome con los matorrales y mis manos taparon mi rostro entregándome al sollozo, en silencio y soledad me

desahugué, las primeras lágrimas que caen igual que el día lluvioso en que nací.

A mis primas y las vecinas de las veredas ya les había pasado, —no iba a ser la excepción—, tan pronto ellas crecían ya les tenían su futuro esposo o aparecía alguien de la nada y las comprometían de la manera más natural. A pesar de mi mente y mis actitudes, mi cuerpo estaba formado como toda una mujer, ellos imaginaron que podía enfrentar el matrimonio. Siempre obedecí a mi mamá, así me enseñaron desde pequeña, por lo tanto hice lo que me dijeron, atender a un nuevo novio y prepararme para mi boda que sería el siguiente año, al cumplir los 14 años edad perfecta. ¡Vaya inocencia! me invadían los interrogantes...

—¿Qué hacían las mujeres casadas? ¿Cómo aprendían a cuidar sus hijos? Preguntas que me acompañaron hasta que a fuerza de vivirlo las entendí. Recordé la reacción de mamá el día que me llegó mi periodo menstrual...

—¡¿Ah ya le llegó? Mija!, el otro mes le vuelve a pasar lo mismo. No se preocupe que eso es normal.

Mi cuerpo reflejaba más edad de la que tenía, pero mi instinto estaba en pleno despertar a la vida, en ese momento entendí lo que pasaba por la mente de aquel joven cuando me miró al salir de la iglesia. A medida que pasaban los días me iban recordando que Libardo era mi novio y pronto nos casaríamos, tomé su mandato sin ningún reproche, sólo en las noches de vigilia pensaba que ya debía ser grande para asumir lo que fuera.

Estaba predestinada a casarme, pues era una bendición que un hombre me tomara como su esposa. Porque eso sí, o se casaban bien casadas o se quedarían solteras, para —vestir Santos— entonces debíamos provechar la buena propuesta de matrimonio, palabras de mamá, de todas las señoras y la sociedad en general. Entonces yo tenía mucha

suerte ya que mi futuro esposo era un gran hombre, honrado y sobre todo trabajador, además me iba a dignificar toda la vida; debía estar muy agradecida y sentirme orgullosa de tener esa suerte.

A pesar de todo, el noviazgo fue muy lindo, yo poco hablaba, poco opinaba, nunca tuve amigas, solo una prima, entonces no había a quién preguntar, pues había muchas dudas que resolver...

Nadie se escapa del amor; mi corazón empezaba a palpar al saber que iba a llegar ese pretendiente que ahora era tan particular. Por fortuna sus apariciones iban siendo más constantes, me fui haciendo a la idea que iba a compartir mi vida con él. Veía en sus ojos el verde de la naturaleza que tanto contemplaba, sentía el palpar de su corazón y la sensibilidad de su alma. No había forma de resistirme a sus detalles, bellas flores, azucenas me traía y las frutas infaltables, para brindar sabor a nuestra creciente relación. Empecé a aceptarlo con alma de mujer e ilusiones del amor.

Me acostumbré también que sus visitas eran acompañadas; mamá siempre estaba ahí, ella debía quedarse en la sala en medio de los dos, era inmoral que antes del matrimonio se tuviera algún contacto con su futuro esposo, entonces cuando le ofrecíamos algo de comer, solía dejarme su bocado, pasando por las manos de mamá. Ya quería estar más cerca de él, lentamente me corrí un poco; en ese momento reaccionó y con su mirada me corrigió... más tarde a solas me dijo

— ¡No vuelva a hacer eso! Y yo entendí.

Jamás sentí sus caricias ni sus besos, nunca los hubo, no me hacían falta, pero en el fondo pensaba...pero si es mi novio ¿cómo no estar cerca? — ¡Vaya, segunda contradicción!— mi mamá nunca me dijo lo que me esperaba, pero si me prohibía estar cerca de él.

Allá en Montecristo estuve los últimos meses de soltera, disfrutaba del olor del campo y el verde de sus montañas, pero aterrizaba a la realidad

cuando recordaba mi rol de mujer a punto casarme. Sólo se opuso a mi matrimonio una persona, quizás fue el único; el Padre que me bautizó y con el que estudié, trató de persuadir a mi mamá para que me dejara estudiando, veía con mucha tristeza que se iba una de sus mejores estudiantes. Ella se mantuvo en su decisión, yo escuchaba cuando le decía...

—Miré que si la saca de estudiar y la enfrenta a ese mundo desconocido, se pierde una posible bachiller para esta región, mire que podría llegar a ser una mujer muy preparada y hasta profesional. También el sacerdote Ocampo le dijo a Libardo que él no lo casaba y menos con María, quien era una niña tan linda e inteligente.

En las noches antes de dormir recordaba mis días de estudio, me invadía la tristeza al saber que ya nunca más iba a volver a ocupar mi puesto de estudiante, ni escribir en mi cuaderno, se perderían las horas de aprender gramática y poesía, las matemáticas que tanto me gustaban, dejar de ver a mi profesora que sabía tanto y yo la aprovechaba al máximo.

Ya con palabra de matrimonio y todo lo demás, era necesario empezar a preparar la boda. En todos los pueblos caldenses se acostumbraba según la iglesia hacer un anuncio público de los futuros matrimonios, se llamaban amonestaciones, tres domingos antes de casarse, en la misa mayor de las diez de la mañana para lograr que todo el pueblo la escuchara, en la hora de la predicación se mencionaba el nombre de quienes iban a casarse los próximos días; en caso de haber impedimentos los manifestaran.

Ya dando el anuncio las cartas estaban tomadas, colocaron la fecha y ahí empezamos a preparar la boda. Libardo me compró hermosas telas para los vestidos. En esa época nadie acostumbraba a comprar ropa hecha, no existía la posibilidad de encontrar vestidos fabricados y a la medida, era necesario mandarlos a hacer. Por fortuna en la familia

teníamos la modista reconocida, preparada en el arte de la costura y confección; mi cuñada Julia Granada, ella se había capacitado preparado en *Nariño Antioquia*, se desempeñaba muy bien en su oficio y fue mi modista.

Recuerdo que llegué a tener cinco vestidos; dos para antes del matrimonio y otros dos que usaría recién casada, pero el de novia lo mandaron hacer a un profesional. Las bodas de esa época no eran de vestidos blancos ni largos; se usaban unos sastres, el mío fue tipo ejecutivo de color azul, entre oscuro y claro, usé una mantilla negra muy grande, por ser la del matrimonio era muy especial.

Mis hermanos fueron llegando para el casorio, la casa era pequeña, pero adaptaron una vivienda provisional, aprovechando que había buena madera y guadua, para poder estar reunidos, durante la fiesta, ahí estuvimos los 13 hermanos todos con sus familias.

Eran varios los sitios de fiesta, desde antes de casarnos llovían las invitaciones, ya eran dos familias con un matrimonio en común. Como Libardo vivía con Olegario y mi tía Julia, desde los 17 años se había ido de la casa paterna, esa era su familia. Hubo una gran cena, fiesta y baile; también asistieron mis hermanos quienes con mucho amor hicieron el agasajo.

Tal como se tenía programada la ceremonia se celebró el 27 de abril de 1953, fue un lunes de pascua, después de la pasión, ya se había ido el sacerdote de mi infancia y quien me casó fue el padre José Ignacio Osorio.

Fue una gran celebración, con música en vivo, al son de las guitarras, acompañadas por alegres canciones que se sabían cuando iban a tomar en las cantinas. Estuvimos varias noches disfrutando a la luz de las velas o con lámparas de petróleos traídas para la ocasión. Yo veía que Libardo ya intentaba acercarse un poco, porque estábamos casados,

pero no era el momento. Mientras duró la fiesta en la primera noche, tampoco nos tocamos las manos y menos darnos un beso, había que esperar el tiempo de ocupar el cuarto matrimonial que nos tenían preparado.

De fiesta en fiesta pasaron ocho días, desde el lunes hasta el otro martes. Empecé a sentir que el momento se acercaba, cuando mis hermanos se empezaron a despedir se me hacía un nudo en la garganta. Todavía tenía el refugio de mamá, volvimos los tres a la casa de ella. Cuando estaba con mamá no sentía la soledad, pero la presentía en mi interior; sólo faltaba que Libardo encontrara donde vivir para irnos.

Temía que se terminara esa semana, también me asustaba la compañía de Libardo que aunque ya era mi esposo, todavía era desconocido para mí. Tenía un encuentro de emociones; estaba viviendo una situación confusa entre inocente y mujer. Por fortuna Libardo me entendía, con adecuadas palabras y suavidad en su trato, me enseñó a descubrir un sentimiento tan bello como el amor. Debo reconocer que los temores frente a la intimidad los supe manejar y contrario a lo que sospechaba, fueron momentos bellos los que vivimos recién casados; hubo comprensión y sobre todo respeto, especialmente de él hacia mí, sabiendo que yo era una niña inexperta.

El lunes dormí con mi madre por última vez, y con su voz autoritaria me dijo...

—Ya mañana usted no duerme conmigo, venga le doy la bendición, levantó su santa mano, bendijo mi partida y salí.

Mis sentimientos ya no soportaron más y me desahugué con profundo llanto. A mi lado estaba mi esposo que tan solo con su silencio me acogió, me comprendió, sabiendo que todo era normal, sucedía a quien deja a sus padres. Recuerdo que al salir del cuarto de mi madre vi como ella me dio la espalda y con las manos en su rostro sollozó también por

mi partida, se iba su hija, la menor de las mujeres y era una niña. Salí del rincón de mi madre, para casarme y ahora empezaba una nueva vida. De camino hacia mi nueva vivienda sentí tanta desolación y tristeza que me senté en un altico donde lloré hasta desahogar el dolor de mi partida.

Un esposo...Llegan los niños

Bueno, ya como una mujer casada tenía que aprender a comportarme como tal, atender a mi esposo y esperar los hijos que Dios decidiera darme. Libardo luego del matrimonio fue muy comprensivo, entendía que yo era una niña sin experiencia y me trató con cuidado, mostrándome con el lenguaje del amor que todo era normal y no había porque temer, su trato fue con mucha delicadeza hasta que fui entendiendo el sentido de la vida y del matrimonio; así como la construcción de amor en la pareja y poco a poco iba enamorándome de él.

Era inevitable dejar de extrañar todo lo que había dejado atrás, me invadía un profundo dolor por estar lejos de mamá, me hacía falta la casa, a mis hermanos, los juegos que hacíamos y especialmente la escuela. Luego de casarnos nos fuimos para una finca donde Libardo trabajaba, no era de nosotros, él simplemente prestaba sus servicios allá. Era el agregado; que es quien administra una finca. Aunque no estaba acostumbrada a cocinar, tenía que hacerlo para atender trabajadores. Con tan poca práctica en la cocina, seguramente todo lo hacía mal, sancochaba los alimentos como podía, pero mi esposo no me reprochaba nada, entonces creía que todo estaba bien. Cocinábamos en un fogón de leña, durante muchos años tuve que estar envuelta entre el humo y el hollín que producía el fogón. Tampoco se conocía la luz eléctrica, toda la estadía en el campo fue con lámparas o caperuzas que armaban a base de un combustible especial para que duraran.

Todo era nuevo y desconocido, yo sabía que las mujeres cuando se casaban, pronto quedaban embarazadas, y así fue, a los siete meses del matrimonio ya había dentro de mí un bebé. Mi organismo reaccionó a lo desconocido y enfermé; estaba muy débil, pues rechazaba todo lo

que comía, y se me devolvían los alimentos, sentía que me iba a morir. A causa de esto nos fuimos a vivir con mi mamá, ella me tomó en su seno y solo me cuidaba, nuevamente me quedé sin hacer oficio, sólo en la cama y recibiendo los cuidados de esa hermosa mujer que era mi madre. Seguía siendo su niña, ya nos habíamos casado todas y solo estaban los hijos menores Juan Bautista y Javier, pero ellos estudiaban en el pueblo y vivían con mis abuelos; entonces los mejores cuidados y cariños eran para mí.

De la finca hipotecada *Chorro Rico*, quedaba una parte y a mi mamá le correspondió una considerable cantidad. Con ese dinero le compró a mi abuelo Jesús María Osorio un pedacito de tierra, en Florencia. De ahí le dio a Libardo una parte para que hiciera una casita y trabajara su parcela.

A pesar de mi salud tan frágil, fue una época muy feliz, teníamos todo para estar bien. Como el clima era calientico, pues no había que tapar mucho, hicimos una piecita y una salita. Teníamos gallinas, cerdos y ganado, se podía tomar lechita caliente y había sembradíos que la tierra producía; en fin, —que época tan maravillosa— inolvidable oportunidad de vivir y disfrutar de la felicidad. Nosotros no teníamos que salir de la finca, pues ahí teníamos todo, igual que mis hermanos, para todos había un pedacito de tierra donde trabajaban para mantener a sus hijos. Mis hermanos integraban a Libardo a su trabajo, las parcelas que trabajábamos no estaban escrituradas, en el fondo sabíamos que en algún momento tendríamos que salir de allí, ésta podría ser una situación temporal.

Durante el embarazo me provocaba de algunos alimentos; como sardinas, o pollo, pero a la primera probada se me quitaban los deseos; para mí todo era desagradable, mi cuerpo rechazaba todo lo que comía. A los tres meses necesitaba ropa ancha y estar más cómoda, se usaban los vestidos largos, más abajo de la “cuchina” hoy en día pantorrilla, y Libardo me compró telas para hacer los trajes de maternidad, como por

instinto yo seguía cosiendo y hacía hermosas batas mañaneras de bellos colores.



También le pedí que me trajera telas de bebé, aún sin saber su género, le cosía solo vestidos de niña, tanto que llegué a hacerle 16 prenditas y hasta el del bautizo. Efectivamente nació mi hija Adelfa como un regalo del cielo, porque yo era como una niña con una muñeca nueva. El brillo de sus ojos me producía la felicidad más grande que una mujer puede tener, en ese momento era feliz y completa. Mientras la sostenía en mis brazos, recorría cada parte de su cuerpecito y le

daba gracias a Dios por el maravilloso regalo de ser madre. A los 18 meses de tener mi hija mayor nació José Abad, un niño sano, con el pelito un poco ondulado y rubio, muy calladito. Desde el embarazo soñaba con que fuera hombre, así él sería el hombre de la casa y me acompañaría siempre, aunque tuviera más hijos, en ese momento él era un regalo de vida para esta familia que apenas se empezaba a edificar.

En el seno de mamá permanecí hasta que nacieron tres hijos, porque durante todos los embarazos sentía mucha debilidad y pocos deseos de comer. Y después nació Alirio, un bello rubio, de ojos claros y cabellos rizados. Los tres eran los que alegraban mi vida, corrían de aquí para allá, felices en la casa y a sus alrededores. En esa época las mujeres no planificábamos, la moda era tener los hijos que Dios mandaba, entonces yo me embarazaba luego de nacer cada hijo.

Quizás el destino de nosotros era ir de un lugar a otro. La dicha de tener un sitio propio se iba esfumando por ahora, y nos esperaban tiempos difíciles. La finca donde vivíamos la cambiaron por otra que producía

madera. Eran grandes árboles pero nadie la podía trabajar. La idea de mis hermanos era que nuevamente pudiéramos vivir con las familias como en la *Chorro Rico*, pero esta vez fue imposible.

Esa tierra no era tan fértil, ni se podían criar animales; tristemente pasamos de tener una tierra prospera y fértil a empezar de ceros en un moridero. Mis hermanos repartieron por parcelas para hacer lo mismo que antes, pero allí no se pudo cultivar nada. Justo cuando la finca estaba en su mejor momento de cosecha y fertilidad a un lugar inhóspito y desolado. Nosotros dos teníamos claro que ese terreno no nos pertenecía, solo era una estabilidad temporal. Ahí ya no había nada que hacer y con Libardo nos fuimos, salimos a buscar vida en otro lado, con los tres niños.

Por fortuna mi esposo era muy buen trabajador y donde llegaba era solicitado para ser agregado o capataz; le daban una finca para administrar y ahí mismo vivíamos, él era encargado de toda la administración. Yo atendía la alimentación de los trabajadores que eran empleados de Libardo; aprendí a hacerlo a fuerza de vivirlo a diario. Así pasamos muchos años, íbamos de finca en finca, donde trabajábamos por uno o dos años y salíamos para otra, así nacieron cinco hijos. El cuarto niño se llamaba Francisco Javier, era un gordito muy lindo, alentado; se veía muy sano pero lo atacó una diarrea, que no supe cuidar, ya no había médicos para llevarlo, cuando un bebe tiene esta enfermedad, se le debe suspender la leche. Yo no lo hice porque no sabía, le seguí dando como si nada; hasta que se deshidrató, duró una semana enfermo y murió a sus nueve meses. Cuando los niños morían, se iba donde el carpintero y allí mandaba a hacer un cajoncito forrado en algodón para llevarlo cementerio, así pasó con mi primer niño muerto. Al poco tiempo ya estaba nuevamente en estado de gestación, esta vez sería una niña

Manizales: Experiencia fatal

Con la esperanza de un futuro mejor para nosotros y nuestros hijos decidimos partir a Manizales, lo dudé mucho porque estaba embarazada y temía perder ese bebé, pero mi mamá se había ido para allá y me cuidaría. Nació Blanca Isabel y como su nombre lo dice, era blanquita, grande y demasiado hermosa; ya tenía cuatro meses cuando Libardo se tuvo que ir a trabajar a Florencia, porque en Manizales no había tantas oportunidades para la gente de afuera; me dejó con mis hermanas y mi mamá, para que me acompañaran.

En la misma casa, vivíamos tres hermanas, todas casadas Elena, Eva y yo; mi cuñado Octaviano, esposo de Elena nos colaboró mucho con comida mientras Libardo estaba ausente. Había cuatro niños en la casa, pero la niña apenas estaba en edad de dormir y tomar leche, en cambio los otros ya hacían algarabía, sus juegos se escuchaban por toda la casa, eran parte de la vida cotidiana. Alirio a sus tres años y medio se hacía notar, junto con José Abad estaban aprendiendo a conocer la plata, les gustaba pedir monedas para comprar dulces. El dinero se nominaba por centavos y los niños pedían monedas para comprar cosas, especialmente Alirio.

Por las calles del barrio Galán en Manizales pasaban los vendedores cambiando botellas por unos dulces de colores llamados gauchos. Cada que pasaba el comerciante diciendo “*Cambio gauchos por frascos y botellas*”, los dos niños salían corriendo a buscar botellas para cambiarlas por los dulces. Corrían por toda la casa e inventaban muchas formas de jugar. Y una forma de estar con ellos y tranquilizarlos un poco, era cuando les contaba historias, a veces de miedo o les enseñaba a rezar las oraciones que a mí me habían enseñado en la escuela y se las hacía aprender.

Antes de que Libardo se fuera, a los tres niños mayores les apareció un brote de sarampión, los llevé pronto al médico, recomendaron cuidarlos muy bien y eso hice. Mi esposo se fue el domingo, Adelfa y Abad se aliviaron pronto, pero el jueves Alirio el niño más pequeño se le complicó. Una mañana amaneció con una fiebre muy alta; las personas reaccionan diferente a las enfermedades o no tienen los mismos síntomas, en el caso de mi niño, la enfermedad le brotó por dentro, se le fue a la sangre. Su vida se fue extinguiendo, moría lentamente desde los pies hasta la garganta, en ningún momento dejó de hablar hasta su deceso, pero al final todavía tenía hilo de voz para decir...

—*“quielo tinto etavos pala complal dulches gauchos”* las partes de su cuerpecito se fueron quedando quietos hasta su partida. Ya eran las cinco de la mañana y había pasado la noche en vela junto a él, caminé como sonámbula hasta donde mi hermana Helena y le dije:

—¡El niño ya se murió! Nos abrazamos y en silencio sollocé en sus hombros, me llevó hasta la pieza donde estaba el cadáver del niño y la niña recién nacida; hasta ese momento sentí el dolor de madre y mi llanto inconsolable desapareció al quedar profundamente dormida. Alirio falleció a los tres días de que Libardo se había ido.

Más tarde reflexioné que la inocencia cobra su cuota, en esa época los velorios se acostumbraban hacer en las casas. Tan pronto murió el niño adaptamos la misma piecita donde vivíamos para velarlo, y como era la costumbre pasamos muchas horas junto al cadáver. Al despedirlo en el cementerio creía que las desgracias ya habían terminado, pero no fue así; Blanca Isabel, la niña de cuatro meses todavía la amamantaba. Ya habían pasado tres días del entierro cuando apareció pálida como una pared, vomitaba y la deposición era verde; nadie conocía esa enfermedad, no sabíamos qué estaba pasando. La llevamos al médico y nada valía para levantarla, Libardo estaba muy lejos, no había forma de comunicarme con él y ponerlo al tanto de las cosas. Además mi corazón ya lo

extrañaba enormemente, quería sentirlo a mi lado y así consolarnos juntos.

Como de costumbre era una mujer silenciosa, poco socializaba con las personas, aunque fueran mis hermanas, evitaba molestarlas, sólo en estrictas ocasiones. En medio de la angustia de ver a la niña tan enferma, la llevé donde Eva y Helena, les mostré su estado que para mí era muy delicado, pero ninguna puso atención; quizás cada una tenía sus propias ocupaciones y dieron la espalda. Al parecer recibió el hielo del muerto, afectando las partes más vitales, no tuvo paz y su cuerpo se disminuyó hasta que también descansó en paz, a los 20 días de la muerte de su hermano.

Con lo vivido en el último mes; el ánimo caído y la depresión por las ausencias, mi cuerpo devastado ya no resistía más. Caí muy enferma, el vacío en mi vientre, producía un inmenso dolor, estaba demasiado débil, sentía que me estaba muriendo igual que mis hijitos, parecía la misma enfermedad de la niña.

Aunque había parido ya cinco hijos, todavía estaba joven, era delgada y quizás muy bonita. En la casa había

un amigo de Libardo que siempre me perseguía con su mirada; él era muy atractivo e intentaba charlar conmigo, por fortuna mi seriedad lo espantaba; quizás sentía atracción por mí pero yo solo tenía ojos y pensamientos para mi esposo. Sin embargo, le dijo a mamá que me veía muy delicada de salud y que él mismo iría conmigo al médico; ella protegía ante todo la dignidad y para evitar que fuéramos solos, nos acompañó.



El médico me formuló vitaminas y al poco tiempo ya sentía una gran mejoría. Al fin llegó mi esposo dos meses después, al recibir la fatal noticia bajó su cabeza y un silencio absoluto lo invadió completamente, su rostro encogido reflejaba el dolor que llevaba por dentro, había dejado cuatro hijos y solo encontró dos, pero yo hallé un poco de calma con su presencia. Para esos momentos vivía los estados más aferrados al amor. En Manizales solo quedaba ir a las tumbas de nuestros hijos y regresar inmediatamente a Florencia.

La pérdida de los niños fue muy dolorosa, pero creo que sentía consuelo porque siempre tenía más niños y además los dos mayores seguían a mi lado, Adelfa y Abad con gran fortaleza, reían y jugaban superando todas las adversidades, en ese sentido tenía que agradecerle a Dios y rogarle para que no me faltaran, pues eran mi única compañía y mis tesoros.

Había algo que me dolía profundamente y tengo que confesarlo, que mi esposo se fuera, o que me dejara por temporadas. Si él no estaba a mi lado me afligía completamente. Como los hombres del campo trabajan durante toda la semana, aprovechan el sábado o domingo para tomar trago con sus amigos y él a veces hacía lo mismo. Cuando era la hora de estar en casa y no llegaba, ahí si me sentía morir, lo extrañar tanto que colocaba una silla en la puerta y me sentaba horas hasta verlo llegar, mientras tanto los niños jugaban a mi lado. En ese momento no existía en mí el horror de los celos, sólo era el temor de que algo le pasara. Ni comía ni dormía hasta verlo de regreso, aunque nunca le decía nada, tampoco le reprochaba, pero sentía el más grande alivio cuando lo tenía a mi lado.

Hoy que vuelvo a tus lares: Florencia

Nos envolvía la nostalgia y la desesperanza cuando regresamos a Florencia, para ese momento Libardo tenía la vivienda lista para nuestra llegada. Con luz de vida nace Nubia Rosa en el año 1960; una niña hermosa, sana, sonriente, colorada y gordita; con sus ojos claros como los de su padre, por esa época apenas si nos acomodábamos otra vez a las propiedades de otros, parecíamos gitanos que corrían de finca en finca para luego salir con una mano adelante y otra atrás, como un cirulo vicioso.



A veces llegan momentos bellos en la vida, pero en otros nos enfrentamos a situaciones tan difíciles que pareciera que Dios nos estuviera dando la espalda. Seguíamos teniendo pérdidas a causa de unas enfermedades desconocidas que afectaban a los bebés. Y esta vez la muerte se acercó a la recién nacida, al parecer a la niña le dio pujo o algo así como bronquitis; según las personas mayores y abuelos, el pujo le da a un bebé cuando siendo recién nacido, lo alzan manos indelicadas, como una mujer en embarazo o con el período menstrual. Empezaban con una fiebre y un llanto incontrolable, hasta que su respiración se agotaba asfixiándose; ella presentó esos síntomas, la llevé al médico, a los mediquillos del pueblo o hierbateros pero no hubo quien lograra sanarla. Falleció a los tres meses de nacida. En su mirada se reflejaba los deseos de vivir, una pérdida más que se unía a mi lista de desgracias.

En ese momento no había luz eléctrica, la forma de alumbrar en las fincas era con unas lámparas o caperuzas que prendía fuego gracias al combustible. Mi hija Adelfa hacía sentir su fortaleza de hija mayor, era quien llevaba la batuta por las noches; aunque era muy pequeña no le temía a los fantasmas, a pesar de que a mí me encantaba contarles historias de miedo. Era alegre, femenina y muy obediente en lo que se le exigía. El niño José Abad volvió a ocupar el lugar del consentido, retornaba al rincón de mi cama cada vez que moría un niño, así duró nueve años. Él era mi consuelo y mi refugio. Los dos a sus seis y siete años eran la alegría de la casa: cortaban troncos para construir casas de madera, nunca les hizo falta los juguetes, su mayor diversión eran los ambientes proporcionados por la naturaleza.

En 1957 surge la primera votación oficial de las mujeres en Colombia (Nace el Frente Nacional), en 1954 se había aprobado por Ley de la República, bajo el mandato presidencial de Gustavo Rojas Pinilla; fue uno de los mejores proyectos para el género femenino, ya que nos dieron un lugar en la sociedad y teníamos la posibilidad de ser partícipes en la democracia de nuestro país. Yo pude tener mi cédula y por ser una mujer casada en ese documento debería aparecer el apellido de su esposo y quedó: *María Pérez de Giraldo*.

Y las ambivalencias de la vida, Dios nos da la vida y también nos la quita, en mi vientre se gestaba otra nueva vida, era una niña que llamamos Clara Elisa, desafortunadamente enfermó a pesar de haber nacido sana, rosadita y hermosa como todos los bebés anteriores. Sus pequeños pulmoncitos no resistieron a la vida, solo nos acompañó dos meses, al parecer fue el pujo de alguna mujer que la alzó. Cuando su salud se fue deteriorando, no la desamparé ni un minuto, la alzaba y la llevaba al médico cuantas veces fuera posible; pero nada de eso servía. Abad vivió el dolor de esa pérdida, él estaba al lado de la niña, quien estaba gravemente enferma, se encontraba de ladito, él sintió su mirada perdida, como si se despidiera siendo tan bebé, fue cerrando

sus ojitos y lanzó su último respiro. El niño lloró desconsoladamente al ver morir a su hermanita, esta fue su manifestación siendo ya grande...

—“Nunca olvidaré el sentimiento de dolor que experimenté cuando murió Clara Elisa, muchas veces se revive en mi mente y siento impotencia por la vida que nos tocó en Florencia.”

Como dice la canción...“*Quiero pueblito viejo morirme aquí en tus suelos, bajo la luz del cielo que un día me vio nacer...*” pero quienes morían no eran los viejos, sino los niños, eran mis hijos...

Los campesinos a veces hablaban de Bogotá como una ciudad lejana, con sus ventajas y desventajas; sin embargo para mí todo era positivo, soportaría el frío o falta de comida a cambio de una ciudad con luz eléctrica, servicios de salud para llevar a los niños y evitar tantas muertes y un sin fin de posibilidades que en el campo carecimos. Empecé a imaginar una vida allá y así como si nada, le dije a mi esposo...

—¡Ole! (era la forma cotidiana en que nos tratábamos), ¡Ah, yo quiero como irme a vivir a Bogotá!, aquí no tenemos nada, ¿por qué no nos vamos? Pero su respuesta fue evasiva y contundente...

— No, yo a Bogotá no me voy porque a mí me han dicho que allá hace mucho frío y que uno tiene que trabajar hasta con tres sacos puestos, además no hay comida, no ve que las cosechas y la abundancia están en el campo. Pero algo dentro de mí me decía que allá estaba nuestro futuro e insistí.

—Y ¿cómo allá vive Francisco Cortés, mis primas Orflia y Olivia y no se han muerto de frío? ¡Yo lo que es me voy, porque me voy!, verá que voy a arreglar todo para irnos. Libardo me miró en silencio quizás pensaba lo mismo, que ya estaba empezando a sentir a fuerza de sufrir tanto...—Ésta se está como despertando mucho—

Todo quedó así, por mucho tiempo sembré la ilusión de irme a Bogotá, con mis muchachos.

Hubo otro acontecimiento que me motivó mucho más a seguir cultivando esa idea. Los campesinos con los que Libardo trabajaba se ponían a hablar delante del niño José Abad, sobre la vida en Bogotá, que allá había parques, carros y grandes escuelas para aprender e ir a estudiar y hasta le preguntaron:

—Mijo, ¿a usted le gustaría estudiar? A lo que él contestó...

—pues claro, no ve que mamá ya me está enseñando a leer, escribir, sumar y hasta las fechas patrias. Yo quiero ser como mi tío, refiriéndose a mi hermano Javier o Jesús quienes si se preparaban.

—Pero para estudiar toca es irse a Bogotá. Pues si tanto quiere estudiar, iváyase!

Esa idea le quedó sonando al niño que apenas tenía cinco añitos y vi como mi hijo entró a la pieza donde dormía, agarró un atadito, echó una ropita, salió corriendo a buscar a su papá y le pidió monedas...

—Papá, ¿me puede regalar unas monedas? es que me voy. Libardo siguió su juego y le dijo:

—Venga mijo. ¿Usted para qué quiere esas monedas? y ¿para dónde va con ese atado?

— ¡Yo quiero estudiar! pero aquí no hay donde, en cambio en Bogotá hay escuelas de verdad donde le enseñan a los niños con profesores y todo. ...

El papá le entregó unas monedas, nosotros junto con los trabajadores lo vimos cómo se alejó aproximadamente dos cuadras, cuando se vio un poco perdido y solo, dio la vuela y regresó con lágrimas en los ojos, repitiendo que quería ir a estudiar. Ese momento fue muy conmovedor para mí, pues sabía que en mis manos estaba salir de ese pueblo y darles posibilidades de estudio a los niños.

A un tiempo considerable nació José Orlando, y ahí se desarrolló una situación compleja, el tiempo de trabajo en la finca había terminado, pero a Libardo ya le tenían una propuesta en Medellín. Sin embargo Otoniel su primo, quien tenía problemas depresivos se había agravado y sólo Libardo lo podía controlar. La única solución era que él mismo lo llevara a Bogotá y se lo dijeron, por su puesto a mi esposo le parecía una idea descabellada y se negó rotundamente, nunca había ido allá, además el frío lo asustaba. Como posible solución, mi tío Amado con mayor experiencia le ofreció el pasaje y su compañía. Agarraron su maleta, al loco y arrancaron hacia la ciudad.

Mis primas, las hijas del tío que acompañó a Libardo, Orfilia y Olivia ya vivían en Bogotá, estaban pendientes para internar a Otoniel en Sibaté, el hospital que atendía este tipo de enfermedades y era subsidiado por el gobierno.

La salud de Orlando se debilitó, una tos fuerte impedía su respiración, lloraba demasiado, yo estaba en casa de mi abuela con los niños, solo debía esperar alguna razón de mi esposo y atender al bebé. Al poco tiempo y para mi sorpresa mi tío se devolvió solo; me entregó una carta de Libardo que decía...

Mija, tengo una buena posibilidad de entrar a trabajar aquí en Bogotá, en la empresa “Ladrillera la Candelaria” están recibiendo trabajadores, preferiblemente del campo. La labor es bastante dura, pero pagan todas las prestaciones de ley y tienen sueldos fijos y hasta pagan horas extras. Por ahora soy ayudante de construcción con Jesús Osorio, en esta misma fábrica junto con Antonio, el esposo de Olivia.

Ya hablé con donLondoño, el gerente y en la entrevista me vio muy bien, le gustó porque provenía de este pueblo y además dijo... “todo lo que venga de Caldas y Antioquia es bienvenido, lo recibo a ojos cerrados, debe ser uno de los mejores”, hasta me

puso un joven para que me acompañara a todo porque yo no conocía.

Voy a hacer los exámenes y sacar los papeles necesarios para entrar a trabajar. Esté tranquila Mija, que si las cosas salen bien, tendremos las posibilidades de vivir mejor y cuidar nuestra familia aquí en la ciudad. Espero que los niños estén bien y el niño Orlando se esté recuperando. Intentaré mandarle algo de platica cuando reciba mi primera paga.

Con cariño, su esposo Libardo

Mi corazón saltó de alegría, extrañaba a mi Libardo, soñaba con una vida mejor para mis hijos y estaba dispuesta a estar donde él estuviera.

Mi hermano Javier y yo éramos muy unidos desde niños, él estudiaba en Manizales, tenía 16 años y como eran vacaciones de fin de año llegó a visitar a nuestra abuela, yo estaba ahí, nos encontramos y juntos leímos la carta. Él vio que podía acompañarme a Bogotá con mis tres hijos.

Libardo no desamparó a Otoniel, lo dejaron en la estación Cien de la policía mientras lo internaban, luego del papeleo, salió apto para trabajar. En el año 1964 quedó vinculado, en la fábrica Ladrillera la Candelaria ubicada al Sur de Bogotá

Yo estaba lista para irme hacia Bogotá, de tanto que tenía en la finca me traje apenas un pisco caminando con nosotros, era un animal muy grande, bonito y blanco. Recuerdo que le dije a Javier...

—Tengo solo este pisco, usted verá si lo vendemos o nos lo comemos. Él se fue con el animal a venderlo y de una vez le dieron 15 centavos por él. Orlando el bebé, seguía delicado de salud y me urgía llegar donde hubieran otros médicos, pues en Bogotá —me lo salvarían—, pensaba.

—Bueno María, mañana nos madrugamos en la flota de las siete, dijo mi hermano. Esa noche no pude dormir por la incertidumbre que me

producía conocer la ciudad, temía un poco al frío del que tanto hablaban los que iban a Bogotá, pero eso era mínimo comparado con la alegría que tenía en mi corazón, al imaginar un futuro mejor para todos. No teníamos equipaje, solo me llevé las barandas de la cama, y una caja con muy poca ropa, todo lo otro se quedó, pero poco me interesaba, el afán de salir de ese pueblo hacía que no necesitara nada más...

Bogotá, luz de esperanza

Al amanecer el primero de enero del año 1964, yo me sentí totalmente feliz de verme en una ciudad tan linda como Bogotá, le di gracias a Dios porque estaba teniendo un cambio de vida total. Una ciudad donde ya no habría tiempos sin trabajo, y si me hubiera tocado pedir ayuda, tendría personas cercanas, la posibilidad de trabajar cuando fuera necesario. —Gracias a Dios— en esa primera semana al pasar los días reflexionaba y me sentía más feliz, aunque no teníamos nada, parecía como si estuviera en un pequeño Cielo.



Llegamos al barrio *San Vicente*, donde gracias a Dios fuimos bien recibidos por mis primas, Oivia y Orfilia, con ellas compartimos muchas cosas desde que éramos niñas y nos quisimos como hermanas. Tanto sus esposos como ellas nos acogieron y nos brindaron apoyo familiar.

Ya Libardo estaba vinculado por la empresa y había esperanzas de una vida mejor. Entró a trabajar el dos de enero de 1964 y ya teníamos un seguro médico para poder colocar los niños en control.

Me empezaron a enseñar toda la ciudad, a mis escasos 23 años, tenía muchas cosas por aprender. Los esposos de mis primas trabajaban en la misma empresa con Libardo y se iban todo el día, ahí nosotras aprovechábamos para salir. Aprendí a desplazarme de un lugar a otro, pasear por la ciudad, conocer las iglesias. Jesús Osorio esposo de Olivia, era maestro de construcción y Antonio Villacob trabajaba

directamente en la empresa con mi esposo. Ellos se caracterizaban por ser muy buenos trabajadores, Antonio era un poco preparado, Libardo a pesar de no tener tanto estudio, lo ubicaron en buenos puestos. Tan pronto tuvimos plata para pagar un arriendo mis primas se fueron y nosotros nos quedamos en la pieza donde vivían ellas.



Aunque estaba pasando momentos de felicidad por la llegada a la ciudad, todavía seguía la sombra acompañando a esta pequeña familia, pues el niño que traía de Florencia, Orlandito con tan solo cuatro meses, venía con quebrantos de salud, desde el pueblo tenía un problema de pulmones igual que a las dos niñas que acababan de morir. Aunque ya estaba afiliado al sistema de salud, por parte de la empresa no se pudo hacer nada para salvarlo, estuvo un mes hospitalizado, tiempo en el cual se puso hermoso, gracias a los cuidados de los doctores, luego se fue deteriorando paulatinamente.

Cuando iba a visitarlo se ponía feliz y sonreía al verme. El médico me dijo que ya no había nada que hacer, tenía un problema grave de pulmón y de salvarse, que era poco probable viviría con oxígeno toda la vida. Un día lo vi tan mal, ahogadito y le dije al médico que me lo dejara llevar a la casa, pero su negativa fue rotunda, argumentándome que si me lo llevaba aceleraría su muerte.

Un día fui a visitarlo, como siempre, me quedé con él toda la mañana, esa vez fue la última vez que lo vi con vida. A las tres horas de haber llegado a la casa me llamaron a darme la mala noticia, el niño había muerto. Lo enterraron en el mismo hospital en una fosa del olvido, eso me dijeron. En ese momento me sentí muy triste, -¡otro niño muerto! me dije-. Ese dolor me dio fuerzas para prometerme a mí misma, que de

ahora en adelante no iba a dejar que se me murieran más hijos, si Dios me iba a dar, tendría todos los cuidados para evitar más fatalidades.

Ya todos teníamos afiliación a seguros médicos, pertenecíamos a la historia de la empresa y como esposa también recibía beneficios. Por ser una mujer recién llegada del campo, respetaba las leyes de la iglesia y las enseñanzas de mi madre, obedecer al esposo; en ese sentido él manejaba toda la plata, aún no tenía disposición de dinero. Recién que empezamos la convivencia en Bogotá, se veía buena plata, pero poco a poco fue disminuyendo. Sin embargo al verme en la ciudad y teniendo los conocimientos de costura, empecé a imaginar mi vida trabajando para ayudar en el hogar, así fui sembrando la idea de ser una gran modista.



Al poco tiempo nuevamente en cinta, pues estaba solo con mis dos sobrevivientes, Adelfa y Abad, podía recibir los hijos que Dios me volviera a mandar. Esta vez con todos los cuidados, el embarazo surgió muy bien, y nació el primer bogotano, Jorge Iván, el cuatro de enero de 1965. Sentí como si este niño fuera mi primer hijo, le di gracias a Dios por su presencia en mi vida, como un regalo caído del cielo. Él más bien era delgadito, muy callado; lo que sí me preocupó desde que nació hasta muy grandecito, era que no le gustaba comer, pero yo hacía todo lo posible para alimentarlo y mantenerlo sano, como todos los anteriores críos. Al poco tiempo de haber nacido enfermó, pero pronto lo llevé al hospital, su problema también era de pulmón, lo aliviaron prontamente y me lo entregaron sano y de ahí en adelante, nunca volvió a enfermarse.

Siempre tuve la certeza de dar educación a mis hijos, recordé el episodio de José Abad, buscando la forma de estudiar desde que estábamos en Florencia, entonces ya busqué un colegio, pues también

en Bogotá solo había instituciones por separado, masculinas y femeninas. Al fin encontré una escuela que se llamaba Rockefeller, para hombres, ahí entró José Abad, y Adelfa la niña en el Jesucristo Obrero, que era más lejos, y como había mucho barro, tardaba un poco en llegar a la escuela; la niña era muy atenta con la profesora y le cargaba sus zapatos limpios, porque ella sí se iba en botas a trabajar. Se reunían varias niñas para acompañarse y además tenían que pasar por unos abismos porque la carretera estaba en construcción y hasta se habían muerto trabajadores al caer al vacío.

Yo era la madre más orgullosa de mis hijos, los dos eran los más inteligentes de la escuela y solo me llamaban para felicitarme; bueno cuando iba a recibir notas de Adelfa tenía todo en cinco, menos la disciplina porque hablaba mucho y siempre quería sobresalir. De José Abad, me decían que ese niño tan inteligente, ya sabía los números, sumas, restas, leer y escribir. Recordé que desde que ellos eran pequeños, aunque tuviera mucho trabajo o cuidara a mis otros hijos, siempre los estaba enseñando lo que yo había aprendido cuando estudiaba, fueron muy receptivos y supieron aprovechar muy bien los conocimientos, era como un juego tanto para ellos como para mí, ellos niños y yo muy joven. Esa fue una maravillosa oportunidad de comunicación entre nosotros.

Allí pagábamos arriendo, nos tocó compartir los servicios con una señora que tenía cinco hijos en edad de crecer, por su puesto era muy difícil la convivencia y yo me sentía aburrída, pues ya estaba acostumbrada a estar solo con mi familia. Nuevamente quedé embarazada pero esta vez le dije a Libardo que buscáramos un sitio solo para nosotros.

Se presentó la posibilidad de comprar un lote en el barrio las Colinas, un barrio de invasión arriba en la loma en el *Quiroga*. Libardo hizo un préstamo por \$150 pesos, valor del lote. Habíamos pagado 22 meses de arriendo y ya nos iríamos a vivir solitos para que la niña naciera en casa propia.

Un barrio en las alturas: Las Colinas

Llegamos a *Las Colinas*, una casita de tela asfáltica que había hecho Libardo antes de nuestra llegada, tenía seis meses de embarazo, estaba más tranquila al estar solita con mi familia. Pero, allí era inevitable la oscuridad, los grises del sufrir, como la canción que entonaba José Abad entre el ir y venir de esta pequeña vivienda...

*Qué triste, se oye la lluvia en los techos de cartón,
que triste vive mi gente en las casas de cartón.
Viene bajando el obrero, casi arrastrando sus pasos
por el peso del sufrir, mira que es mucho el sufrir
mira que pesa el sufrir
Arriba deja la mujer preñada, abajo esta la ciudad
y se pierde en su mañana, hoy es lo mismo que ayer
es un mundo sin mañana.
Qué triste*

*Versos de la Canción “Los techos de cartón”
interpretado por Alí, primer cantante venezolano
y hacia 1973 por el grupo los Guaraguao, también venezolanos.*



Esa era nuestra vida: Se oía la lluvia en la casa de ese oscuro cartón, con sonrisas infantiles mis hijos ocultaban el sufrir. Libardo el obrero cansado, bañado en sudor. Llegando a casa, esta su mujer preñada... ese era el hoy ¿Qué esperábamos para el mañana? ¿Arriba en la loma o abajo en la ciudad?

Solo había que seguir, por ahora darle la bienvenida a esa nueva niña que llega al mundo, Clara Elisa, quise ponerle ese nombre en honor a mi madre, además sentí que iba a ser tan tierna y cálida como

ella; su rostro angelical y una mirada hermosa; bueno un poco seria; la embellecía a diario; repetir su nombre pero esta vez la cuidaría para que perdurara muchos años como su abuela.

Ya para ese momento los dos hijos grandes seguían creciendo y estaban más preparados. Terminaron la primaria en la escuela pública del barrio Las Colinas. Para el bachillerato había un colegio para estrenar, Restrepo Millán, era mixto y podían entrar los dos, pero ya Libardo dijo que él no iba a dar más estudio, sus costumbres campesinas le impedían ver que el aprendizaje era una posibilidad de vida, creía que la gente no necesitaba estudiar.—con eso no se consigue dinero—, era lo que argumentaba. Mi hija Adelfa ya tenía 14 años, entonces decidimos que las dos trabajaríamos para que Abad estudiara, y fue así como entró primero de bachillerato al colegio Restrepo Millán, pero al no tener las condiciones mínimas para estudiar, perdió ese año por dibujo técnico. Después pasó al colegio *Parroquial San Carlota* repetir, gracias al señor Luis Ángel Narváez, paisano que se había venido de Florencia, le aconsejó a Libardo que lo colocara en ese colegio y ahí estudió hasta cuarto de bachillerato.

Libardo me ayudó a sacar una máquina de coser a crédito, con eso ya puse a funcionar la primera modistería al público, esta no tenía zigzag. Estudié modistería en la academia *Oskus U*, Adelfa hizo unos cursos de tejido, en el salón comunal del barrio. Mientras yo cosía en la casa, ella trabajaba como empleada en tejidos. En vista de que había tanto trabajo, compramos otra máquina, La negrita ZZ, y ésta si tenía las funciones necesarias para una buena costura, se pagaba con lo del subsidio familiar que llegaba mensualmente.

Le di gracias a Dios porque aunque no tenía la mejor técnica, nunca me faltó trabajo, mi primera amiga fue Magola, a quien escogí como madrina de Clara, ella al verme trabajar con telas, hilos y todo lo relacionado para esta profesión, además era una mujer muy rebuscada, me dijo...

—María, usted tiene una máquina muy buena, yo le voy a enseñar dónde buscar las telas baratas y ya está lista para trabajar al público.

Fuimos a la carrera 13 con calle 18 al Sur, donde fabricaban telas hermosas; al entrar a esos almacenes quedaba fascinada de ver tanto material para coser; imaginaba no solo vestir a los vecinos del barrio sino también a mis hijos.

Estando en pleno movimiento y recibiendo positivamente los cambios, me llegó una carta donde me decían que mi hermano Jesús María, mi compañero de infancia, mi cómplice de juegos, se le había vuelto realidad lo que tanto practicaba desde niño, se ordenaba como sacerdote y esperaba mi presencia en ese acto de tanta solemnidad. Recibí la noticia con alegría y para ese entonces ya tenía un poco de dinero como resultado de mi trabajo, además con Libardo nos ajustaríamos para conseguir los pasajes e irnos todos a acompañarlo.



Estuve en primera fila, y como una película volví a ver los escenarios de la finca, donde él siendo un niño jugaba a decir la misa, ahora convertido en adulto hacía realidad su sueño al ordenarse como Sacerdote.

Viste una verdadera Casulla y abandona el hombre para transformarse en un ser espiritual al servicio de la humanidad, deja atrás las hojas de anicillo e implementa la Estola como símbolo de religiosidad y para amarrar los deseos carnales usa el Cíngulo para el celibato de su cuerpo. Vestimenta que implementaría a partir de este momento, como el mensajero de Dios a todo el pueblo católico, misionero del bien y la espiritualidad. Esta es una de las mayores satisfacciones que me ha dado la vida.

Mientras los niños crecían yo seguía trabajando, pero no faltaban los embarazos. El siguiente niño quien llegó a este mundo fue Rubinel, el más tierno y mi último varón, él sería llamado “Nené” por muchos años, o quizás toda la vida. Tenía el cabello rizado y muy monito, alegre y sano. Nuevamente sentí felicidad, porque tenía unos hermosos hijos, sanos y todos conmigo. Sin embargo, aunque trabajara mucho y Libardo daba lo que le correspondía ya tenía muchas bocas que alimentar y el dinero no alcanzaba.

Mi hija Adelfa se fue convirtiendo en mujer, era una bella jovencita, sentía su cercanía como mi alma gemela, una hermosa amistad que crecía y se fortalecieron lazos inseparables de amor. El sentimiento de madre pasó a ser de amiga y cómplice. Ella una mujer madura y yo una joven aprendiendo apenas a ser mujer, aunque fuera la madre de muchos. Me hizo comprender el mundo y la libertad femenina. Logramos entendernos como madre a hija y mujer a mujer. Tenía un conocimiento más avanzado que el de los demás. Las decisiones más acertadas se lograban gracias a su madurez, era de gran ayuda para la crianza de mis hijos y en la vida cotidiana.

Adelfa quería ser libre como el viento, por su belleza y forma de ser brillaba ante las otras niñas de su edad, atraía a los jóvenes con sus palabras, con su alegría y coquetería.

Desafortunadamente Libardo no comprendía que ella estaba

creciendo y necesitaba experimentar la vida y vivir la juventud, no aceptaba que la niña creciera y se formara como mujer. Por ser un hombre tan conservador, le coartó su libertad y en medio de su ignorancia la castigaba, pretendiendo encerrarla para evitar que alguien se le acercara, especialmente los muchachos, así nunca tendría novio.



Desde que entré a este matrimonio prometí obedecer las leyes católicas, una de ellas era evitar la planificación, aunque en ese momento tampoco había campañas para control prenatal. Tenía que reconocer que era una mujer fértil y recibiría los hijos que Dios me mandara, no conocía ninguna manera de prevenir un embarazo.

Como se habían muerto seis hijos, entonces si llegaban a mi vida sus reemplazos, los recibía con amor, nuevamente se estaba formando una nueva vida en mi vientre, sin que fuera obstáculo para seguir con mis labores cotidianas; atendía a los otros niños y cosía para el público. Nació Solfidia (en adelante se llamará Sofía), una niña sana, blanquita, de cabellos lacios un poco mona como su hermanito Rubinel, era coloradita y sonriente desde que se despertaba, demasiado espontánea.

Para ese momento se hacían unos reinados en los barrios, se escogían las señoritas más bellas de cada sector; Solfidia se llamaba reina de las Las Colinas. A Libardo le gustó el nombre y también la niña recién nacida ameritaba un nombre de reina, vino y nos preguntó si era posible nombrar la niña así Solfidia; Abad estaba a mi lado y nos llamó la atención, especialmente a él; así que a los dos días de haber nacido Libardo mismo llevó a la niña a la notaría registrándola Solfidia, gracias a un error de digitación que cambiaron la l por r. Cuando era

bebé no se hacía sentir, pero más adelante era la alegría de la casa, jugaba y correteaba con Rubinel por todas partes.

Con ella ajusté cuatro infantes tomando tetero y decidí acabar con ese dolor de cabeza. Sofía por ser la más pequeña sufrió una profunda desnutrición, además cuando estaba en embarazo fui a un cementerio, lo que hizo que se le pegara el hielo del muerto. Estuvo tan enferma que hasta pensé que también moriría. Me puse a la tarea de alimentarla con abundante leche y fue creciendo mucho más coloradita que antes.

La noche siempre fue mi cómplice y compañera, justo cuando el silencio invadía el espacio se apoderaban de mí los pensamientos y las situaciones que me incomodaban; por ejemplo, la casa en la que vivíamos, el barrio era muy inseguro, demasiadas escaleras para llegar; vivíamos la miseria y la escasez, la cercanía con el Quiroga me asustaba, la inseguridad para los niños y mucho más cuando fueran jóvenes, rodeados de muchachos de peligrosa convivencia.

Mi hijo Jorge ya empezaba a crecer y sus permanentes salidas a la calle ya me empezaban a preocupar. El niño era muy arriesgado para los juegos, se involucraba con otros niños que eran altaneros y provocadores, corriendo el riesgo de ser como ellos. Estábamos en un barrio de invasión, en algún momento se debía desocupar y el tiempo corría, llevábamos cinco años.

Aproximadamente en el año 1969, había escuchado que en el barrio San Francisco estaban otorgando lotes para urbanizar, se pagarían a plazos; pensé que éste podría ser un buen sitio para la crianza de los hijos, le comenté a Libardo, pero él en ese momento no me puso atención. Pasado año y medio, la *Caja de Vivienda Popular* facilitaba crédito y el lote con servicios, a las familias de invasión, pero detrás de *las Colinas*, en la misma loma, además en autoconstrucción. Libardo no le vio viabilidad, retomó la opción de comprar un lote en San Francisco, urbanización legal y construcción sobre planos. Solici-

tamos un préstamo al banco para pagar por mensualidades. Era un solo lote de siete de frente por 20 de fondo, 140 metros en total de terreno. Los sueños ahora se trasladaban al barrio *San Francisco*, imaginando la casa Grande.

San Francisco: La Casa Grande



En el año 1971, el traslado a San Francisco fue el camino a la esperanza, sembrando sueños de posibilidades en la formación de mis hijos y cargado de valores que desde mi ejemplo fueron el complemento para su realización.

Cada vez me sentía más feliz y orgullosa de mis hijos, había medios en cuanto a calidad de vida y un futuro mejor. Al llegar a San Francisco estábamos en la revolución para la segunda

votación de Rojas Pinilla. Aún se mantenían las leyes de su mandato durante el periodo entre el 1953 y 1957, leyes que favorecían al proletariado; entre ellas, la crianza de los hijos, el cuidado de la juventud y la liberación de la mujer. Capté fácilmente su mensaje, para evitar que los menores enfermaran o murieran como los anteriores, asistía cada mes a los cursos de nutrición que orientaban en los centros de salud, me preparé muy bien en ese tema y tuve en cuenta todo lo que me enseñaban. Como parte del aprendizaje y una ayuda económica para las familias de más bajos recursos nos daban alimentos para nutrir a los niños: mercados, leche en polvo, queso, aceite, bienestarina y mogollas.

El gobierno se interesaba por mantener a la familia en armonía, preparaba a las madres en el adecuado manejo de la casa, el buen uso de los servicios públicos y el cuidado en la elaboración de los alimentos; hervir el agua, pues no era potable, igual que la leche que vendían en

botellas, muchos bebés enfermaban por el inadecuado manejo de este producto lácteo.

En cuanto a la liberación de la mujer, en los centros de salud, nos enseñaron que ella podía tener más participación en la sociedad y tomar las decisiones frente a la maternidad. Para entonces mis hijos eran tres hombres y tres mujeres, no necesitaba más. En 1971 Sofía tenía nueve meses y se implementaba en todo el mundo la planificación familiar. Nuevamente escuché atenta las charlas sobre el tema e inicié mi proceso para evitar embarazarme, pero jamás lo había hecho, mi cuerpo no resistió y me debilité demasiado, no hubo más opción que dejar todo atrás, confiar en Dios y la naturaleza; ya no era mi decisión sino la suya.

“Hoy es lo mismo que ayer... la casa de cartón,” temía ese mundo sin mañana otra vez. *“Qué triste se oye la lluvia, en los techos de cartón”*, igual que mis hijos cuando el frío y la lluvia invadían su vivienda, “en la casa de cartón”, rancho en tela asfáltica. *“Niños color de mi tierra, millonarios de lombrices”*. La crisis era inminente, había mucho por hacer, para superar las adversidades, ¿serían más?



La construcción de la casa era demasiado demorada, nos pasamos cuando solo era un ranchito, había muy poco dinero para invertir y menos para contratar trabajadores. La fábrica por ser una empresa de ladrillo, regalaba el bloque a sus trabajadores y así fueron construyendo los primeros cimientos de nuestra casa grande; los niños por ser hombres al crecer trabajaban como ayudantes, el primero fue José Abad, lo siguió Jorge y finalmente el niño, pero “y yo

tan chiquito” era su respuesta, cuando lo mandábamos a hacer algo.

El campo, la naturaleza y las flores, estaban impregnadas en mí desde que era una niña, en la juventud fue mi lugar de juegos y dónde quedaban mis más íntimos secretos; me encantaba vivir en medio de jardines y plantas. El terreno por ser lo suficientemente amplio, le quedaba espacio, oportunidad para sembrar plantas y flores de variados colores. Por ejemplo, en la fachada de la casa disfrutábamos de una bella vista, la aurora que era una inmensa enredadera y subía arrojando pequeñas flores moradas, no faltaban los novios rojos y rosados, también el beso de los mismos colores. Aunque las calles estuvieran aún en tierra procuraba que la casa fuera un ambiente agradable para nuestra felicidad.

Seguía teniendo motivos para estar tranquila con mis hijos mayores, Abad estudiando y Adelfa trabajando para ayudas de la casa; sin



embargo, de la noche a la mañana se convirtió mi alegría en inmensa soledad y desconsuelo, mi alma se desmoronaba, nuevamente y un profundo dolor invadió mi ser, quizás esta vez fue mayor que las pérdidas de mis hijos. La compañera más cercana a mi corazón; mi amiga, consejera, cómplice y confidente Adelfa, partió con su amor. Cuando ella se fue, dejó un inmenso vacío en la casa, sentí que me afligía y mi vida tuvo un cambio enorme; nuevamente me sumía en mis propios pensamientos, pues ella fue la única que logró entrar en mi interior, me

entendía y lograba brindarme momentos de libertad.

Jorge y Clara entraron a estudiar, estrenaron la escuela que se llamaba igual que el barrio: *San Francisco*, los dos eran muy creativos para

lograr sus objetivos, como no teníamos mesa donde escribir, ubicaban su lugar de estudio cerca de la cama y usando una tabla como soporte, escribían y hacían sus tareas, esto no les impedía ser muy buenos estudiantes.

En vista de que la planificación no funcionó en esta ocasión, nuevamente vino Gloria Edith, era una princesa trigueña, con sus cabellos rizados, atenta, activa, demasiado sonriente e inteligente; nació muy pequeña y se quedó pequeña toda la vida. Clarita tenía seis o siete años, y la niña fue su regalo más preciado; a pesar de su corta edad asumió gran parte de su crianza. Disfrutaba al bañarla, peinaba sus rizados cabellos, la alzaba con experiencia de madre; la cuidaba todo el tiempo que le fuera posible, hasta aprendió a preparar sus teteros y envolverla



para evitar que llorara cuando tuviera hambre o frío. Era curioso ver que llegaban las señoras a la casa y ella escondía la niña para que nadie la mirara, ni siquiera sus amigas. Glorita era muy calladita, a veces hasta nos olvidábamos de ella; hasta que de un momento a otro me sorprendía su llanto para romper el silencio, eso ocurría cuando tenía hambre, era su manera de manifestarlo. Por ser ella la más pequeña y en el auge de la modistería el aviso que se usó fue *Confecciones GLODITH*, combinando sus dos nombres y permaneció muchos años más.



Algo muy curioso pasaba en la vida de mi hija Adelfa y yo, ella inició su vida como madre a tiempo conmigo, porque yo no paraba de tener hijos, tenía a Gloria y el mayor de ella fue Sócrates nacido en 1974,



nombrado así en honor al gran filósofo. Casi sin darme cuenta ya estaba en mi vientre otra niña a quien di a luz el 26 de octubre del mismo año, nació mi única hija de ojos claros, Milvia y las dos iniciamos la crianza de una gran generación; por el momento eran tres. Entonces Adelfa tuvo su segundo hijo Weimar, el menor de sus hombres, cachetoncito y colorado.

En el año 1975 ya tenía cinco menores; Jorge con diez años, Clara, Rubinel, Sofía, Gloria, y Milvia; Adelfa por su parte con Sócrates y



Weimar. Mis primeros nietos los amaba como si provinieran de mi propio vientre. El niño grande, nació tan blanco como la leche, robusto y muy alentado, cuando le quitábamos la camisita las venitas adornaban su barriguita, tenía un gran parecido con su abuelo Libardo. Desde muy bebé se convirtió en un hijo más, se demoró para hablar mucho tiempo, pero eso no le impedía hacer las travesuras más audaces; así fuera con gestos se hacía entender, solo soltó su lengua a los cuatro años; decían que

ese era un comportamiento de un niño muy inteligente, y lo demostraba, era bastante ingenioso logrando los objetivos que se proponía.

Weimar el segundo hijo de Adelfa, era demasiado noble, muy atento, obediente; jamás se le oía llorar, solo cuando tenía mucha hambre,

claro a veces se enojaba y lo demostraba con su mirada, él sí habló pronto a media lengua, porque se le enredaba mucho.

En el barrio no se alcanzaba a cubrir las necesidades básicas para sobrevivir, el estado no asumía la responsabilidad social, era muy fuerte el nivel de inequidad, carecíamos de servicios públicos; por ejemplo para obtener agua, funcionaban las reservas que se sacaban de unas pilas; los niños madrugaban a hacer largas filas, con canecas y ollas, luego las cargaban de un barrio a otro. Al frente de la casa había un aljibe, agua reposada que provenía de lo más profundo de la tierra y justo daba en el patio de la casa de doña Isabel; para sacarla le adaptaron una polea y un lazo con el balde que bajaban hasta obtener preciado líquido. El valor de la caneca u olla de agua, variaba de acuerdo al tamaño, podía valer entre 50 y 100 centavos. Pasó mucho tiempo así hasta que fueron colocando acueducto y alcantarillado, era necesario hervir muy bien el agua si se requería para consumir.

Una de las ventajas de ser niño es que no sienten los padecimientos de los adultos, nunca se enteran del sufrimiento, su vida gira en torno al juego, para ellos la vida es maravillosa convirtiendo lo que tienen a su alcance en juguetes; objetos tan importantes para su formación. Nunca supe de dónde saqué tanta comprensión para los infantes, pues al saber que ellos carecían de juguetes y yo de recursos para dárselos les permitía que usaran todo lo de la casa. Entonces con los bloques armaban casas que llenaban con enseres de verdad; ellos eran ricos porque tenían a su disposición cobijas, toallas, ollas y hasta la estufa para que los juegos de papá y mamá fueran lo más reales posible en sus fantasías infantiles.

Como todos los lotes apenas estaban en construcción, mis hijos y los vecinos aprovechaban el día para salir a la calle, situación que me favorecía porque atendía los bebés del momento y tenía tiempo para hacer las labores domésticas, finalmente no había de qué preocuparse, la mayoría eran de su edad y no se advertían peligros. Mientras se iba

construyendo la casa, continuaba organizando el modo de trabajar en modistería, necesitaba ayudar para los gastos de la casa; sin embargo, sabía que tenía que prepararme más en esta profesión.

Las calles sin pavimentar, lotes en construcción eran propicios para corretear, jugar a las escondidas, mojarse y embarrarse en épocas de lluvia. Los fines de semana y en vacaciones se reunían todos los niños de la cuadra, inventaban juegos hasta llegada la noche; eran tan afortunados a la vista de los otros niños, porque eran libres, se sentían felices, y yo procuraba dejarlos que disfrutaran de su niñez.

Había noches que en mi rol de madre y frente a la máquina tapaba mis oídos, para dar vía libre a sus juegos; por ejemplo, armaban la banda de guerra; las ollas eran los tambores, las tapas servían de platillos y Jorge hacía los gorros con periódico... ahí mientras yo cosía ellos...

*Izquierd: un, dos, tres y cuatro
izquierd: un, dos, tres y cuatro*

O la batalla del calentamiento:

*En la batalla del calentamiento
se hace sentir, la fuerza del valiente,
¡Soldados!...a la carga, con una mano, con la otra
En la batalla del calentamiento
se hace sentir, la fuerza del valiente,
¡Soldados!...a la carga, con una mano, con la otra*

El andén de la casa que unía un patio con el otro, se convertía en la pista de carros esferados, Jorge a la cabeza trajo la idea de armarlos ahí mismo y Rubinel lo seguía con su manada de amigos, eran horas y horas sobrellevando el ruuunruuun una y otra vez, de allá para acá. Fue bastante tiempo lo que duró esta algarabía hasta que se pavimentó la cuadra. Esta vez ya salieron a las amplias calles con subidas y bajadas apropiadas para el mejor juguete que podía existir; luego aprovecharon su creatividad y hacían carros más grandes o más pequeños y las

patinetas, para incluir a las niñas como Sofía y Gloria en sus locas y arriesgadas aventuras. Muchas veces veía como se colaban hasta seis niños en un mismo carrito en bajada, después llegaban con los pantalones rotos, sus rodillas raspadas y los cachetes colorados, yo ignoraba la situación y entre ellos solitos la resolvían.

También se presentaba “*la lucha por el fuego*”, la forma de cocinar era con estufas de gasolina y conseguir el “*cocinol*” era toda una odisea, igual que con el agua se madrugaba para estar en los primeros puestos de las filas; a veces era la una o dos de la tarde y no salían. Las colas eran tan enormes que tocaba relevarse entre unos y otros; por fortuna yo tenía varios hijos y aunque pelearan o hicieran caras, pues les tocaba ir a reemplazar a su hermano, aunque Rubinel volvía quejarse “*y yo tan chiquito*”

Las dos niñas pequeñas Gloria y Milvia, eran muy hermosas y admiradas por todos, siempre había amigos de Abad en la casa; los hermanos Cruz decían que era la familia de Dios, Milvia era como el niño Dios y Gloria la virgen. Cuando yo las apreciaba sentía que era así, parecían sacadas de una revista, la gente que las veía, quedaban admiradas con su belleza, decían que le regalara una, pues como tenía tantos, no me harían falta.

Con tantos niños y el poco dinero de la fábrica, había que tener mucho ingenio para asumir la crianza con responsabilidad; iba al IDEMA *Instituto de Mercadeo Agropecuario*, donde beneficiaban a las familias más necesitadas, proporcionado el mercado más barato que en las tiendas, se compraba por grandes cantidades; media o una arroba de arroz, azúcar y el frasco grande de aceite; en la plaza comprábamos el bulto de papa y algunas verduras. Siempre fuimos muchos pero además para esa época vivió Ofelia, una niña proveniente del campo que nos ayudaba con los oficios de la casa y como si fuera poco, los vecinitos preferían estar aquí humildemente que estar con su familia donde sí había juguetes y buenos platos de comida.

A Libardo le pagaban semanalmente, entonces los viernes había carne o sopa de menudencias y durante la semana se iba escaseando el buen mercado; terminábamos comiendo las famosas *papas con agua-panela*, tanto nosotros como los acompañantes. Nunca tuve la posibilidad de darles vitaminas a mis hijos, tampoco las había para mí, entonces me las arreglaba con lo que aprendí de nutrición; reemplazaba la carne costosa por las económicas *vísceras*; el mejor alimento para nutrir los niños en crecimiento.

Se abre las puertas a la juventud

Cuando José Abad estaba en quinto año de bachillerato, en otros colegios como el *Manuelita Beltrán*, se conformaban grupos juveniles cuya función principal era el trabajo comunitario, vinculados a la parroquia y en cabeza del padre Bernardo, Verena y Catalina de la Pastoral Social. Se sabía que provenían de Suiza y buscaban ayudar de manera desinteresada a poblaciones vulnerables como el barrio San Francisco y sus alrededores.

Todo éste ambiente se encontraba sujeto a las nuevas ideas revolucionarias expandidas por América Latina en la voz y el actuar del legendario Paulo Freire y difundidas por las corrientes más avanzadas del catolicismo, dando origen a la teología de la liberación y alimentadas por los elementos constitutivos de la dialéctica marxista, la cual presentaba una particular visión y comprensión del devenir histórico. Es decir, una visión crítica sobre la explotación de los obreros y trabajadores ejercida por una clase social dominante.

Para ese entonces, mi hijo consideraba que el servicio a la comunidad era un deber y que la educación serviría como un factor de cambio. Las comunidades religiosas en expansión constante, difundían una labor más allá de la religión y le daban un tinte social y cooperativo. Su filosofía se basaba en la cultura y educación popular, con la concepción de que *“El pueblo es el motor y sujeto de la historia”*, empoderándolos desde una educación alternativa y liberadora. Se alimentaban de las ideas contemporáneas en la época, difundidas por el pedagogo brasi-



lero quien sostenía que: “*Los hombres no hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión. El diálogo implica un encuentro de los hombres para la transformación del mundo, por lo que se convierte en una exigencia existencial*”.

Mi hijo José Abad a pesar de estudiar y trabajar durante el día, en las noches, asistía al *Telecentro*, entidad fundada por el Estado y éste, en asociación con la *Radiodifusora Nacional*, llevaban a cabo una



alfabetización de adultos de seis a nueve de la noche, siendo una ocasión propicia para demostrar allí sus dotes innatas como excelente pedagogo y maestro. Se encontraba por entonces, en la búsqueda del saber y de los saberes que se difundían por estos medios, pues pretendía aportar a la cultura de su barrio y llevar alegría a sus habitantes, quienes sufrían muchas necesidades de alimentación pero también de educación y cultura.

Varios jóvenes compartían con él sus intereses y pensamientos y la consigna que la juventud y la intelectualidad deberían servir para algo. Entre ellos recuerdo a Jorge Rojas, Jorge Hernández (El Mono), los hermanos Germán y Ernesto Zarama y los hermanos Carlos y Omar Cruz, quienes participaban en un grupo denominado *Juventud Obrera Cristiana*.

Como el Estado no hacía inversión social, las ONG en unidad con las iglesias, encontraban en estos barrios un terreno propicio para ir a suplir sus carencias mediante una intervención que incluyera a sus habitantes, por lo que se observó la realización de una labor sin mayores restricciones, con alto nivel de compromiso humanitario y, tal vez,

con la sana intención de aliviar el espíritu altruista de algunos jóvenes extranjeros, quienes llegaban al país con intenciones de conocer y ayudar a poblaciones estancadas en la miseria como ocurría con la mayoría de los barrios ubicados al sur de Bogotá.

A José Abad, le alentaba ver a sus amigos a su lado compartiendo la música, el teatro, la poesía y el fútbol. Más adelante, comenzó a relacionarse con otros jóvenes y adultos en búsqueda de otorgar una ayuda más efectiva a través de la enseñanza y una adecuada formación crítica para sus vecinos, por eso, se promovían cursos para el aprendizaje de algunos oficios, se organizaban campañas de aseo, la realización de salidas de integración a pueblos cercanos como Villeta y Melgar y bailes donde participaba la comunidad; especialmente, los jóvenes.

Por los trabajadores que asistían al *Telecentro*, sentía gran admiración y cariño al verlos cansados luego de sus largas jornadas de trabajo pero con la expectativa de aprender a leer y escribir; hecho que hacía posible hacer realidad lo expresado en las ideas de Freire, quien le apostaba por una pedagogía de la esperanza. Esa esperanza que intentaba contagiar, en cada encuentro, a sus estudiantes y vecinos del barrio para alcanzar una transformación efectiva relacionada con el progreso permanente de sus familias.

Yo siempre tenía la idea y los deseos de crecer a nivel intelectual, intenté estudiar el bachillerato por radio. Abad me motivó mucho más, traía los cuadernillos y folletos para estudiar en la *Radiodifusora Nacional: Alianza Nacional Popular*; yo escuchaba las clases, llenaba los cuadernillos y lo que no entendía él me orientaba. Mis hijos estaban siempre a mi lado, escuchando y mucho de lo que aprendía, ellos también lo sabían y todos aprovechábamos esas enseñanzas.

Desafortunadamente ahí empezó el racionamiento de luz, comenzaba desde las siete de la noche y duraba exactamente una hora, tiempo en

que transmitían el programa. Otra vez el sueño de estudiar se derrumbaba, igual que cuando era niña, donde amaba la escuela y no me dejaron estudiar más. Sin embargo, no fue del todo mal la falta de luz; momento oportuno y fascinante para contar leyendas, hacer juegos de fantasmas; espacios que yo disfrutaba mucho con el montón de niños de la casa.



Pero como tenía una persistencia por aprender, y estaba trabajando la modistería quise perfeccionarla, nuevamente mi hijo mayor descubre que una de las mamás de sus amigos estaba dictando clases en el barrio San Carlos, rápidamente me inscribí; iba a estudiar muy juiciosa con mi profesora Ensa Rosa Vásquez. Aprendía muy rápido porque tenía las bases casi de toda la vida, sólo faltaba mejorar la técnica del corte y confección, estar más a la vanguardia y tener el título. Facultades que notó la señora Ensa rápidamente.

Nada fue fácil, las sombras asechan

Una forma de esquivar los problemas y las depresiones fue acudir a ese asombroso vicio del cigarrillo; fumaba y tomaba tinto, además mi precaria alimentación hizo que mi salud se fuera deteriorando, se notaba en el bajo peso de mi cuerpo y caí en una grave depresión, la memoria se afectó notoriamente. No recuerdo si fui al médico, tampoco tenía noción del tiempo ni del espacio. Había momentos de tanta lucidez que tenía en la mente a todos mis hijos, también sabía que estaban en la calle, sin nadie que los guiara, pero me sentía impotente para cuidarlos, elevaba mis manos hacia Dios y con gran devoción se los entregaba. Sin embargo, hubo otros episodios en que no entendía nada, no veía luz en el camino, especialmente cuando extraños seres me perseguían.



Un día desperté después de uno de esos raros episodios y mis dos hijitas Clara y Sofía envueltas en llanto me estaban abrazando, las tres encerradas en una pieza cuya puerta era de madera y trancábamos con un palo grueso, según ellas yo gritaba barbaridades, intentaba alejar aquello que me perseguía diciendo...

—¡Aléjense de mí!, chite, chite, no me persigan más, salgan, salgan.

También soplaban por las rendijas de la puerta.

En momentos tomaba a las dos niñas más pequeñas de sus bracitos y por intentar protegerlas en medio de mis angustias resultaba maltratándolas. Cuando la lucidez se asomaba anhelaba estar con mis dos

hijos mayores; quería dormir con Abad, cosa que él me permitía, lo abrazaba en busca de su protección.



Aunque él era muy joven, y —por aquello del machismo— nunca les había enseñado a hacer oficio, en las noches cuando Libardo llegaba de trabajar y él de estudiar, intentaban cocinar para darles alimento a los pequeños, pero durante todo el día mis niños y yo quedábamos a la deriva; a lo mejor los grandecitos se las arreglaban para ir a estudiar y los otros no lo sé. También anhelaba que Adelfa estuviera a mi lado, quizás me podría colaborar, yo la consideraba como mi ángel de la guarda, un ser al que yo amaba profundamente, en varias ocasiones me iba en su búsqueda. Me contaron que uno de esos días me coloqué las medias veladas por encima de las de lana y llegué allá atravesando dos barrios, hasta encontrar su casa solo

para consolarme con su presencia, ella se extrañaba de verme así en esas condiciones, pero no veía otra opción que devolverme otra vez a la casa.

En esos momentos de oscuridad las manos de Dios se ven reflejadas en las personas que están incondicionalmente a nuestro lado, eran mis vecinas. La señora Carmen, y doña Rita, sin que yo me diera cuenta se llevaban a los niños a ofrecerles ya fuera un plato de comida o un café con pan, porque yo en medio de mi confusión mental las agredía, comparándolas con espantos; especialmente a doña Carmen quien era morenita, poco agraciada y le decía...

—Usted es el diablo y me quiere hacer daño. Ella tan linda, sabía mi condición de salud, soltaba la risa y se iba para no mortificarme con su presencia.

Las dos notaban que no tenía acceso a los fósforos porque les podía prender fuego a la casa o quemar a mis hijos, Libardo me los quitó previniendo que hiciera lo mismo que ese día gris en que perdí la razón y quemé un montón de ropa que mi prima Berta me había regalado para mis hijos. Guardaba los cuchillos, prefería esconderlos para no correr riesgos, por lo tanto no cocinaba ni tampoco comíamos.

De las pocas cosas que recuerdo fue que un día llegó mi profesora de modistería, la señora Ensa Vásquez. Ella empezó a extrañarme en su taller cuando dejé de asistir; como era de las más adelantadas y además cumplía con todo lo que me solicitaban, ella misma decidió venir a buscarme y entregarme personalmente el Certificado de “Estudios en Modistería y Alta Costura” Título que desde ese día me acredita como profesional en este oficio



Sé que Dios nunca me abandonó, ni tampoco a mis hijos; ahora que lo pienso tuvo que haber sido un milagro; las dos menores, Gloria y Milvia, de meses casi de brazos, los otros cuatro también muy pequeños y sin su mamá al lado...

Hasta este momento me pregunto ¿Cómo sobrevivimos a esa situación?

Cuando todo era un difícil camino, con la cabeza perdida, débil el espíritu y nuestras vidas en peligro, un brillo de esperanzas se percibía; mi ángel de la guarda resurgió en la señora Hilda; ella era mi amiga, la única que realmente tuve, yo no fui amiguera. Una noche la pensé, recordando su gran generosidad y rogué a Dios no perder ese instante de conciencia. Mi gran amiga vivía a dos cuadras de mi casa, la busqué y al llegar donde ella, me abrió sus puertas y también su corazón. Me abrazó viendo mi estado de salud tan

deteriorado y en medio de incoherencias y verdades le conté lo que sentía, tan linda que me comprendió, a partir de ese momento fui consciente y acepté mi enfermedad, pues nunca antes había confiado en nadie.

Como una niña me tomó de su mano y me condujo, aunque tenía poco conocimiento, pero sí un bello corazón, fue quien me ayudó. Tuve la certeza de que Dios, ella y mis ganas de vivir me salvarían y así fue. A la mañana siguiente me llevó a un lugar donde me darían el mejor remedio para fortalecer el cerebro, acudí a tomarlo todos los días hasta completar diez vasos, era la bebida sagrada que necesitaba para alcanzar la lucidez total, sangre de res fresquita.

Los infortunios continuaban, acababa de tener un poco de sanación, cuando ocurrió un tristísimo accidente, mi hijo adorado Jorge Iván, aquel niño travieso que adoraba con mi alma, sufrió uno de los accidentes más graves. La gasolina, líquido necesario, pero profundamente peligroso sería el causante de esta desgracia, casi fueron dos o tres los lastimados. En la escena estaban Sofía, entre la pared y la mesa que soportaba la estufa, al frente Rubinel y Jorge echándole gasolina al tanque, al lado tenían un galón lleno del mismo líquido inflamable. Rubinel listo para prender y en cuestión de segundos, faltaba muy poco para terminar... iflashh! se incendió el galón y la llama cubrió a mis dos niños porque la niña, segundos antes se había retirado.

En medio de las llamas salieron corriendo y revolcándose, alcancé a apagar al más pequeño, él solo se quemó levemente una mano, en cambio Jorgito como tenía una chaqueta de “terlenca” (tela parecida a un caucho), ardió en llamas mientras logré llegar hasta donde él y también apagarlo. Sus manitos, la garganta y todo su rostro estaban afectados. —¡Qué dolor tan inmenso sentí!— me punzaba hasta la piel al ver al niño con su rostro afligido y delicado. Tenía quemaduras de tercer grado, inmediatamente llamaron a Libardo, lo llevamos al hospital, estuvo unos días, pero yo no veía mejoría. Algo dentro de mí,

decía que yo podía cuidarlo y curarlo. Por la salud de Jorge tuvimos un altercado con mi esposo, en medio de discusiones, le dije...

—¡El niño no va más al hospital! yo lo voy a curar. Por su puesto Libardo también quería el bienestar de su hijo y creía que allá era donde lo cuidarían de la mejor manera, al fin logré convencerlo y lo dejé en la casa conmigo. Ahora debía seguir cuidándome y tenía un motivo más para estar sana y lúcida, ¡Mi hijo!

Así fue, que continué mi tratamiento para fortalecer mi cerebro al tiempo preparaba enjuagues que le aplicaba en las heridas de mi hijo quemado, luego le ponía emplastos de cebolla hasta que con el tiempo fue sanando.

Fui muy juiciosa y consciente de mi recuperación y le di gracias a Dios por mí renacer. Pero para esa época y cómo dicen que Dios aprieta, pero no ahorca, el regalo más grande, como caído del Cielo fue cuando conocí a Regina 11, mi salvadora.

Regina 11. Mi salvadora



Estaba muy tranquila, un poco débil, pero resignada a continuar mi vida, que era criar a mis hijos y trabajar para ellos; pensaba, quizás era el destino que Dios había elegido para mí. El año 1975 fue un año de muchos cambios, tenía una hija muy pequeña, Milvia y de ahí para arriba otros cuantos, acababa de pasar el peor episodio de mi vida; depresión y debilidad, estaba al cuidado de Jorge que tuvo que suspender los estudios para cuidar de su salud. Tenía que reanudar mi trabajo y buscar dinero para levantar a mi familia.

A los dos meses de haberme aliviado como algo mágico, llegó a mis oídos, un ser que trascendía fronteras, era Regina 11. En la casa teníamos un radiecito y una tarde escuché su voz, su tono particular envuelto en una gran sensibilidad llamó mi atención. Sus palabras tenían una magia especial, había convicción en lo que decía. Mostraba a través de sus enseñanzas, una manera diferente de ver el mundo, mi vida empezó a cambiar y sentí la necesidad de volverla a escuchar.

Como tenía la niña en brazos, a esa ahora le daba de comer para que se durmiera, tiempo en el que aprovechaba para poner atención a todas sus erudiciones. Ahí descubrí que el ser humano tiene el poder mental para manejar las emociones y gobernarse a sí mismo.

Ella recién empezaba la vida pública, había furor en los medios de comunicación. La emisora La voz de Bogotá frecuencia 6:10 transmitía

el programa “*Tardes con Regina*” conocí su testimonio de vida: Su hija menor nació con una enfermedad incurable, los médicos ya conocían ese diagnóstico en varias oportunidades y le expresaron que la enfermedad era incurable, ya no había nada que hacer, pues moriría. Pero Regina sabía que podía salvarla y le prometió a Dios, que si lo hacía, le enseñaría al mundo todos sus conocimientos y poderes.

Rogó a los médicos que le permitieran estar con su hija, hacerse cargo de su enfermedad. Ellos seguramente dirían, —No hay nada que perder— ¡Adelante! Entonces escuché de su propia voz...

—*Yo le entregué todo a Dios. Un hilo de vida pre-nadía del cordón umbilical que ya iba para la eternidad, iba al cosmos para unirse con la conciencia universal, lo tomé en mis manos y se lo coloqué (espiritualmente) con toda la fe, devolviéndole la vida a mi hija, así yo la salvé.* De ahí en adelante su misión en la tierra era cumplirle a Dios la promesa que había hecho. Sus palabras y su testimonio me conmovieron tanto, que sentí la motivación por saber más de ella y aprender lo que con tanto amor enseñaba al mundo.



Así como Regina salvó la vida de su hija, también salvó la mía, llevaba varios días escuchando la emisora y me dije...

— ¡Ah! Yo tengo que conocer a esa mujer, tengo que ir donde ella y me propuse asistir a sus cursos.

Ella empezó a enseñar por todo el mundo, como lo hizo Jesús, instauró en Bogotá sitios de congregación donde guiaba a las personas, para que aprendieran a desarrollar sus poderes. En el *Centro Universal de la Unión*:



Regina 11, ubicado en la carrera 68 con calle 13; claro que había más sedes, solo que se me facilitó ir a ésta. Yo era muy incrédula, pero cuando empecé a practicar todo lo que iba aprendiendo, me di cuenta que mi vida estaba cambiando. Ella tenía guías espirituales, personas que se preparaban para seguir los pasos de Regina.

Descubrí que el 11 era porque sólo había diez cerebros en el mundo tan poderosos y ella le correspondía ese número, pues el de Jesús era el segundo. Hablaba con los espíritus, se comunicaba mentalmente con gente como ella, del otro lado del mundo o más allá de la tierra. Nosotros la veíamos en los rituales como se elevaba con una magia universal, levitaba.

Vi muchos milagros que hacía aún sin estar presente, como el caso de Gabi, una conocida del barrio quien hacía dos meses tenía una infección en un pie y nadie la había podido curar. Cuando se enteró de una sanadora y que iba a estar en el Centro Cultural “*La Media Torta*”, no dudó en ir. Me contó que así con su pie inflamado y sin zapatos porque no los resistía, llegó como pudo; desafortunadamente ya se había acabado el evento, pero se lanzó al carro donde ella iba, y con toda la fe le dijo:

—*iRegina 11, usted me va a salvar!* A su regreso se acostó y empezó a notar su mejoría, pasaron días y cada vez se fue sintiendo mejor, su pie fue sanado completamente.



Con Regina aprendí a liberarme de ataduras, limpiar la casa de las malas energías, purificar el alma y el espíritu. Conocí el valor de la lectura y el camino para hacerlo a través de libros de gran poder que ella nos recomendaba, tales como: *La Magia del poder psicotrónico*, *El poder de la mente subcons-*

ciente, El poder del pensamiento, Como ser rico sin preocupaciones, entre otros. Estas páginas me educaban física y mentalmente, eran ritos mágicos para purificar el alma y limpiar el espíritu a nivel personal.

Con mucha convicción asistí a muchos cursos donde conocí gente que hacía lo mismo y seguíamos sus enseñanzas. Había días que llevaba a alguno de mis hijos, Clarita fue un día y vio conmigo uno de los ritos más grandes que ella hacía; ascendía como hacia el cielo, levitando y desde allí nos saludaba. Eran momentos de profunda meditación y concentración, porque gracias al poder mental de varias personas, era que ella lograba subir.

Muchas veces la gente nos criticaba y nos veía como si fuéramos brujos o locos, pero no sabían que estaba cambiando nuestras vidas con sus enseñanzas. Como la tildaban de bruja, ella asumió la escoba como su símbolo al lado de la bandera de color amarillo, blanco y magenta.

La escoba representaba barrer las malas energías, simbolizaba la limpieza de nuestra casa interior y exterior. La bandera llevaba el color amarillo en figura *de la persona que corre riesgos con toda confianza y triunfa, el blanco simboliza la pureza; finalmente, el color magenta como la unión* de cielos y mares; la mezcla de azul, rojo y un componente dorado, producen el magenta como signo de verdadera unión.

Ella también visitó San Francisco, se centró en la plaza donde estuvo muy poco tiempo; yo alcancé a estar a su lado recibiendo muy de cerca parte de su energía, en los centros logré tocar su mano; pues para los que la conocíamos era como tocar la mano de un santo. Conocí a su hija menor, la misma que ella había salvado y pregonaba esa historia como testimonio de vida, ya tenía 15 años.

Regina decía que todo lo que uno se propone hacer, lo ordena a su mente y lo logra. De esta manera aprendí el control mental, psicología,



el aseo personal y el alimento como parte esencial en la vida, la importancia de la salud espiritual y física. Nos hablaba que la mujer tiene el lugar más importante en el hogar, lo que permitía hacer valer nuestros derechos y levantar la cabeza con orgullo y dignidad. Dos días después de haber asistido a los cursos dejé completamente el cigarrillo, vicio que me había acompañado durante 25 años, fue tan fácil dejarlo con la relajación que ella proponía.

Por fin se veía luz en un camino de oscuridad. Algo maravilloso que reflejaba ese cambio fue la abundancia de trabajo que empecé a tener y mis hijos eran los primeros beneficiados, disfrutaban de una vida mejor, desapareció la escasez, gozaban de buena salud, la manera de alimentarnos fue evolucionando. Ya había como vestir bien y logré contribuir a su formación, se tenían recursos para transportes y todo lo necesario en sus colegios. Asistí durante dos años de manera constante, después me fui alejando pero seguí aplicando sus enseñanzas como herencia para mis hijos.

Estaba en pleno regocijo y felicidad cuando Dios me volvió a dar otro regalo, una nueva vida crecía en mi vientre. Recibí con alegría la noticia, estaba en mi madurez y seguramente iba a darle mejores condiciones de vida, fue una etapa de placidez para mí, aunque mi hijo mayor le molestara y me dijera...

—Mamá, ¿otra vez embarazada?, debería ponerse a planificar, ya hay muchos métodos. Yo a estas edades y todavía viendo a mi mamá embarazada.

No le puse cuidado y como lo había dicho desde que me casé, que le iba a dar un lugar en el corazón a todos los hijos que Dios me mandara y así lo hice. Llegó al mundo una niña muy alentada, gordita y hermosa.

—Mi hija Leidy sería quien me acompañaría cuando mis hijos se empezaran a ir, pensaba—. La sentí tan mía, no la quería soltar cuando era bebé, desde que nació fue morenita y muy seria, parecida a mí que no sonreía, nunca me dio problemas de nada.



Como había pasado anteriormente con mis hijas y mis nietos mayores volvió a pasar,

esta vez Adelfa también se embarazó y el mismo año las dos volvimos a tener hijos juntas, ella tuvo una niña a la que nombré Gisleny. Ella nació en la casa y desde su llegada al mundo se hizo notar con su llanto fuerte. La sentí tan cerca de mí corazón, la recibí con tanto

amor por ser mi primer nieta mujer, tenía su cabellito rizado y era trigueñita, eso sí, era bien delgadita y desde niña le decían “la Flaca” tenía una bella sonrisa, una miraba muy llamativa y una forma de ser muy particular.

Lo que no imaginaba era que justo a mis 40 años iba a tener otro hijo, al año de haber nacido Leidy llegó el último de mis retoños, Jenny Stella. Ya no era un regalo de Dios, sino dos, la esperé con la misma felicidad con que recibía a todos mis hijos.

Una anécdota muy curiosa fue que Libardo estaba en la cocina junto a mí, recuerdo que yo tenía puesto un vestido estampado, muy hermoso y con mi barriguita de seis meses, él me dijo...



—Ole María, usted está como muy gordita, pareciera que estuviera embarazada...

Yo no podía contener la risa y le contesté...

—Vea este tan bobo, no ve que tengo seis meses, o es que no se había dado cuenta o no se acordaba o ¿se está haciendo el pendejo, mijo? y esta vez va a ser un niño. Después de mi hija Gloria, cada embarazo deseaba que fueran niños, tuve un favoritismo por los varones, y ¿no sé por qué? Seguramente heredé las ideas machistas de mi madre. Imaginaba que cuando estuviera vieja, ellos serían mi protección, pero el destino quiso que mis últimas cinco hijas fueron todas mujeres.



Esta vez fue Clara quien hizo caras, pues crecía y se hacía señorita, con esa mirada me dijo todo. Yo sentí su mal genio pero me daba igual, ya era otra mujer, después me dijo...

—Ay mamá qué pena y qué pereza tantos hijos, nunca vamos a terminar de tener chinos y limpiar mierda...!Oh Dios mío!

Igual que con Abad y Libardo, dijeran lo que dijeran no me interesaba, suficientemente había tenido ya en la vida como para ponerles atención, —igual tendrán que cuidar al niño que nazca, pensé—

Milvia sintió una inmensa felicidad al saber que venía una hermanita, ahora le correspondía a ella tener un juguete nuevo, me rogó que le llamara Stella. Como la niña nació el 16 de julio día de la Virgen del Carmen, hablamos de la posibilidad de llamarla así, pero nuestra vecina tenía ese nombre y su hija también, preferíamos Jenny como primer nombre y Stella por darle gusto a Milvia que tanto insistía, pues su profesora de jardín se llamaba así.

En el momento de nacer vino una niña demasiado pesada, quizás porque ya estaba muy tranquila y muy recuperada la niña recibió



buenas vitaminas, situación que asustó a los médicos, hasta nos pusieron en observación. Desde pequeña fue la adoración de la casa, la consentida por todos, gordita y bella, siempre feliz. Clara quien me había regañado por éste embarazo ahora la adoraba y Rubinel saltaba de felicidad ya que su puesto como el menor de los hombres, el nené se conservó hasta el final, luego de cinco niñas, desde Sofía hasta ella.

Al salir de la clínica todos los hijos se congregaron en la casa, llegó Adelfa con su familia a celebrar la alegría de una nueva vida, desde ese momento sentí que ya era el momento de planificar.

Fue una gran generación que iba creciendo al mismo tiempo, porque a mi hija Adelfa en el año de 1980 le regalaron su última hija, Jarmaile. Su pequeña bebé desde que veía la luz del día la iluminaba una sonrisa y sus cacheticos colorados; ella y Jenny ya eran dos bebés para consentir. Todos eran como una sola familia, como hermanas, desde Gloria hasta Jarmaile, ocho personas.

Con mis hijas menores me sentí realizada como mujer y como madre, aunque había dejado a Regina, sus enseñanzas perduraron de ahí en adelante. En mi madurez me liberé en la forma de expresar el amor a estas dos últimas hijas que estaban recién llegadas al mundo. Sentí realmente lo que era ser madre, les brindé un cariño más tranquilo y sin prejuicios ni temores, por primera vez ofrecí una caricia y abundancia de besos; pues soy consciente que con ninguno de los anteriores fui así y ellos lo notaron, algunos me lo dijeron, pero también les hice entender que seguramente no tenía tiempo como ahora, sólo pensaba en la manera de sacarlos adelante.

Escuela, juegos y travesuras

Mis sueños e ideales se realizaban mágicamente, gozaba de salud física y espiritual; a la vez tenía una inmensa fortaleza para enfrentar las adversidades, contaba con el conocimiento y la madurez para recibir con entereza todo lo que se presentara.



Algo sí tenía claro y era que mis hijos deberían estudiar, aunque jamás les miraba las tareas, poco iba a las reuniones y no les pedía cuentas de su proceso académico, pero notaba su afán por superarse, eran muy inteligentes, mantenían una sana competencia, apostaban para ver quién sabía más.

José Abad fue el maestro de todos, tenía tiempo y paciencia para cada uno en sus diferentes necesidades; usaba en su cuarto un tablero que tenía en una pared con base de cemento, ahí reforzaba toda la tropa en todas las materias; aunque su fuerte era las matemáticas y ellos no dudaban en buscarlo para otras asignaturas, también era quien les colaboraba con los mapas para exponer, carteleras, los dibujos y sobre todo los experimentos de ciencias. Él siempre estuvo ahí para ellos.

En vista de que yo no podía salir de casa por tantos hijos, además trabajaba en la modistería, no había quién fuera a recibir los informes académicos. Libardo tampoco podía por su trabajo y si lograba hacerlo, lo hacía con mucho cariño. Como siempre las circunstancias los volvían muy creativos, por ejemplo, para la entrega de boletines se ingeniaban

para recogerlas y muchas veces llegaban a la casa con su libreta de calificaciones, contando de manera anecdótica lo que habían hecho para lograrlo. Clara con Jorge o Rubinel se turnaban, ella iba y pedía la de su hermano y viceversa. También Sofía conseguía una mamá prestada, algún amiguito de otro salón o la vecina para hacerse pasar por mí.

Cuando ya veían el proceso, comentaban entre sí e intentaban superar a su hermano, cumplían no porque yo se los exigiera, sino entre ellos mismos, para no quedarse atrás. Solitos debían responder, fui testigo mientras estaba sentada en la máquina de las competencias que hacían para aprenderse las tablas, memorizar los departamentos con sus capitales y los países del mundo. Casi siempre ganaban el año, eso me hacía sentir orgullosa; pero si alguno decidía que no quería estudiar, yo no lo forzaba; —allá ellos—, pensaba—por ejemplo Rubinel repitió uno de los dos terceros de primaria, porque prefirió jugar canicas y caramelos. Tenía una gran colección de estos fantásticos papelitos y no precisamente porque los comprara sino porque apostaba y los ganaba. Claro que también estaba un poco desubicado, estudiaba por la tarde y sentía poca comprensión por parte de sus maestros, en esa época todavía los profesores golpeaban a los estudiantes para —corregirlos—



según ellos y el niño alcanzó a padecer uno de estos maltratos, solo al pasarse a la mañana su vida de colegio le mejoró radicalmente, luego se caracterizaba por ser de los mejores y hasta un líder en la institución.

La casa era de todos, ahí llegaban los vecinitos que se entendían con mis hijos. Por ejemplo los hijos de doña Hilda, también los de la señora Rita: Dalys y Giovanni, otros como Rossi y

Chorchiro, a veces los hijos de don Pablo: Carmen y Pablo. Aunque todas estas familias tenían muchos más recursos que nosotros, sus hijos preferían estar en nuestra casa y compartir las famosas papas saladas en compañía de nosotros, que los grandes manjares con sus familias. Las vecinas se sorprendían y lo manifestaban con envidia

—¡Ummm, ¿Cómo harán en esa casa, comiendo papas con agua panela y les va tan bien en el estudio?, siempre ganan el año y a nuestros hijos les damos todo, tienen que repetir una y otra vez.

En la calle se unían todos a jugar cinco huecos, el cuadrito y la culebrita, usando unas bolitas cristalinas que se llamaban “*bolitas*” o las canicas. La calle para ellos era el parque y la felicidad. El trompo fue también el juguete predilecto, cuando Libardo tenía tiempo, les compraba de esos objetos redondos, de llamativos colores y él mismo les enseñaba; de ahí en adelante jugaban carreras, hacían piruetas y muchos otros inventos. La puerta de la casa permanecía siempre abierta, es más, creo que ninguno conoció las llaves, no las necesitábamos, siempre había alguien para abrir o entrar fácilmente, sólo una copia existía y la tenía Libardo. Un día llegó a las cuatro de la mañana, estaba abierto y todos durmiendo, gracias a Dios nunca pasó nada.

Era fascinante ver a tantos niños disfrutando de sus ingeniosos juegos, una vitrina desocupada que había afuera de la tienda de doña Carmen era el carro perfecto para transportarse, jugaban al papá y la mamá con los enseres de la casa, casi siempre estaban en pleno goce del juego cuando aparecía Jorge Iván y les desbarataba todo. Él nos hacía pasar dolores de cabeza por sus locuras y juegos impertinentes, hacía travesuras fuera de lo común, armaba caucheras para lanzar piedras a largas distancias, salía con sus amigos y hacían travesuras arriesgadas. Claro que a veces si se unía con otros jovencitos más grandecitos y jugaban ponchados o soldado libertador.



Gloria, la niña que descalza recorría diariamente la cuadra, prefería estar así sin zapatos para sentirse libre; sus pequeños pies, fueron tomando forma ensanchada y callosa, lo que la hacía experta en apostar carreras; nunca se vio afectada, por el contrario, tenía gran fortaleza en el arte de correr. Para ella no había impedimento, ni los días de lluvia, ni el barro y menos las piedritas en las calles, junto con sus sobrinos que eran como hermanos, les fascinaba salir a mojarse, buscar “*Chambas*” (aguas hervidas de las casas que conforman una canal) en las cuadras, antes del acueducto y alcantarillado para meterse y enlodarse, durante la época en que estaban pavimentando las calles

Como Libardo trabajaba en la *Ladrillera La Candelaria*, y se iba desde las cinco de la mañana hasta la tarde, era necesario mandarle el almuerzo. Teníamos un porta comidas esmaltado blanco, ahí se podía empacar desde la sopa, el seco y hasta *agua panela*. Por turnos de parejas les tocaba llevarlo al trabajo de su papá; un día lo llevaba Jorge y Clara y al otro día Rubinel y Sofía. Lo que yo no sabía, era que del trayecto de la casa a la fábrica, jugaban



a girar la comida apostando para ver a quién se le regaba menos, y al pobre Libardo le llegaba la mitad del almuerzo y todo revolcado; además tenía la hermosa costumbre de dejarles el bocado, pero era tan noble, que no les decía nada, solo en las noches me preguntaba...

—Ole, ¿Por qué me mandó tan poquita comida?

Yo no me acuerdo lo que le contestaba.

Esa gran empresa era el mejor parque de diversiones, los compañeros de Libardo los conocían y permitían que se entretuvieran en todo el espacio que había. Se usaban unos carros de hierro para cargar el bloque mientras lo procesaba, y ellos se subían ahí; como iban en pareja, uno empujaba y el otro montaba, generalmente ellas se subían y ellos empujaban. También unos círculos giratorios en el piso permitían que dieran tantas vueltas como podían hasta quedar



mareados y lo mejor para ellos, eran los inmensos bultos de cascarilla de café que llegaba por camionadas para quemar el ladrillo, momento propicio para lanzarse entre ese suave material que era más delicado que la arena, se hundían y se enterraban allí. Yo sabía dónde estaban porque se demoraban horas en volver y traían cascarilla pegada hasta en su ropa interior.

Donde se quemaba el ladrillo eran unos hornos a temperaturas que superaban los 1.000°C grados y Libardo era el que los limpiaba, ahí fueron testigos del trabajo tan duro que hacía su papá al meterse y limpiar esas cuevas hirviendo, luego de salir el ladrillo, por eso le decían el marrano.

Aunque yo tenía mis tres niñas bebés, volví a intentar estudiar: esta vez era con los folletos que conseguía con orientación de José Abad. Desde el Ministerio de comunicaciones, *INRAVISÓN*, radio *Sutatenza* y el *Canal 11*; donde validé la primaria ante el *ICFES* y con gran entusiasmo seguía preparándome para el bachillerato.



Entonces ya era una más en proceso de formación, al principio Abad fue mi gran guía, pero yo era muy inteligente, dedicada y estaba decidida a salir adelante, con el tiempo caminaba solita. Para esa época 1979 y 1980 tenía ya planificados mis sueños: terminar mi bachillerato en dos años y llegar a ser profesional antes de los

50, tiempo en el que podía ejercer una carrera durante unos 10 años.

Luego de tener a mi última hija, quedé gordita, pero además aumente considerablemente de peso; por eso siempre necesitaba ayuda, Ofelia era quien me colaboraba con las niñas y el oficio de la casa; ella hacía parte de nosotros como una hija más, por eso también la motivé a estudiar, sólo que no fue de su agrado y el día menos pensado salió para nunca más volver.

Sofía se fue convirtiendo en mi apoyo, era una niña muy activa, juiciosa y con mucho amor por la cocina, quiso salirse de estudiar cuando empezaba quinto de primaria y ayudarme. Oportunidad que aproveché mucho, pero no pude continuar estudiando. A partir de ese momento me dije...—yo solo voy a estar para mis hijos— Ya solo era cuidarlos y continuar con la modistería como mi profesión más digna y agradecida.



Cerros Estéreo acariciaba nuestros oídos; mientras las niñas se desenvolvían en sus labores domésticas, compartíamos con *Camilo Sesto*, *Leo Dan*, *Miguel Bosé* entre muchos otros. Ellas se organizaban para hacer el oficio y pocas veces había peleas, cada una tenía una preferencia, Sofía en la cocina y lavar la ropa, Clara la pasión por la casa organizada y los

pisos relucientes; Glorita debería estar colaborando pero ella estaba ocupada jugando sin zapatos en la calle. Mientras el traperero bailaba en su aseo, nadie podía cruzar, porque lo esperaba un buen grito y un escobazo por la cola; regla de Clara Elisa. Los hombres nunca participaban en los oficios de las mujeres, para eso existía muchos trabajos de fuerza, propios para ellos, mientras tanto y de tiempo completo en la calle, hacer por los amigos y lo que deseara, herencia machista de mi pueblo —ilas niñas a la casa y los hombres a la calle!—

No les hacía falta nada, si querían un juguete, tenían la casa a su disposición, crear juegos a su libre albedrío; sin embargo, llegó la moda de un mágico aparato llamado televisor y los vecinos que sí tenían dinero podían comprarlo. Aprovechando la tienda del frente, mis hijos usaban su ingenio para ver tele, se inclinaban y desde una rendija de la vitrina miraban desde allí hasta la lejana pieza donde se encontraban con la imagen de *“El hombre nuclear, el hombre increíble, la mujer biónica y la guerra de las galaxias”* a sus oídos no llegaba el sonido, pero más que suficiente era disfrutar de la imagen.

Con los teléfonos sucedía igual; doña Isabel era quien tenía uno, nos ofreció el servicio a casi todos los de la cuadra. Cuando entraba la llamada para alguien, quien estaba al otro lado de la línea tenía que esperar hasta que fueran corriendo a buscar la persona solicitada. La llamada valía 50 o 100 centavos, por su puesto nosotros todavía no teníamos esos privilegios.

Un día llegó la tecnología; con gran emoción logramos negociar un televisor a blanco y negro, que podíamos pagar a crédito. Jaime Uribe, un gran amigo de la casa nos propuso el negocio, desde ese momento hasta que se hizo realidad pasaron unos seis a ocho días; tiempo de mucha tensión, los niños contaban las horas para la llegada del gran aparato. Por fin apareció, todos salieron con qué alegría a recoger la inmensa caja, como hicieron tanto escándalo, los vecinos acompañaron nuestro regalo como el mejor de los triunfos; los amiguitos

también vivieron la emoción sintiéndola como suya. Ese día se estrenaba una película “Cantinflas”, primera vez que trasladamos en función de nuestro propio televisor, y los vecinos también se quedaron hasta que se terminó la programación a media noche.



Con el paso del tiempo aproximadamente 1983, Adelfa llegó con todos sus hijos a vivir a esta casa; si antes éramos muchos ahora se aumentaba la familia, había que estar pendiente sobre todo con la alimentación.

Los amaneceres se llenaban de felicidad, el olor a café iba despertando uno a uno, y con mis cantos mañaneros al entrar la aurora se iban levantando...

*De colores
De colores se visten los campos en la primavera
De colores
De colores es el arco iris que viene de afuera
De colores
De colores son los arbolitos que vemos lucir*

*Y por eso los grande amores
De muchos colores me gustan a mí...
Y por eso los grande amores
De muchos colores me gustan a mí*

Se incrementó la molienda en las mañanas, hacíamos más de 20 arepas diarias, le echábamos sal y mantequilla; unas veces la acompañábamos con changua y huevo, las otras con chocolate. Las que sobraban se podían calentar más tarde para el “Algo” que era como tomar unas onces. A cada niño le correspondía moler una parte de maíz peto y se



hacían “*tolvadas*” que era la taza circular que tiene el molino encima; uno molía y seguía el otro. Todas las niñas a excepción de Clarita aprendieron el arte de hacer arepas, nunca faltó la comida.

Los niños, unos grandes y otros más pequeños seguían buscando diferentes formas de diversión. Sócrates, tenía una pasión admirable por los animales e ingenio para “*cazarlos*” como él decía. En la terraza de la casa había una batea con la que Libardo hacía la mezcla de cemento y arena. El niño vio esa herramienta como una posible trampa para cazar aves. Colocaba un palo para levantarla, este tenía una cuerda pegada, les echaba comida y cuando pasaban las palomas o zuros, se detenían a comer y ahí aprovechaba para jalar la cuerda que amarraba el palo y así atraparla, el ave quedaba debajo y ya era para él.

Tenía una creatividad única para atrapar los conejos de los vecinos. Al otro lado de la casa, la señora Deliatenía un criadero de conejos en su terraza, el niño se trepaba como podía, tenía listo un tubo con un lazo doblado; con mucha paciencia y completa quietud detectaba al animal, lentamente esperaba el momento, le enganchaba la cabeza y ahí lo cogía. Llegó a tener como seis conejos en la parte de atrás de la casa, como siempre yo no les decía nada, hasta que un día llegó la vecina, justo salió mi esposo y ella le dijo...

—Don Libardo, es que su nieto, ese niño blanquito gordito se me robó los conejos, asómese a su patio que allá los tiene y hasta les armó nido, Sócrates detrás de la puerta escuchando...

En ese instante Libardo...

—¡Sócrates!...

Y para terminar el relato de este nietico cazador, un día al llegar de la escuela, pasaba por una de las cañerías del barrio donde vio una ratica; ya con la experiencia de atrapar animales, no le fue nada difícil cogerla; a partir de ese momento ese pobre animal se convirtió en una indefensa mascota. Le amarró una cuerda como si fuera un gatico o perro e inició la algarabía por el barrio, el animalito con sus torpes movimientos intentaba escapar de ese gigante que le estaba obstaculizando su tranquilidad. Todos los niños secundaban su travesía, lo seguían como a un héroe disfrutando de esta gran fiesta alrededor de *“La rata paseadora de Sócrates”*.



Jorge y Rubinel que iban creciendo en medio de tanta necesidad, decidieron colaborar en la casa. El pequeño, trabajaba desde los 12 años como ayudante de una relojería, gracias a mi sobrino Elías que le consiguió el contacto, en las tardes y los fines de semana; también Jorge buscaba trabajo, a veces haciendo *“cargues”* en la fábrica con Libardo. Ellos tomaban parte de lo que ganaban para sus gastos de jóvenes, pero la mayoría me la daban a mí, digno ejemplo de José abad, que desde muy joven trabajaba y prácticamente todo me lo daba, para ayudas de la casa.

Cambiaron los carros esferados por bicicletas. En el barrio había un lugar donde las alquilaban, allí aprendieron rápidamente, lo que motivó a Rubinel, ahora que tenía dinero a comprar uno de éstos fantástico artefacto de dos ruedas. Compró una bici Cross, la primera de la casa, era muy llamativa de color rojo. Fue la diversión también para las

niñas Sofía y Gloria, que estaban en la edad propicia para estar afuera, jugar y hacerse notar en la calle. Fue la fuente de inspiración para los vecinos quienes se sentían afortunados al poder compartir y más adelante pedir que les compra-



ran también a ellos. Era tan hermosa y apreciada bicicleta, que así como la cuidaban también la aprovechaban al máximo; servía hasta para hacer piruetas, se divertían día y noche. Nunca olvidaré ese regalo tan grande que ellos pudieron darse, luego Rubinel compró otra más carita y también la disfrutó mucho.



Ya iban entrando a su bella juventud, lo que me permitía estar más atenta a sus cuidados, especialmente con las mujeres. Tan pronto llegaban a esa etapa de la vida, empezaba a ponerles especial atención, cumplía mis sueños y mis conocimientos de modista en función de ellas, para que pudieran salir con los muchachos y verse bonitas en el barrio. Por ejemplo con Clarita, que fue la primera joven, como ya era diseñadora, la vestía con bellos atuendos, lo mejor de la moda del

momento, colores llamativos y diseños exclusivos. Así lo hice con todas, ellas me decían qué vestido querían, cuál era el modelo que les gustaba; yo dibujaba su solicitud, a su gusto y juntas íbamos a comprar las telas de su preferencia. Aunque no hubiera comodidades, las seño-

ritas debían estar bien vestidas y no permitía que quedaran deshonoradas por ningún motivo; por eso ellas nunca cargaban un bebé si eran solteras, tampoco se exhibían con hombres o dejarse abrazar, a menos que fuera el novio oficial.

Ya con Adelfa en la casa, aprovechábamos para coser tanto para el público como para nuestros hijos y así continuar por muchos años más. En diciembre era la mejor época para las ventas, trabajábamos día y noche, pero nunca dejábamos a nuestros hijos sin su pinta de navidad y otra para año nuevo. Por ejemplo, el 24 de diciembre casi siempre terminábamos de coser para el público por ahí al medio día o hasta las seis de la tarde; momento en el cual continuábamos cosiendo la ropa de los de la casa, que eran muchos, a veces se llegaban las 11,45 y alguna desnudita esperaba pacientemente que terminara de hacer su vestido para colocárselo en la navidad y salir a dar los abrazos a todo el mundo, ya estrenando.



Nuevos horizontes: Hijos inician su partida

Como tenía claridad de lo que quería para mi vida, madurez para resolver las situaciones difíciles y solucionar los percances económicos, también descubrí lo que quería para mis hijos y nietos; verlos crecer en valores, posibilitar su estudio para alcanzar la formación personal y guiar su camino siendo personas de bien, útiles a la sociedad y a futuro alcanzar el éxito como profesionales. Varias generaciones crecían al mismo tiempo; me puse en la tarea de protegerlos y tomé la decisión de cuidarlos y defenderlos de los peligros que los rodeaban.

Para el año 1984 aproximadamente, mis hijos ya eran autónomos a fuerza de una niñez con poco acompañamiento, porque siempre había alguien más a quien atender; seguí cumpliendo la tarea de alimentarlos bien, matricularlos en los colegios y proporcionarles los útiles básicos para que nos les faltara nada; de ahí para adelante seguirían solos.



Brindé una confianza ciega, eran ellos quienes debían tomar las decisiones en cuanto a sus amistades y su comportamiento. Yo creo que fue suficiente porque no me veía supervisándolos con quien salían o de quién se enamoraban, eso sí le pedía a Dios que les fuera bien en esas búsquedas o experimentos propios de la juventud.

Se iban convirtiendo en jóvenes, y Abad nos dio otro de sus grandes triunfos, verlo convertido en todo un profesional. Se acercaba la hora de su graduación, pero no dejaba de rondarme en la cabeza la gran oportunidad que tenía de celebrar este



acontecimiento. José Abad, durante toda la vida escolar, había recibido reconocimientos en su nombre; felicitaciones permanentes por sus logros y pensé —¿Por qué no hacerle una fiesta?—. En mis noches de insomnio pensaba la forma de premiar tanto esfuerzo; pero a la vez sabía que la casa a pesar de ser grande, no estaba en condiciones para tener invitados y menos hacer una reunión como yo la soñaba. Rápidamente me surgió la idea de arreglarla, ya estaba la construcción básica inicial, pero era necesario mejorar la presentación. Le comenté a mi hijo mayor y su respuesta fue contundente...

—¡Pero mamá! ¡Una fiesta! Yo no quiero nada de eso, es más ni si quiera me interesa ir a la ceremonia, eso es lo de menos.

Sus respuestas me motivaron a reaccionar, porque ya estaba claro que la fiesta se hacía o se hacía, y tuve que acudir un poco al chantaje, respondiéndole:

—Pero Mijo, usted ya se gozó su estudio, su universidad, denos a nosotros la oportunidad de disfrutar la fiesta. Además, quedaríamos con la casa arreglada, deje que nosotros nos encargamos. ¿Sí? Y así lo convencí.

Libardo y yo unidos en este objetivo, conseguimos el dinero gracias a una hipoteca que se hizo sobre planos por valor de \$200.000 pesos, dinero que alcanzó para arreglar toda la casa, desde el pañete, pintura y

pisos; y hacer una gran fiesta. El tiempo se agotaba y llamé a mi hermano Juan Bautista, quien muy amablemente acudió a mi solicitud. Toda la familia contribuía en la construcción, los hombres la fuerza dura y las mujeres ayudando en la cocina para que no les faltara su alimento.

Todos en función del tan anhelado día, el ambiente de fiesta invadió los corazones de todos nosotros, cada uno tenía un rol; las mamás de la casa nos dedicamos a coser los vestidos de todos, los hombres a trabajar arreglando la casa y las señoritas pulidas y delicadas como Clarita se encargaban de los preparativos propios de un día como éste. Llenamos el taller de modistería de múltiples telas y variados colores así como papel pergamino y finos pinceles para diseñar trajes y a la vez bellas tarjetas y recordatorios, unos diminutos libritos para entregar a los invitados. El menos interesado en esos pequeños detalles era el festejado.

El día de la fiesta acudieron muchos invitados, un inmenso ponqué de cinco pisos fue suficiente para agasajar el momento, se dio el espacio de las felicitaciones y finalmente compartir con amigos en medio de la música y bebida. Mi hijo estaba acompañado de grandes amigos y una



que otra chica que le coqueteaba sin parar. Dentro de los compañeros de la universidad llegó Myriam Helena Corredor, quien iba con su novio y con quien empezaban a compartir charlas amenas propias de los intelectuales.

Adelfa se convirtió en una gran modista, aprovechando la gran oportunidad de que en el barrio no había quien cosiera, ni mucho menos hiciera bellos vestidos sobre medida. Se vislumbraba un buen futuro para esta gran familia y decidimos abrir un taller de modistería y

al lado una gran miscelánea que ayudaría con la economía. Le dimos a conocer la idea a los jóvenes Jorge y Rubinel, quienes nos colaboraron en la logística y el niño hizo el aviso como lo soñábamos, donde decía...

MISCELÁNEA Y MODISTERIA
GLODITH

Diseños exclusivos, corte y confección, diseños sobre medida: Siga usted...

Clara, la imagen joven y bella, estaba al frente de la miscelánea, durante un tiempo, luego Rubinel se hizo cargo y cuando la señorita Gloria ya pasó de la hermosa niñez a la bella juventud fue una de las que más permaneció al frente de este almacén, aunque el éxito en ventas era la modistería.



Atendíamos la clientela que nos llegara, nos valimos de la moda y los “*figurines*” revistas que traían modelos con maravillosos vestidos. Pasamos de hacer simples faldas y pantalones a los diseños más finos y exclusivos como vestuarios de noche y bellas novias. Se usaban unos pantalones prensados con gruesas pretinas, que sólo se les veía a los cantantes como a *Menudo* y *Miguel Bosé*, pero para nosotras era un reto y los hacíamos para los clientes que los solicitaban.

Los domingos y las navidades veíamos por el barrio desfiles de señoritas luciendo sus trajes diseñados por nosotras, lo que nos hacía sentir orgullosas de nuestro trabajo. Cosimos para todos los gustos y

tallas, logrando la mejor clientela trabajábamos desde lo más simple hasta confecciones de alta gama.

Como estábamos en la casa, también había espacio para atender a cada hijo en su individualidad. Si alguno me necesitaba siempre estaba ahí; traté de ser una sola mamá, pero a la vez diez o más si se trataba de mis nietos. En la casa se vivieron muchas situaciones a la vez, por un lado, la edad escolar, Gloria y Milvia en San Francisco, los más grandecitos como Jorge, Clara, Rubinel y Sofía, iban entraban a su bachillerato en las diferentes instituciones de la ciudad, de acuerdo al examen del ICFES, que se aplicaba en quinto. Las pequeñas cuando salían del jardín, entraban a la escuela; por ejemplo, Leidy estudió primaria en *la Concentración la Acacia* donde se encontró con los hijos de Adelfa, se entendían muy bien.



Dentro de la formación de niñas a mujeres, les surgió una fascinación por el baile, las señoritas, como Sofía y Gloria salían durante horas a la



noche a practicar con sus amigos, hasta alcanzar movimientos maravillosos. Ellas intentaron enseñarles a los hermanos, Clara aprendió en la casa, ella prefería más estar adentro que afuera, Rubinel nunca se interesó y Jorge sí las intentaba secundar un poco. Así fueron apareciendo las primeras fiestas, o Coca-colaailable, cuando eran temprano yo les acolitaba y no había problema, la dificultad se presentaba en la noche, había que pedirle permiso al papá. Libardo a pesar de ser noble ponía un poco de resistencia y sólo las dejaba

ir si las acompañaba uno de los hermanos, Rubinel nunca accedía, no le gustaban las fiestas y Jorge les espantaba los muchachos, ya lo habían vivido.

Cuando Jorge se embriagaba y alguna de sus hermanas estaba charlando con un joven, o surgía un pretendiente, terminaba agrediendo; claro que a veces pasaba lo contrario y el golpeado era él; especialmente Clara fue víctima de este comportamiento, pues para su hermano ninguno era de su agrado. Ya cuando sabíamos que había fiesta, yo les decía...

—Bueno Mijas, vístanse y estén listas para cuando ellos se duerman, yo les aviso y ustedes salen.

Claro que había días en que Rubinel era quien se daba cuenta e iba y las sacaba. Si alguna ya tenía novio, entonces había alguien en quien confiar para dejarlas ir a todas o con Giovanni el vecinito que me generaba tranquilidad.

Fue fácil entender a mis hijas como mujer que soy, ya que yo no tuve esa posibilidad, mi juventud había sido en otras circunstancias, ahora era el momento de permitir que ellas vivieran plenamente su juventud, me contaban con tranquilidad sus amores y pronto los traían a la casa.

El silencio y la mirada de José Abad, expresaban su incomodidad frente a las vivencias de las niñas, pero prefería alejarse. Para él un joven o niño podría estar mucho mejor en escenarios académicos que el mundo de la parranda.

Como no podía contra eso, se encerraba en su pieza, —la del tablero—, y desde allí cumplía con la labor de transformación social que lo había caracterizado por tantos años, enseñaba u orientaba a muchas personas que acudían en su ayuda, sin descuidar a sus hermanos. Estudiaba matemáticas sin medida, constantemente se veía a jóvenes tocar a su puerta para trabajar o aprender hasta altas horas de la noche. Se

encerraban a compartir una taza de café, para hacer más ameno ese momento. Dentro de esas personas que llegaban, estaba la señorita que antes había estado en la fiesta, Myriam Corredor, se habían conocido siendo estudiantes en la Universidad, vivían en barrios cercanos y viajaban ocasionalmente los largos trayectos de regreso a casa, momentos que aprovechaban para interactuar sobre temas de interés común como el conocimiento de las matemáticas, la física, literatura, historia, psicología y alternando temas de orden social y político, hasta consolidar una relación más allá de la amistad.



Al fin nos presentaba una novia, cuando ella llegó a la casa como pareja de mi hijo, la recibí como a una hija más; curiosamente la llamamos de muchas maneras, ya que ella nos dio esa confianza; mi hijo con su cariño le decía Miyucita, fueron apareciendo otros como Miyú, Milena y Myriam Helena.



En el año 1982 *La fábrica Ladri-llera la Candelaria* cerraba sus puertas, aquella que una vez fue el sustento, ahora se esfumaba como el humo en el espacio. Un día Libardo entró a la casa, traía en una lona todo lo que significó la fábrica; un montón de recuer-

dos, la cantidad suficiente de alegrías vividas, un saco completo de agradecimientos y una bolsa de esperanzas para empezar una nueva etapa. La compañía liquidó, pues se declaró en quiebra y con ella se

marcharon sus trabajadores. Sus hijos le tendieron la mano, en solidaridad y apoyo, ahora eran más grandes y con seguridad todos saldrían adelante. Él ya tenía no solo un hombro sino varios donde sostener su dignidad. La gran empresa que en ese momento estaba aportando era nuestra Modistería Glodith y fue el sustento durante los años de transición hasta recibir su pensión o alguna entrada de dinero por parte de Libardo.

La casa seguía siendo un lugar acogedor y cálido, circunstancia que aprovechaban mis hermanos para mandar a sus hijos por temporadas a compartir con nosotros, siempre había espacio para alguien más. Por la casa pasaron muchos de mis sobrios, algunos nos visitaban como Elías, que iba y venía, otros duraron poco y hay quienes se quedaron para siempre en la familia.

Un día llegó mi bella sobrina Clara Rosa, hija de mi adorada hermana Eva, venía con la ilusión de buscar trabajo y disfrutar de un futuro; lo que no nos imaginábamos era que su destino estaría al lado nosotros; fue un flechazo de amor lo que sucedió entre Jorge y ella. Ahora mi hijo se había enamorado, proyectaba ser un caballero y padre responsable al lado de esta gran mujer. El cambio positivo de Jorge Iván fue sorprendente, pues Clarita Rosa le brindó un mundo de posibilidades para formar un hogar con esposa e hijos.

El pueblo que tanto dolor nos había mostrado años atrás, ahora el epicentro de esta unión, Manizales nuevamente nos abrió sus puertas, pero esta vez fue otra su mirada. Con temor y miedos propios de los fantasmas entramos en ella, fue inevitable recordar los hijos perdidos, ahora era diferente, nos estaba entregando una hija y proyectando muchos nietos; los temores y rencores se esfumaron, era tiempo de perdonar; gracias a Dios hacía muchos años que lo habíamos hecho. Era el momento de extender los brazos y abrir nuestro corazón para darle la bienvenida a Clara Rosa como parte de esta gran familia. Se casaron en el año 1986, una novia vestida desde nuestra empresa,

merecía lucir un diseño exclusivo. Adelfa le hizo el vestido de novia con la que se vio muy bella, en lugar de velo le colocamos una pava en la cabeza como parte del atuendo, tal como era la moda y empezaron a llegar los nietos.



Ahora desde la Ciudad de Medellín se formó una nueva generación en cabeza de Sandra Milena quien al día de hoy es una gran profesional y disfruta de un hogar con sus dos bellos hijos. La unión de Jorge Iván y Clara Rosa es un poco semejante a la mía, pues Dios les mandó cinco hijos en total, los cuales han sido formados en valores, Jorge Andrés hombre alto y atractivo, trabaja, se proyecta como ingeniero y tiene un maravilloso hogar con una hijita. Iván Mauricio hermoso rubio desde que nació es blanquito y sus cabellos rizados, actualmente es soltero y muy trabajador. Carolina modelo desde joven y bella mujer casada al día de hoy con dos hermosas hijas y finalmente Julio Cesar joven aún, quien empezó sus estudios también por los caminos de la pedagogía.

También Abad continuaba enamorado de Milenita como ya le dije desde que la conocí. Su noviazgo se extendió varios años, a pesar de que él era tan serio, mis hijas le decían entre bromas...

—¡Abad, ¿usted si va a tener hijos? porque de aquí a que se case, sus hijos no le van a decir papá sino abuelo y reían. Quizás le quedó sonando...

Tenían en secreto la unión matrimonial, como un acontecimiento sólo de pareja, planearon la ceremonia, sus objetivos eran cumplir con la ley moral y darle un lugar en la sociedad a esa relación; faltaba solo una semana cuando nos comentaron sus planes. Con lo que no contaban era que ese tiempo, no iba a ser impedimento para organizar una



hermosa reunión. Como buenas modistas que éramos nos pusimos a la tarea de confeccionar vestidos para todos, como siempre, gracias a Confecciones GLODITH, y la novia lució un hermoso traje que diseñamos con mi hija Adelfa. Aprovecharon para disfrutar su matrimonio unos años solos; nos visitaban con frecuencia y colaboraban en suplir algunas necesidades económicas de mi familia. Luego vino a este núcleo mi nieto y ahijado David Nicolás quien se ha esmerado por aprender la música y combinarla con los estudios de ingeniería electrónica. Después nace Neill Rolando, un niño de gran dinamismo, se destacó por ser muy buen estudiante y ahora es un ingeniero de sistemas a quien le gusta viajar por el mundo.

El amor hace parte esencial del ser humano y si aparece hay que vivirlo, era mi concepción. Con la complicidad de una madre, comprendía a cada una de mis hijas, sentía cada situación que ellas vivían y respetaba cada decisión que tomaban, les tendí mi mano fuera en la circunstancia que fuera. La florescencia de la juventud y la belleza femenina invadían la casa; daba la casualidad que tenía cuatro mujercitas formándose señoritas a la vez, con sus individualidades y particularidades, a quienes tenía que ir atendiendo con especial cuidado, cada una contaba con una belleza particular...! Hermosa juventud, divino tesoro!

Sofía fue la primer mujer, después de Adelfa en volar hacia otros nidos como producto del amor, aunque era mi mano derecha en la casa, comprendí que también había llegado su momento; se enamoró de Héctor Parrado durante un tiempo prudente para luego ir al altar, tal como se les enseñaba, cumplir con las leyes de Dios y ser honradas ante la sociedad, aun-que actualmente ellos tiene caminos diferentes, de esa



unión surgen dos maravillosas hijas Ana María quien ha combinado sus estudios de contaduría con la maternidad, es madre de tres hermosos hijos en compañía de su esposo. La segunda y última hijita Laura Angélica, mujer inteligente creativa y trabajadora, artista por naturaleza herencia de su mamá, actualmente es una bella psicóloga de profesión, pero lleva impregnada la magia del teatro y se mueve en diversos escenarios del país.

En Florencia Caldas, año 1953 María pasa de niña a mujer en el altar; la historia se repite, 37 años después, mi hija Milvia se convierte en madre siendo una niña, Yuber joven amable, sencillo y cariñoso conquista a mi hija, por la inocencia propia de su edad, caen en la magia de la maternidad; ella a sus 15 años recibe el regalo de ser madre y en pleno furor, encuentran la puerta del amor como la mejor posibilidad de vida, estar juntos por muchos años. Ahora eran padres y esposos, la edad no sería impedimento para cumplir con el propósito de sus vidas. Hoy contemplan un hogar multiplicado. La hija mayor es Alejandra, bella e inteligente, una mujer trabajadora y tal como su mamá excelente madre, tiene un hogar y dos hermosos hijos. Al poco tiempo nació Yudith con sus ojos claros igual que las otras dos mujeres de la familia, está iniciando un hogar de amor y como producto de esa relación tiene dos hermosos hijos; junto con su mamá están frente a un ejemplar trabajo, el de formar niños en su propio establecimiento: Jardín

Infantil Bilingüe Play House Disney. Ya pare terminar con esta hermosa familia se encuentra Juan David quien disfruta de su juventud, un guapo estudiante quien actualmente es quien acompaña a mi hija.

Como madre aceptaba cada hijo que llegara, también como abuela recibí con amor cada nieto que la vida me traía. Gloria Edith al terminar su bachillerato recibió el regalo de ser madre, nunca imaginé que con su llegada mi corazón iba a encontrar tanto amor y refugio. Mi hija recibe a su hijo Vladimir con inmenso amor, pero esta vez también sería un maravilloso regalo para mí, él se convirtió en mi mano derecha y sigue siendo como un hijo para mí hasta hoy.

Nuestro país sufría crisis que afectaban también los hogares, paulatinamente veíamos que disminuían las oportunidades de trabajo; en el periodo del presidente César Gaviria se dio la apertura económica, entraron al país nuevos productos a muy bajos precios afectando los pequeños empresarios; nuestra miscelánea y modistería empezaba a



esfumarse se iban desvaneciendo los sueños de pequeños empresarios como cuando desaparece la ilusión de un árbol que no alcanza su plenitud. Sin embargo, estaba agradecida, porque ya había recibido grandes frutos; además mi cuerpo no respondía igual, mis manos cansadas fueron dejando poco a poco la costura y mis 55 años llegaba la nieve de los años.

Clara Elisa trabajaba en *Súper Ley*, un gran almacén al norte de Bogotá, por las noches estudiaba su carrera profesional en INESPRO. Al estar inmersa en estos contextos donde las familias tenían calidad de vida, disfrutaban de espacios tranquilos y un poco más seguros en contraste con los escenarios en los cuales crecían los niños y se formaban como jóvenes. La diferencia era enorme, mientras en el sur estaban rodeados de malas amistades y peligrosos amenazadores, en el Norte se evidenciaba la vigilancia y presencia de los padres. Desde nuestra casa grande el control se fue dificultando por el crecimiento del barrio y con él las malas influencias. Cuando Clara llegaba de trabajar los hermanos en grupo iban hasta el paradero del bus para recogerla, pues los riesgos y asechos eran inminentes. No podía evitar hacer comparaciones; en el norte control y tranquilidad para los jóvenes, pero aquí en el sur era urgente cambiar el paradigma.

Desde ese momento como señorita de la casa, sintió la necesidad de mostrarnos otras posibilidades de vida para la familia. Gilberto Avendaño, mi sobrino solía compartir mucho con nosotros, vivía con un grupo de jóvenes en la Fragua, barrio ubicado por la carrera 30, un poco más central. Ellos planeaban salirse y entregar la casa que tenían en arriendo. Clarita empezó a imaginarse la vida en ese sector; sería una ganancia sobre todo para liberar a los más pequeños de seguir peligrando en San Francisco, se arrendaría la casa y con ese mismo dinero pagaríamos allá. No dudó en comentarlo con Rubinel y conmigo...

—¡Que buena noticia! Me volvió a la mente mis noches de insomnio, donde en medio de oraciones pedía una luz en el camino. Ya había dimensionado la situación y muy en silencio padecía esa angustia que guardaba para mí. No solo se dibujaba en mi mente a mis hijos, sino, también a mis nietos que, aunque ya no estaban con nosotros vivían muy cerca; quizás con nosotros allá ellos nos secundarían. De una vez aceptamos y los cuatro, nos pusimos a la tarea de trasladarnos a ese lugar.

Clara, Rubinel y Gloria ahora trabajaban y aportarían al hogar, lo que permitía dar un respiro hacia otros horizontes. Era sólo por un tiempo, la casa quedaría al cuidado de los hijos ya casados como Sofía o Jorge.



La Fragua: Oportunidad de vida

Se vislumbraba un camino de flores, diferente a las espinas del pasado. Llegamos ocho soñadores, con maletas llenas de esperanzas, dejando atrás los enseres del pasado y la ilusión de renovar el presente; año 1992 tiempo de positivos cambios.

Era inevitable que me trasladara al pasado, me devolví al momento en que siendo una niña enfrentaba un matrimonio, luchaba con labores del campo, criando los hijos en condiciones de precariedad y sentí ese cansancio interminable que ahora empezaba desaparecer. Eran dieciséis hijos que habían pasado por mis manos y mis pechos, lo más difícil, ya se había sido superado; era el momento de consentirnos, darme un respiro y continuar disfrutando de mis hijos, ahora en otras condiciones

Podía ver cristalizados esos sueños. Lejos estaba de mí tener una lavadora, o un buen equipo de sonido, ni mucho menos un televisor de calidad; en la Fragua se posibilitaron más oportunidades, mis hijos como mensajeros de ofrendas, traían electrodomésticos que hacían más fácil mi vida. Ahora se disfrutaba de una casa humilde con un poco de lujos, empezaba a



ver el cambio positivo y con mayor tranquilidad. En esta casa ya se requerían las llaves, se percibía un silencio absolutamente nuevo para nosotros. Tanto que en noches en que para San Francisco era una fiesta para este sector no, determinado día llegó mi sobrino Oscar Avendaño,

nosotros ya en la Fragua imaginaba que éramos igual, estaba un poco ebrio, no hubo nadie con quien continuar la fiesta y no tuvo otra opción que acostarse a dormir al ver que nadie lo acompañó.

Mis dos hijas Clara y Gloria continuaban trabajando en diferentes empresas, Rubinel aportaba en la medida de sus posibilidades mientras terminaba su carrera profesional. Las niñas Jenny y Leidy, ahora tenían la oportunidad de entrar a un colegio que brindaba otras condiciones de estudio. El Atanasio Girardot fue el lugar donde las jóvenes como ellas recibieron sus conocimientos.

Ellas tuvieron la inmensa fortuna de tener papá y mamá de tiempo completo, ahora estaríamos al cuidado para que no les faltara nada. A su vez fueron favorecidas a diferencia de sus hermanos, todo cuanto pedían se les concedía, como por arte de magia. Claro que a veces ellas decían que era una desventaja, especialmente para Jenny; reflexionado, veía la diferencia entre Adelfa, la hija mayor en comparación con Jenny. Mientras con una vivimos la plenitud de la juventud; ahora con la otra, solo le correspondió unos papás viejos, como ella misma decía.



La felicidad en Jenny ha sido su mejor cara, siempre en su mirada se dibuja una sonrisa y un buen sentido del humor, con su forma de ser hace que quienes estemos a su lado nos contagiemos de su magia que solo refleja felicidad, alegría y armonía. Esa buena energía también se transmitió en su colegio y a sus amigos. Contrario a Leidy, cuando yo la miraba, aún desde pequeña me veía ahí reflejada, siempre seria y altiva, era la única que lograba trasladarme a mi niñez, con sus actitudes y forma de ser hacía que otra vez visitara aquellos lugares maravillosos. Yo también como ella pocas veces manifestaba mis

sentimientos, mis palabras eran mínimas, pero aun así era feliz, siento que ella también lo era. Podía gozar al lado de mis dos hijas menores y nosotros mayores.

Con ellas fui mucho más tranquila en brindarles mi amor, Leidy les decía a sus hermanas en medio de bromas...

—Pues mi mamá sí me da besos en la boca. Cosa que con las otras no fue posible, quizás porque eran muchos o simplemente la ingenuidad de una madre muy joven y llena de hijos.



Libardo ya había salido de trabajar y estaba próximo a jubilarse, no se quedó en la casa del todo, consiguió una manera de sobre llevar el tiempo y una entrada más a la economía mientras se jubilaba. La vigilancia era la perfecta oportunidad que necesitaba, podía tener dinero y tiempo para sus hijas. La compañía VIPCO, empresa que llevaba en alto, con orgullo y dignidad era la que aportaba su dinero, solo que para Jenny fue la excusa para bromear, pero en el fondo afectaba su tranquilidad.



Libardo cada que podía se iba orondo a pedir información sobre el proceso académico de sus hijas; como ya lo conocían por las frecuentes visitas al colegio, los amigos de Jenny decían:

—¡Jenny!, ahí viene su abuelito, —el inspector Gatger— a preguntar cómo le va en el colegio. La niña sentía una vergüenza, pero la cubría con la risa que siempre la caracterizaba, hasta que no tuvo otra op-

ción sino decirme, empecé a ir a las citas, sólo si era estrictamente necesario.

En mis tarde de regocijo y tranquilidad recreaba momentos al lado de mi nieto Vladimir, nunca imaginaba mi vida sin niños pequeños, fueron 25 años teniendo bebés, pero ya habían crecido; momento para disfrutar de este regalo del cielo. Ya no como madre protectora sino como abuela amorosa y alcahueta. Solo tenía ojos para él, le agradecía a Dios y a Gloria por permitirme compartir con el niño que consideraba como mi hijo.

Lo que deseaba e imaginaba se fue haciendo realidad; Adelfa con sus hijos se iba acercando a nosotros, se ubicaron en un barrio cercano donde podíamos compartir y estar pendientes de los jóvenes, tanto suyos como míos, aunque para ese momento ya poco tenía cercanía con la modistería, ella sí aprovechó y colocó un local cerca.

El amor sigue paseándose por todos los rincones; Clara Elisa quien había sido la cómplice principal para estar en la Fragua, ahora abandonaba su terruño, claro está que fue por un gran amor; Mauricio Moyano un joven apuesto y trabajador logró conquistar su corazón para luego traer la felicidad con sus hijos. No podíamos evitar el llanto, ella nos había acompañado muchos años de su juventud, mientras tres de sus hermanas menores habían tenido hijos o formado



un hogar, ella seguía en la casa como una princesa soltera. Habían unos lazos muy fuertes de amor y solidaridad, de ahí el dolor de su partida, pero comprendí y tuve la tranquilidad que era por amor, además llegarían sus hijos a formar parte de esta gran descendencia. Su hijo

mayor es Héctor Camilo un gran caballero, juicioso quien vive en permanente búsqueda para una vida mejor. Luego el más audaz y bello Daniel, es el cómplice de mi hija Clara, la secunda en todas sus locuras, y entre ellos dos hacen que su vida sea más amena y finalmente la belleza que adorna la casa la princesa Angélica, como está en plena juventud estudia y acompaña a su bella familia, por su puesto a su mamá.



Mágicamente la familia crece, igual que las flores en el jardín, en el mío llegaban cada vez más; personas maravillosas iban creciendo en cada hogar, como crece la naturaleza se reproducían de generación en generación. Igual que las dos, Adelfa y yo, fuimos madres al tiempo, ahora las dos éramos abuelas, estaba floreciendo su huerto. La primera en traerle sus primeros frutos fue Gisleny, y de paso a un hijo más como parte del amor de los dos, Víctor, mi sobrino, ahora se unía también a esta

gran familia Giraldo Pérez. Increíblemente nace mi primer Bis nieto Juan Sebastián en 1995, a mis 57 años era Bis abuela y no lo podía creer, actualmente es un joven demasiado apuesto, bastante serio, inteligente y cercano al corazón de mi nieta; luego llegaron a su hogar otros dos retoños, el atractivo Felipe quien es la alegría y armonía de la casa, le gusta viajar de allá para acá y es quien crece en valores de unión familiar entre Medellín y Bogotá, y por supuesto la hija menor María Antonia quien después de muchos años llegó a brindar alegría a este hogar, es la luz, belleza y armonía de ese hogar.

Desde la casa de San Francisco Rubinel nos había presentado a una bella señorita como su novia, Pilar Angarita que estudiaba con él en la Universidad Distrital, le robó su corazón. Ella era una mujer muy juiciosa, quien para poder estudiar tuvo que venirse de Cúcuta y dejar a su familia y vivir solita en Bogotá. Tomó en arriendo el segundo piso de la casa donde nosotros vivíamos y desde allí estaba más cerca de su amor y muy pronto nos traería su primer hijo Rubén Darío; ya mi adoración de hijo se une a Pilar para formar un hogar.

Él no sabía que mi corazón de madre en silencio se afligía, recordando sus palabras de niño; aunque siempre supe que eran fantasías propias de su edad, estaban grabadas en mi mente y al sentir su partida en mi interior se reproducían...



— *¡Yo nunca me voy a casar!, mi madre es mi novia y acabado el cuento! U otras, que cuando sufríamos tanta escasez me decía:*

— *Tranquila mamá, que cuando yo sea grande y trabaje todo se lo voy a dar, porque usted es una reina se lo merece.*

Recordé a mi hijo cuando salió del INEM, Santiago Pérez, tenía clara la elección de carrera que iba estudiar, sus argumentos eran. “*Cuando sea grande voy a ser ingeniero como mi madre. Ella es la ingeniera de la casa; soy su ejemplo a seguir... de haber estudiado esa iba a ser su profesión: cuando armaba toda clase de artefactos eléctricos, nada le quedaba grande, los desbarataba, los reparaba y volvía a dejarlos igual, pero funcionando, también le daba uso a cualquier elemento inservible para ayudar a nuestra crianza; armaba camas, mesas, estantes y hasta el diseño de la casa.*”

Igual que cuando mis otros hijos se fueron, fui muy feliz por él, aunque siempre he sentido su presencia en mi vida y en mi hogar hasta el día de hoy, como lo decía de niño, lo sigue cumpliendo. Se ha convertido en el líder permanente en promulgar la unión familiar como parte esencial de la vida en compañía de sus tres hijos; Rubén Darío actualmente es el hombre de la casa, juicioso estudiante de música y con gran calidez humana; el segundo hijo de esta unión es Johan Sebastián quien nunca ha dejado el deporte con el cual combina perfectamente con sus estudios, es una manera de vivir su vida y disfrutar la juventud por ser tan simpático, alto y caballeroso brinda armonía en la casa. Como regalo del Cielo a mi hijo y su esposa les llegó la princesa y belleza de la casa María Fernanda, desde que nació es quien atrapó el corazón de mi hijo y es su tesoro más preciado. La niña estudia ocupando todos los años los primeros puestos y es una deportista de tiempo completo.



Como un hijo que se había marchado vuelve John Alejandro a la casa, pero esta vez es para quedarse. Desde que Gloria estaba en el colegio, estudiando su bachillerato, conocía a este simpático joven, tiempo en el cual compaginaron mucho; pero se habían alejado por un tiempo y gracias a los giros del destino se volvieron a encontrar. Fue muy poco el tiempo de noviazgo, ya se conocían lo suficiente, tiempo prudente para ir al altar. Otra hija más que se marcha en el año de 1996, con la celebra-

ción de una bella ceremonia de matrimonio. Ya con tres hijos, Vladimir estudiante y profesor, inteligente; se ha destacado por la inmensa vocación hacia la lectura lo que le permite vivir y trasladarse a mágicos mundos desconocidos conducidos por las letras que lee y al día de hoy es quien acompaña mi vejez. Alejandro un nieto muy juicioso, demasiado hermoso, hombre cálido quien permanece al lado de mi hija, actualmente estudiante universitario, inclinado por sistemas y tecnología, pronto veremos resultados maravillosos y su hijita Juliana.

En tan solo tres años tres hogares se habían consolidado, pero nunca sentí ni soledad, ni tristeza, por el contrario, era muy feliz, si mis hijos lo eran. Por otro lado, seguían llegando más hijos y traían sus frutos, sucedía lo mismo con mi hija adelfa; como dice la canción del camino de la vida...

*Después llegan los años
juveniles...
los juegos, los amigos,
el colegio...
el alma ya define
sus perfiles...
de pronto el corazón
comienza a cultivar
un sueño...*

*Y brotan como un
manantial,
las mieles del primer amor,
el alma ya quiere volar
y vuela tras una ilusión...
y aprendemos que el dolor
y la alegría
son la esencia
permanente de la vida*

Sus hijos ya habían pasado por los años juveniles y empezaban a volar tras una ilusión; Sócrates ya había dejado atrás sus debilidades hacia los animales, eso se quedó guardado como un mágico recuerdo de su niñez. Ahora encontraría la felicidad al lado de su esposa Sandra Bibiana, con quien formó un hogar. Sus dos hijos son quienes acompañan su felicidad; su hija mayor es Andrea quien estudia su carrera profesional inclinada hacia la química, y Jesús Santiago joven estudiante actualmente y quien entra a la juventud, A Weimar le llegó

también el regalo de ser padre gracias a su amor con Jacqueline, él es Deimar; quedaba su último retoño Jarmaile, quien no tardó en traer al mundo su primera hija, Daniela.

Adelfa y yo tuvimos vidas paralelas; con la diferencia que ella siempre ha sido como un ave voladora; extiende sus alas para alcanzar otros mundos y buscar otros horizontes; su destino, España. Como la consideraba mi alma gemela; siempre la quería tener a mi lado, gracias a Dios ella misma me acostumbró a sus constantes huidas, volviéndome más fuerte de corazón para comprenderla. Ya no había dolor como en otros tiempos, aun sabiendo que tardaría muchos años en volver; aquí quedaría su hija Jarmaile, protegida por nosotros.



El espacio se hacía cada vez más grande, las habitaciones desocupadas generaban la sensación de soledad, mi casa de San Francisco requería de mis cuidados; y aunque nunca la abandoné sentía nuevamente que nuestro lugar estaba allá, el inicio y el cierre de nuestros hijos en crecimiento. Sólo me detenía mi hija Leidy, había conocido a Sergio Amaya, estaban muy enamorados y parecía que sus lazos eran irrompibles, llevaba más de nueve meses a su lado. Un grave dilema para resolver, pero era importante tomar decisiones radicales.



En 1998 nos devolvimos a San Francisco, pero un pedacito de corazón se quedó con mi hijita del alma. Nuevamente las horas de vigilia invadían mis pensamientos; ella estaba sin la protección de una madre, sentía que la había abandonado.



El regreso a San Francisco



El momento y lugar perfecto es siempre el elegido por Dios, como las páginas de un libro, se escribía nuestra historia y San Francisco seguía estando como protagonista principal de nuestro destino. Para el año 1998 de octubre a nuestro regreso, ese espacio testigo de infinitos momentos ahora necesitaba una atención especial. Sus paredes envejecidas estaban ya cansadas de sentir manos inquietas y los pisos oscurecidos por el caminar constante de seres cada vez más desconocidos.

No llegamos tres como habíamos pensado; era claro que unos se iban y otros llegaban, mientras Gloria y su esposo, lograban tener su propio espacio en Suba, fueron nuestra compañía, con sus hijos Vladimir y Alejandro. Entonces volvimos con Libardo, ellos cuatro y la menor de la familia, siete en total. Como alguna vez lo pensé, Jenny estaría con nosotros en la vejez. Bueno, ya no éramos los mismos de ayer, mi cuerpo cada vez más cansado se enfermó, eran 60 años los que llevaba en este camino de la vida.

Las noticias y nuevos acontecimientos no terminaban. Una tarde, en que disfrutaba mi café, por la puerta vi entrar mi más grande adoración, Leidy; en ese momento y traía consigo no solo su novio sino el regalo de la vida; un hijo crecía en su vientre...Por su puesto no fue sorpresa para mí, ellos vivían juntos. Con alegría recibí la noticia y estuve con ella hasta que llegó mi nieta Diana Marcela, una morenita

hermosa que desde que vi sus ojitos sentí que iba a estar siempre a mi lado. Leidy se quedó en La Fragua un tiempo con el padre de la niña hasta irse para Suba, esta vez solas.

La perseverancia siempre estuvo en mí. Los niños habían crecido y tenía entrada de recursos gracias a los arriendos, era momento de renovar el patrimonio que tanto lo necesitaba. Esta vez veía la casa,



no como un lugar familiar, sino como la empresa que representaba dinero para su propia remodelación y sustento. Mis decisiones, eran realidades y no solicitaba opinión, especialmente de Libardo. Claro está que siempre contaba con la buena opinión y el apoyo de mis hijos hombres. Nuevamente era una ingeniera; si se me ocurría una distribución de espacios o creación de nuevos lugares para vivir, inmediatamente lo volvía realidad. Ya se habían ido la mayoría de hijos, no tenía el mismo dinamismo de otros años para las costuras, Adelfa no estaba a mi lado y era necesario buscar otras entradas económicas para tantos gastos. La casa era grande y se pensó en construir el segundo piso, trasladarnos allí y arrendar habitaciones en el primero. Se reunieron todos los muchachos y se acordó que ellos aportarían, por partes iguales, para la obra y el dinero faltante, se buscaría a través de un préstamo. Quienes ya trabajaban darían el dinero y prestarían a quienes tenían dificultad para entregarlo en ese momento con el compromiso de honor de pagarlo posteriormente. La casa fue creciendo paulatinamente, con áreas independientes para ofrecer vivienda a hogares pequeños. Para el nuevo milenio; por ahí en el año 2002 a 2005 ya tenía construida dos plantas completamente, cada una con dos o tres apartamentos y la tercera seguía proyectándose. Me dedique a administrar la casa cobrando los arriendos y vigilando el uso racional de todos los servicios públicos. Sin duda fue un

gran beneficio, hubo alivio en cuanto a necesidades y gozábamos de un espacio amplio, bonito e iluminado pero al pasar de los años se convirtió en una actividad muy pesada para mí.

*Lunita consentida colgada del
cielo
como un farolito que puso mi
Dios,
para que alumbrara las noches
calladas
de este pueblo viejo de mi
corazón*



Florencia, mi pueblo adorado como un farolito puesto por Dios que ha ido iluminando mi camino, me ofreció sus noches calladas y está en mi corazón. Como regalo y para siempre recordarlo, llega Janier Ferney en plena juventud, proveniente de aquellas casas pequeñas, como aprendiendo a querer por primera vez. Jenny sería la dueña de sus cantares ahora cerrando la historia que nació allí. Giraldo y Giraldo se unen en sagrado matrimonio, y así en medio de alegrías entrego a mi hija para que con Ferney disfruten la primavera de su vida. Al día de hoy mi hija Jenny goza de la felicidad junto a sus dos hijos, La quinceañera Valeria es ahora la belleza de la casa, inteligente, dedicada a estudiar, también pasea por el barrio con sus primas. Como su ultimo hijo esta Miguel Ángel, encantador niño, enamorado del fútbol como su padre a quien acompaña en todo momento, estudiante y feliz en su hogar.



*Pueblito de mis cuitas, de casas pequeñas,
por tus calles tranquilas corrió mi juventud;
por ti aprendí a querer por la primera vez*

*y nunca me enseñaste lo que es la ingratitud.
Hoy que vuelvo a tus lares trayendo mis cantares
y con el alma enferma de tanto padecer
quiero pueblito viejo morirme aquí, en tu suelo,
bajo la luz del cielo que un día me vio nacer*

Mis hijos ya casados, la vida ha de continuar, la salud un tanto resquebrajada alguna solución se ha de encontrar. Por ahora un cuidado me he de rebuscar, alguien con los oficios me pueda colaborar. Fue entonces cuando mágicamente aparece doña Teresa, siendo cómplices las dos de nuestros hijos en su unión, Milvia y Yuber. Ella muy amable me acompaña un buen tiempo ahora que mi cuerpo no responde igual que años atrás.



Leidy vivía en Suba, hacía tiempo cumplía el rol de madre soltera, atendía a su hija trabajando para salir adelante, hasta que un día toca el amor a su puerta, en los escenarios laborales una mirada, una invitación, un café unas palabras fueron suficientes para darse cuenta que sus vidas estaban para estar juntas. Vladimir Martínez en medio de su gran timidez logra conquistar su corazón y como premio de la vida traen un hijo; quien con el tiempo entra a formar parte de este gran

corazón de madre que hoy tengo. Diana Marcela Futura arquitecta, belleza inigualable, inteligente, respetuosa y una verdadera dama, y Juan Esteban es la armonía del hogar, combina la magia de la tecnología en toda su vida, estudiante y cariñoso.

El buen hijo vuelve a casa; el ave voladora regresa a su nido, la tan anhelada cercanía de Adelfa al fin se hacía realidad, después de vivir momentos maravillosos y mágicos en Europa, de encontrarse con su amada hija Jarmaile y su nieta Daniela, nuevamente estaba pisando suelo colombiano casi ocho años después. Las fotografías enviadas en forma de postal mostraban su inmensa felicidad, el encuentro con el amor y los paisajes de bellos lugares. Sin embargo, su salud se deterioró

tanto que fue necesario despedirse definitivamente de Europa y del cariño de Antonio. Dejó a su hija Jarmaile, muy bien acompañada con su esposo Olivie Andrey, hombre europeo, buen mozo y enamorado de su hogar. Daniela su hija mayor es hoy una señorita independiente que vive



en Europa cerca a su mamá Jarmaile, es feliz como vive y en lo que hace. Y mi bis nieto Francés Axel, digno hijo de su padre, un guapo que cuando viene logra disfrutar de esta inmensa familia totalmente nueva y maravillosa para él, dedicado a su estudio.

Adelfita siempre ha tenido fe, una inmensa fuerza de voluntad, hecho que le permitió salvar su vida luego de una enfermedad incurable según el dictamen médico; psoriasis. Durante su padecimiento estuve a su lado, viví su angustia, tendida en su lecho, sufrí su dolor que la afligía tanto. Gracias a Dios su recuperación fue progresiva y a mi lado pasó de estar horas en la cama a gozar de buena salud.

Nuevamente llegaba no solo a mi familia, sino a la familia de mi hija Adelfa una hija más, con su hijo, un tesoro para mí. Mi adorado



Jonathan Cars, como se hace llamar. Weimar llevaba unos años de soltería, los fines de semana y traía a su hijo mayor Deimar Steven, disfrutábamos de su alegría. Al llegar a mi casa con una inmensa sonrisa me dice

—¡Abuela estoy feliz! Y le contesto...

—Y eso ¿qué le pasó mijo?

—¡Tengo novia! Si abuela, así como lo oye...

Fue inevitable mi alegría, al poco tiempo conocimos a Deisy, su actual mujer, es una bella niña que ha conquistado nuestros corazones con su cariño y el que le tiene a mi nieto. Deimar Stiven el hijo mayor de Weimar, dedicado a su trabajo, un hermoso joven atractivo y muy inteligente; su hijo menor es Jonathan el tesoro de mi nieto y mío, es quien llena sus horas de felicidad, solo dedicado a estudiar y seguir a su padre en los trayectos con el carro, por eso su sobre nombre Cars, impuesto por él mismo.

Como un círculo en constante giro, pasaron varios años igual que el vértigo progresivo que empezó a acompañar a Libardo. Aferrados al terruño que nos vio crecer, en arriendos y en arreglos transcurrían los amaneceres. Aunque disfrutábamos de la pensión, el frío de la soledad estaba penetrando lo más profundo de mis huesos hasta tocar mi alma. Crecieron los temores de una recaída en cualquiera de los dos, sin la mano de un hijo para ayudar en la vejez.

Como cuando apareció Regina en mi vida, la magia volvía a guiar mi camino; en Suba el mismo conjunto donde vivía mi hija Gloria Edith, como regalo de Dios se fueron los propietarios, casualidades que pasan en el momento exacto. Gloria ve este lugar vacío y la persona encargada de su remate adentro, preguntó sobre las posibilidades de una compra; circunstancia que aprovechó para informar a Rubinel y más rápido de lo imaginado él logra comprar este espacio perfecto para instalarnos con Libardo, con la ilusión de esperar una vejez al lado de mis hijas.



Suba y el hoy



Terminando las páginas del libro de la vida, llegamos con Libardo a un pequeño pero cálido lugar. Se remplazaba la amplitud de grandes piezas por el refugio tibio de un pequeño cuarto, las altas escaleras por espacios planos, la lejanía de la cocina por los alimentos a la mano.

Una inmensa dicha invade ahora mi alma y mi corazón. Al llegar a Suba año 2009, parecía un sueño que otra vez estuviera con una parte

de mis hijas y sus familias. Gloria con sus adorados tesoros Vladimir y Alejandro, ahora estaban a mi lado, mi nieto hijo volvía a regocijar mi existencia.



Leidy se acerca a mi corazón y ésta vez puedo disfrutar del crecimiento de sus hijos. Ella con su

ímpetu y su carácter fuerte es la organizadora de nuestras vidas, ahora necesitamos de más cuidados y los papeles se invierten, son los hijos quienes nos toman de la mano para guiarnos sin perdernos o lastimarnos, sobrellevando con dignidad esta etapa de la vida como es la madurez y la vejez. Ella es quien nos colabora en los cuidados médicos; anota cada paso que se debe llevar en nuestros controles; me protege la salud guiándome para tomar mis medicinas, convoca a los hermanos cuando hay dificultades médicas y les llama la atención cuando lo requieren, haciéndose sentir. Mis hijas le tienen más respeto aunque ella sea menor, cuando habla o exige la edad queda atrás, ellas le corren. Intenta que nosotros sigamos al pie de la letra las indicaciones del médico. Lo más importante de su labor es convencernos de alimentarnos sanamente para evitar complicaciones; en mi caso la diabetes, enfermedad que me ha acompañado más de 20 años y como todos lo sabemos debo vigilar la alimentación, ésta debe ser balanceada, colocarme paulatinamente la insulina para evitar tragedias o alguna crisis.



Los hijos crecen, y hay momentos que se tiene la ilusión de volver a dar vida a un nuevo ser. Es el caso de Gloria, en familia planearon un bebé y todos se prepararon para ello. Duraron varios años intentando que su cuerpo nuevamente se acomodara a la maternidad,

pero no había sido posible; sin embargo, no perdían las esperanzas hasta que un día por fin se gestaba mi última nieta. Juliana llegó al mundo el 20 de julio de 2010, justo al año de nosotros haber llegado a vivir a Suba.



Un regalo que no podía dejar perder, con Juliana he disfrutado su niñez y crecimiento en todo su esplendor, es como mi hija en el amor, pero sin la responsabilidad de una madre. Como abuela alcahueteo y amo, la educación se la dejo a los papás.

Jenny, mi última hija y la única que disfrutó de mi rincón, desde su nacimiento hasta su matrimonio, ahora sueña con volver a estar más cerca de mí. He sentido su amor incondicional, parece que le hice tanta falta como yo la extrañé a ella cuando se fue. Quizás por eso considera la necesidad de estar en el barrio, Los Almendros. *La Primavera* es la casa donde disfrutó recién casada, pero ahora su destino lo proyecta en Suba, para unirse a sus hermanas, especialmente con Leidy y conmigo.

Las dos hijas menores son muy unidas, se apoyan en todo y son cómplices en diferentes escenarios de la vida, desde que eran niñas,



luego jóvenes hasta ahora que son madres. Motivos suficientes para hacer realidad este sueño que es secundado por Janier, los dos planean y hacen realidad la compra de un apartamento y ya están aquí, tengo la protección de hijas desde arriba y por los lados.

Circunstancia que pone a tres de ellas junto a mí. Jenny les ha brindado una excelente educación a sus hijos en compañía de los primos,

hijos de Leidy, donde han compartido juegos y aventuras. Lo más grandioso de la estadía aquí, es que se han estipulado como casi religiosamente la visita de todos mis hijos y nietos los domingos. Momentos inolvidables que pasamos, permitiéndonos estar en familia y lo más bello es poder ver crecer en familia



No siempre la vida se presenta como la hemos anhelado y de repente viene nuevamente la arremetida cruel de las circunstancias. José Abad se había destacado durante su vida profesional como excelente docente de física y matemáticas laborando en diferentes colegios públicos de Bogotá e instituciones de educación superior como la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y la Universidad de América, sus hijos habían crecido y su familia progresaba gracias a la unión, apoyo y amor con su esposa. Hacia el año 2013, mi existencia se estremeció cuando me enteré que estaba enfermo. Al comienzo, presentó comportamientos bastante extraños y después no pudo continuar trabajando. Se fue apagando lentamente, perdido en un mundo sin retorno, tal vez parecido al que yo había vivido años atrás, época cuando conté con su apoyo incondicional pero con la diferencia de que él ya no pudo recuperar su salud. El diagnóstico fue muy drástico: en adelante, sufriría de una demencia frontotemporal, enfermedad que

trastornaría su lucidez mental y comprometía en forma irreversible memoria y lenguaje. Su inteligencia destacada en la solución de problemas matemáticos, la pesquisa sobre los descubrimientos científicos relacionados con la evolución del universo, la reflexión crítica sobre la sociedad, la creación de poemas y su afición por la música, quedaban perdidos en el mar del silencio y el olvido dejando a mi corazón muy triste. Fue pensionado por invalidez. Lloré mucho ante esta lamentable situación pero al final llegó la calma y me acompañó la resignación, era un episodio más que se sumaba a la larga cadena de acontecimientos desafortunados. Por suerte, mis nietos y mi nuera, han asumido con entereza el hecho y le prodigan amor y cuidados permanentes.

De otra parte, como he estado tan enferma, me vi en la necesidad de buscar mayor tranquilidad y toda la estoy encontrando en esta casa, pero la cercanía de Libardo estaba impidiendo esa calma; mi salud requiere de ciertos tratamientos y cuidado y con él aquí, sentía que no lo podía lograr. Por eso, hace ya tres años decidimos separarnos, por su salud y la mía. Él está muy bien al cuidado de mi hija Milvia, quien lo ama, lo protege y ve por su salud.

He aprendido a vivir y controlar la enfermedad; cuidándome cada día porque quiero ver crecer a toda mi descendencia y le pido a Dios que me de muchos años más de vida. A mis 80 años tengo la alegría de compartir con mis 10 hijos, 6 caballeros que acompañan a mis hijas, los yernos que son cómplices padres y amorosos esposos. Tres nueras que me han considerado como una madre, confío plenamente en ellas porque acompañan y secundan a mis hijos; están con ellos en todos los acontecimientos de sus vidas, me genera tranquilidad y me hace feliz.

Parece mentiras que hubiera podido levantarme una y otra vez de los fracasos con altura, igual que ver a esta familia tan digna, honrada y



todos aportando a la sociedad. He sentido a cada hijo en mi corazón y con cada uno he vivido sus angustias, alegrías, tristezas y fracasos. Me lleno de orgullo y felicidad saber que en esa descendencia he intervenido y uno a uno han sentido mi calor. ¡Gracias Dios!

Rememorando acontecimientos unos lejanos, otros cercanos; unos buenos, gratos y favorables, otros tristes e indeseados, sin lugar a dudas, han forjado en mí la convicción de que la vida es una secuencia inagotable de tragedias humanas pero así mismo, un caudal de hermosas y emotivas dichas; que se viven experiencias amargas y terribles sinsabores pero que al lado, estarán las grandes esperanzas que generan paz y felicidad en concordancia con el adagio popular “*unas son de cal y otras de arena*”. De otra parte, como diría el filósofo, “es preciso haber vivido mucho tiempo para reconocer cuán corta es la vida”. *¡Siento mi vida tan corta para haber vivido tanto!...*

La frase es de Arthur Schopenhauer, uno de los autores predilectos de José Abad

Al día de hoy primero de junio de 2018 cuando celebro mis 80 años de vida, miro atrás y siento un inmenso orgullo por la tarea realizada, pasan y pasan recuerdos, momentos que viví y revivo cada acontecimiento como el primero. Alguna vez lloré por las penurias que padecí en situaciones tan difíciles, pero hoy mis lágrimas son de



felicidad al saber que no fue en vano el esfuerzo, amor y dedicación al forjar esta gran familia. Las mañanas lluviosas como el día en que nací en representación de mis lágrimas, ahora son amaneceres claros, días soleados con una luminosidad maravillosa. Se acabó el temor a la lluvia porque a pesar de las circunstancias actuales hay paz en mi alma y me siento tranquilo y feliz.

Ahora presento al mundo mi descendencia: En Florencia con Adelfa inicia mi maternidad el 25 de mayo de 1954 y termina en Bogotá el 16 de julio de 1989, para un total de 16 hijos. Sócrates Cardona Giraldo con quién empiezo mi rol de abuela el 15 de marzo de 1974, hasta el 20 de julio de 2010, justo cuando nuestro país celebraba los 200 años de independencia llega Juliana Velásquez Giraldo cerrando el ciclo de los nietos, para un total de 29.

Muchos de ellos ahora tienen sus hogares, que acompañan con su amor a mis nietos que son doblemente hijos para mí y entran a esta familia 10 personas que considero mis yernos y nueras, construyendo hogares de paz. Surgen así los bisnietos, el día 15 de abril de 1995, mi hija Adelfa se convierte en abuela, Juan Sebastián Avendaño Cardona abriendo la brecha de esta segunda generación y al día de hoy nace Jerónimo el 30 de abril de 2018, y Milvia es la abuela afortunada. Hoy en mi ochentavo cumpleaños, hay en total 21 bisnietos. Finalmente, totalizamos esta maravillosa descendencia del apellido Giraldo Pérez: Somos 81 personas.

MUCHAS GRACIAS...



Homenaje



María Pérez de Giraldo

Hoy ¹ 27 de Abril de 2018 me
recuerdo de el 27 de Abril de 1953
que hoy estamos cumpliendo 65
años de casados y Libardo Giraldo
quiero felicitarte por por los
80 años que tu vas a cumplir
en ello 62 años 7 8 meses con
migo siendo Maria Perez de Giraldo
y me acompañaste en las buenas
y en las malas cuando yo que a ti
sin cumplir 15 años que fuimos tan
felices porque tu no sabes que
fue un milagro que meiso Dios
porque yo solo le pedía a Dios
con toda fe que mi vida una
buena suerte de casarme con
una niña sin que nadie me
sido el primero sino yo y así fue
y aunque tu te allas aburrido
con meo no te culpo tu fuiste
la mejor esposa del mundo
que me diste eso 16 hijos en
ello 16 angeles que estan
en el cielo y así te casaste
que brillan en el mundo como
son todos profesionales porque
Adelfa fue profesional en
ata costura y Sergio profesio-
cional en el volante conductor

Hoy 27 de Abril de 2018 me
recuerdo de el 27 de Abril de 1953
que hoy estamos cumpliendo 65
años de casados y Libardo Giraldo
quiero felicitarte por por los
80 años que tu vas a cumplir
en ellos 62 años y 8 meses con
migo siendo Maria Perez de Giraldo
y me acompañaste en las buenas
y en las malas cuando yo que a ti
sin cumplir 15 años que fuimos tan
felices porque tu no sabes que
fue un milagro que meizo Dios
porque yo soltero le pedía a Dios
con toda fe que mi novia una
buena suerte de casarme con
una niña sin que nadie me
sido el primero sino yo y así fue
y aunque tu te allas aburrido
con mego no te culpo tu fuiste
la mejor esposa del mundo
que me diste eso 16 hijos en
ello 16 angeles que están
en el cielo y así te casaste
que brillan en el mundo como
son todos profesionales porque
de ella fue profesional en
ata costura y Sergio profesio-
nista en el bolan conductor

3
Te quiero tanto y sin cesar te
sujero que seré para ti sumiso
y tierno, que del tiempo en el
correr venturo jamás se extin
guirá mi amor eterno que será
para mí como una rosa que en
mi arido campo abre su broche
y aparece en mi alma tenedro
como un beso de luna sa
entre la noche

Querida esposa mia
Como ya no soy pobeta soy
un triste peregrino son voces
del corazón son voces del corazón
que ensaron por mi camino.

Libardo Giraldo



Familia Cardona Giraldo

Adelfa Giraldo



MADRE: *Soy la hija mayor de esta familia tan linda y prospera.*

Soy la hija mayor de esta familia tan linda y prospera.

¿Que es ser una madre?

Madre es quien con su amor sin límites, se convirtió en mi ángel custodio desde el momento en que fui concebida se que su vida no ha sido fácil, eres la estrella luminosa para marca la senda segura en mi vida. Madre eres el ser de luz que nunca se ha cansado de pedir a Dios por nosotros. ¡Maestra! que nos ha formado para marcar un camino de rectitud, y hace brillar en sus ojos las penas o alegrías. Se que su apostolado no ha sido del todo grato, ha tenido que consolidarse con fortalezas, desalientos, penas, alegrías y tristezas, dolores e ingratitudes.

¡Reina mía!: la palabra Madre es para mí como invocar a Dios.

Madre: ¿De qué se alimenta su corazón?

De amor, porque quienes nos marchamos por etapas de su lado ya sentimos su ausencia, en ocasiones se llena de lágrimas nuestros ojos al recordarla y al caer, gritamos su nombre.

Será porque recordamos su dulce vos, su mirada, su presencia y sus calurosos brazos para acogernos y consolarnos o por la capacidad que te caracteriza para levantarnos cuando estamos derrotados. Siempre con su amor desmedido y desinteresado, la sabiduría que manifiesta y la fortaleza ante cualquier adversidad y su enorme capacidad de

perdonar, como siempre madre tolerante y discreta entre tantas virtudes que te califican.

¡Señora Bonita!: Usted sabe que todos sus hijos somos diferentes y cambia sus estrategias con amor para cada uno.

— ¡Mama!, ¿Tu a quién quieres más de tus hijos?



Tu madre quieres por igual a todos, pero tus atenciones varían dependiendo la necesidad que vivimos cada uno. Tus estrategias son tan perfectas que sabes manejar cada situación: al que esté enfermo hasta que sane, al que partió hasta que regrese,

el que tiene problemas hasta que encuentre una solución. Gracias madre por siempre estar ahí.

Juntas hemos caminado por la senda de la vida, siempre está presente sin cansancio, sin rencores, con paciencia y calma.

Gracias madre por entender nuestras pataletas y disfrutar las alegrías.

Gracias por cumplir perfectamente la misión que el Creador te encomendó

Familia Cardona Díaz

Sócrates



Soy Sócrates Cardona, el nieto mayor, mi esposa es Bibiana Díaz, quien se pensionó como suboficial de la Policía Nacional, tengo dos hijos Bibiana Andrea de 20 años quien está en tercer semestre de Microbiología y Bioanálisis en la universidad de Antioquia, Jesús Santiago tiene 12 años y cursa octavo grado.

Abuelita, esa es la palabra precisa para iniciar este relato donde quiero darles a conocer lo que pienso de esa mujer que Dios mandó a este mundo con una misión especial, ¿cuál?, la de sacar adelante un esposo, diez hijos, 29 nietos y 20 bisnietos; sin contar los yernos, nueras y vecinos que en algún momento recibieron los consejos de una mujer venida del campo; con poca experiencia, pero con mucha sabiduría; esa sabiduría que la hizo grande como ninguna, que la hará inolvidable durante muchas décadas, hasta creer que no la olvidaremos hasta el fin de nuestras vidas.

En estos 44 años de existencia es mucho lo que les puedo contar de mi abuela, cosas agradables, jocosas, imprudentes pero ante todo cosas ejemplares. Como nieto mayor les puedo decir que tengo el privilegio de ser ese, el primero el que así no lo quieran reconocer es el más querido en cada una de las familias, o sino pregúntenle a mi abuela. Esa mujer que desde pequeño ayudó a mi madre a educarnos, la que por más necesidades que hubieran nunca nos dejó aguantar hambre. Me acuerdo que a la edad de doce años, me levantaba todos los días a moler

una olla grande de maíz peto para las arepas del desayuno, a mi hermano a pelar otra casi del mismo tamaño llena de papas para la sopa del almuerzo; pero no eran papas, eran papitas de esas que al pelarlas terminan con los dedos entumidos, esa era nuestra cuota diaria cuando vivimos en la casa de San Francisco, barrio al sur de Bogotá, donde pasaron muchas anécdotas.



De mi abuela tengo tantos recuerdos que me tocaría escribir otro libro solo para ella, entre ellos llegan a mi mente las oraciones que nos enseñaba junto con mi madre Adelfa, los consejos que me daban entre las dos para que me protegiera de todo mal y peligro; porque eso sí que nos ace-

chaba, pero gracias a esas oraciones estamos en este mundo relatando lo mejor de ella. Siempre fuimos como hijos junto con mis tres hermanos, Weimar Gislenny y Jarmaile, ya que nos criamos a la par con tres tías menores, éramos la familia feliz, pobre pero feliz.

Mi abuela siempre tuvo algo que ver con las vecinas, ya que en la cuadra era la envidia por la calidad de hijos y nietos que tenía, por ser alcahueta y por estar siempre pendiente de la comida; que era lo más importante, del estudio se preocupaban los hijos mayores, desde que hubiera algo que comer no había lio. Por eso es la mujer que hoy en día le rendiremos homenaje, por ser tan grande, fuerte, enaltecida y bendecida. Por eso, querida abuela: le doy gracias a Dios por tenerla a nuestro lado y a usted querida abuela por formarnos como personas.

Sandra Bibiana

Señora María Pérez, en estos 22 años que llevo formando parte de su familia solo tengo palabras de gratitud para con usted, hace mucho tiempo Dios se llevó a mis abuelas al cielo y en usted he encontrado ese

ser maravilloso que siempre me recibe con un fuerte abrazo, un beso y siempre me despide con una bendición. Siento gran admiración por su valentía, esfuerzo y dedicación. Demostrada como mujer, esposa, madre y por qué no decirlo como mi abuela. Como olvidar esos momentos vividos en San Francisco, especialmente cuando estaba embarazada de mi hija Bibiana Andrea y usted me complacía mis antojos de huevos pericos y ni qué decir de su alegría demostrada cuando nació nuestro hijo Santiago “!Que marrano tan blanquito!”, escuchar sus historias de vida, de esa lucha inagotable por salir adelante junto a sus hijos y nietos era un valor agregado a los resultados vistos en cada uno de los integrantes de su familia, un legado que aun continua y Dios permita siga de generación en generación. Nuevamente le manifiesto mi admiración y gratitud.

Bibiana Andrea

—Abuelita; abuelita no, bis abuela, porque yo soy tu bis
Así muchas veces me corrigió entre sonrisas y un apretón de manos esta gran mujer. De mi bisabuela guardo imágenes maravillosas, pero sobre todo esa que genera cuando se ríe a carcajadas, cierra un poco sus ojos y de vez en cuando toma aire para retomar alientos y continuar con su risa contagiosa.



Recuerdo que hemos pasado unas cuantas horas hablando de sus anécdotas, cómo se conoció con el abuelo, cómo llegó a la ciudad, cómo vivían, cómo cocinaban en la estufa de gasolina, cómo lavaban a mano montones de ropa y aquella historia que me marcó y estoy casi segura que definió radicalmente la vida de ella, esa en la que “Se enloqueció”, porque así lo cuenta, y gracias a una señora que le enseñó a coser (entre otras cosas más) pudo volver y sacar sus hijos adelante junto al bisabuelo.

De mi bisabuela debo resaltar su orgullo enorme por la familia, su amplitud con la comida y lo consentida. Pero también quiero hablar de las preferencias que siempre ha tenido, desde los hijos hasta nosotros sus bisnietos, porque sí que las tiene pero sinceramente, de no hacerlo, no sería la misma María, la de nuestra familia.

Aprovechando este momento quiero agradecerle por ser un ejemplo de mujer, de gran empuje, que se rebusca dónde y cómo sea para cumplir con sus responsabilidades, pero sobre todo por lo decidida que es, por dar ejemplo de que la edad y los prejuicios no son un impedimento para decidir sobre lo que realmente quiere y la hace feliz.

Jesús Santiago

Mi bis abuela, una mujer que con esfuerzo y dedicación ha podido sacar adelante una gran familia. Gracias bisabuela por demostrarme tu cariño en estos 12 años que llevo de vida, por demostrar que eres una guerrera y que a pesar de todo siempre serás un ejemplo para todos y cada una de las personas que conforman esta hermosa familia, espero que la vida te coloree los sueños y te sonría como tú lo has hecho para con todos nosotros, te deseo un feliz cumpleaños y que tengas muchos años más para poder compartir lindos momentos a tu lado.



Familia Cardona Cubillos

Weimar

Querida abuela: No existen palabras para expresar todo el cariño que tu nieto Weimar siente hacia ti. De saber que desde el momento en que me acogiste junto con mis hermanos en tu seno materno empezamos a vivir una vida de cambios y vivencias que transformarían todo nuestro ser. Como olvidar todos los momentos de mi infancia donde tú eras quien llevabas el timón de aquella nave tan grande que con tu presencia transmitías, esa seguridad a mi corazón de saber que ahí estabas y que nunca te irías. Cuando en las mañanas te levantabas en San Francisco a dirigir esa batalla para darnos ese desayuno esas ricas arepas con mantequilla y sal al lado de una taza de chocolate o quizá agua panela. Recuerdo mucho la remodelación de la casa de ver como con esa jerarquía guiaba al abuelo en cómo y que debía hacer siempre viéndola como una mujer.



Dedicada. Recuerdo mucho como al llegar las noches nos incomodaba para que nos durmiéramos temprano, pues de no hacerlo el hambre nos acosaría. Siempre viendo en ti abuela a una mujer enfocada en cuidar a sus pequeños y ahí estaba yo. Así fui creciendo y siempre cuando llegaba a su casa la buscaba y me sentaba al lado de su máquina viéndola coser y así hablábamos por largos ratos.

De saber que nunca me has abandonado y siempre me has llevado en tu corazón hoy con un corazón agradecido y lleno de alegría no dejé de darle gracias a Dios por haberme dado la mejor abuela del mundo.

Gracias a su esfuerzo y a suave entrega como abuela hoy puedo escribir estas líneas y que mis hijos y los hijos de mis hijos te recordarán y escucharán tu nombre porque has dejado una huella imborrable en mi corazón. Feliz cumpleaños mi abuelita hermosa.

Deisy Cubillos

Señora María en este tiempo que he podido compartir a su lado tanta alegría y felicidad que no hay palabras que pueda expresar el agradecimiento que tengo en mi corazón. Recuerdo mucho el día que llegué a su casa, estaba un poco nerviosa porque me había enterado de



que usted era muy celosa con los nietos y los hijos; al principio no fue fácil pero creo que después logré llenar sus expectativas.

Hoy me siento parte de su historia y me resta decirle que usted es una mujer digna de imitar por esto y mucho más hoy quiero felicitarla en el día de su cumpleaños y decirle gracias abuela madre y amiga, la llevé siempre en mi corazón la quiero mucho.

Deimar Steeven Cardona

Abuelita María hoy más que nunca quiero felicitarte en honor a tu cumpleaños, sobre todo reconociendo la gran mujer y abuela que eres. Recuerdo los almuerzos los fines de semana en San Francisco donde nosotros los niños éramos felices comiendo en el pasillo de la casa y como jugábamos en la calle; nos sentíamos libres y muy felices. Esperábamos el fin de semana para volver



nuevamente a tu casa. Abuelita te mando un gran abrazo de cumpleaños y nuevamente muchas felicitaciones.

Jonathan

Abuelita María desde que llegué a este mundo me recibiste con los brazos abiertos, mi papá me cuenta que yo nací en el hospital de Meissen porque ellos tuvieron que irse a vivir a tu casa porque yo iba a nacer prematuro y necesitaba un lugar donde no entrara frío ni hubiera humedad. Abuelita te quiero mucho y gracias por todo el AMOR que me has dado, yo te quiero mucho y te deseo un feliz cumpleaños.



Familia Avendaño Cardona

Gislenny



Soy Gislenny Cardona la mayor de las nietas mujeres y la tercera nieta en general. Casada con Víctor Julio Avendaño, tenemos tres hijos Juan Sebastián, Luis Felipe y María Antonia Avendaño. La abuela María: nuestra matrona digna representante de la virgen María en la tierra: como mujer, esposa, madre y abuela.

Siempre al lado de sus hijos con dedicación esmero y sobretodo Amor

Igual con sus nietos unos más allegados que otros, pero siempre ahí para todos. Tengo la dicha de haberle dado su primer bisnieto Juan Sebastián; tan orgullosa pregonando "! Ya soy bis abuela!" Doy gracias a Dios por esta maravillosa mujer por su ejemplo y sobre todo por poder compartir con ella. Le pido a Dios nos la conserve por mucho tiempo más.

Juan Sebastián

Soy Juan Sebastián Avendaño Cardona el bisnieto mayor Tengo 23 años. Aunque los años han pasado y ahora soy un hombre en mi corazón siempre llevo tu recuerdo de mujer valiente guerrera, mujer de buenos consejos, sabias palabras. Cada día con su hermosa sonrisa nos enseña que la vida se vive de sencillez amor y comprensión. Gracias bisabuela por ser la mujer que es Dios te bendiga y te conserve con nosotros por mucho tiempo más.



Luis Felipe

Mi bis abuela, grandes momentos he vivido de la mano de esta gran familia y todo gracias a tu esfuerzo y dedicación en el hogar. Eres una persona maravillosa y como bisnieto te he visto sonreír, preocuparte por mí como siempre y de toda la familia. Cumples el mejor rol de esta familia y es mantenerla unida, con tu interés de saber qué pasa, las ganas de que todos estén bien. Te escribo con todo el cariño del mundo y la satisfacción de saber que pasas otro año más junto a mí y mi familia. Ya que soy de los bisnietos mayores me gustaría más adelante poder regalarte un tataranieto, espero que Dios te regalé muchos años más de salud y vida para que sigas disfrutando de tu familia y el crecimiento de ella. Gracias abuela por todo lo que hiciste y haces por todos. ¡La quiero mucho mi bisabuela!



- 1 Es un pequeño homenaje
hecho con mucha prudencia
y vene de tierra paisa
a esta mujer de Florencia
- 2 Su padre Ricardo Antonio
Un hombre berraco Rico
Con su madre Ana Clara
Te hicieron en Chorro Rico
- 3 Pues era ese Chorro Rico
El nombre de la vereda
Donde nació esta mujer
De humildad y berraquera
- 4 De juventud muy hermosa
De vida resplandeciente
- De jardines y caballos
Llegó su gran pretendiente
- 5 Pues ese gran pretendiente
Y siendo muy buen ginete
De los jardines cogió
Este lindo ramillete
- 6 Maria y Libardo juntos
Dios en ellos se fijó
Y los unió en matrimonio
Y miren qué hogar les dio
- 7 Y en Florencia empezaron
Los hijos pues a nacer
Unos se fueron al cielo
Y los otros acrecer

- 8 Salieron de la montaña
Camino a la gran ciudad
en compañía de Adelfa
y del niño José Abad
- 9 llegaron a Bogotá
se volvieron ciudadanos
y Libardo muy feliz
haciendo niñas y niños
- 10 la historia así se resume
es la fiesta de la vida
que suenen pues los aplausos
para esta vieja querida
- 11 que berraquera por Dios
esto es una bendición
y que Dios no la proteja
con todo su corazón
- 12 Oiga pues tía María
Es una muestra de amor
Y que cumpla muchos años
En la gracia del Señor
- 13 Hoy todos a qui presentes
Le vamos a demostrar
Que si la queremos mucho
Y eso si es pura verdad
- 14 Y que lo diga Libardo
Con ese amor especial
Igual que todos sus hijos
Se lo quiere demostrar
- 15 Amor eterno María
Amor con sinceridad
El quiere que estén junticos
Ahora y en la eternidad
- 16 Esta si que es una fiesta
Y reciba este presente
Para levantar las manos
Y brindar con aguardiente
- 17 Así dirían en Florencia
Con la chicha de maíz
Y que cumpla muchos años
Y que los cumpla feliz



Familia Andrey

Jarmaile

María Pérez...mujer admirable: sabia, valiente y luchadora.



Dios me ha dado el privilegio de tener dos mamás. Hoy me dirijo a usted MAMÁ, para decirle lo infinitamente agradecida que estoy por todo lo que ha hecho por mí.

Primero por salvarme la vida cuando era bebé, además; gracias a sus cuidados hoy tengo una hermosa dentadura (le debo mis dientes recuerda).

Con alegría recuerdo que necesitaba de su cariño, de su calor y para sentirme más pegadita a usted; le llevaba un tintico y me sentaba al lado de la máquina para escuchar las mágicas historias con las cuales me trasladaba a mundos desconocido. Siempre tuvo tiempo para mí, cuando la necesitaba ahí estaba.

Gracias por haberme enseñado que en la vida hay que ir siempre con la cabeza en alto, por enseñarme el valor tan grande de tener una familia, cuidar de mi esposo y de mis hijos, pase lo que pase. Gracias por todo, es muy valioso lo que me ha transmitido en todo el transcurso de mi vida. No tendría espacio ni papel para escribir y decirle todo el AMOR, RESPETO, ADMIRACIÓN y GRATITUD que tengo hacia a usted.

En este día tan especial para usted y para todos nosotros, su aniversario número 80; quiero decirle que USTED ES LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO, al decir esto me vienen muchos recuerdos a mi mente que no puedo plasmar en este papel, solo que permanecerán para siempre en mi mente y mi corazón; y así poder transmitirlos a mis hijos, nietos y demás descendencia...Mamá, toda la vida la he admirado como mujer,

como madre, como esa persona valiente y luchadora que ha sido siempre.

Hoy le doy las GRACIAS, GRACIAS MAMÁ. Dios la bendiga siempre, la proteja, y esté por muchos años más acompañándonos y llenándonos con su amor, su presencia y su sabiduría. LA AMO MAMÁ.. Gracias por estar siempre ahí.

Olivier Andrey

SEÑORA MARÍA: Aprovecho esta oportunidad para felicitarla por ser la cabeza de esta gran familia. Cuando estuve en Colombia quedé impresionado con usted, ver cómo una mujer es capaz de mantener unida una familia tan grande, y en especial, algo que nunca he visto en mi país. La admiro por haber sacado adelante a todos sus hijos, nietos y estar siempre ahí para todos, y sobre todo por no haberse rendido pese a las circunstancias que le tocó vivir. (Jarmaile me contó un poco las vivencias de cuando eran pequeños).



Esperando que por muchos años más este gran barco siga a flote con su CAPITÁN MARÍA AL MANDO. UN FUERTE ABRAZO.

Daniela

ABUELITA BIS: Mi abue de mi vida. Hoy cumple 80 maravillosos años de vida, rodeada de felicidad y de todos los que te queremos, pienso que no fue fácil

sacarnos a todos adelante. Usted como mujer valiente que es, hizo de nosotros personas de bien, una familia unida y respetuosa con muchos valores gracias a tu esfuerzo y dedicación. Te debemos la vida y mucho más.

Te amo Abuelita Bis. Dios te bendiga siempre y te llene de vida, salud, y muchos años más. Gracias por todo, abuelita Bis.

Axel:

Querida Abuelita Bis: Eres la más guapa y buena, te deseo un muy feliz cumpleaños y gracias por todo ese amor que me distes cuando voy a Colombia, guardaré siempre este muñequito conmigo. Gracias TE AMO ABUELITA BIS.



Familia Giraldo Corredor

MARÍA PÉREZ OSORIO, MENTE Y ESENCIA FAMILIAR

“En todo momento de mi vida hay una mujer que me lleva de la mano en las tinieblas de una realidad que las mujeres conocen mejor que los hombres, y en las cuales se orientan mejor con menos luces.”

*Gabriel García Márquez
El olor de la guayaba 1982*

José Abad y Miryam Helena



Cuando **José Abad** me llevó a conocer sus padres, recuerdo a María como una persona bastante callada, seria y altiva. Con el paso de los días, pude dimensionar su papel de liderazgo frente a una familia numerosa y con precariedades económicas. Pese a ello, su trato fue amable y al poco tiempo me consideré una más de sus hijas. De Libardo se destacaba su cordialidad y buen trato.

En posteriores conversaciones, pude conocer sobre sus vidas, la travesía por varios lugares de Caldas hasta llegar a Bogotá y establecer su hogar con la fuerte consigna de progresar para sacar adelante a sus hijos y más tarde sus nietos.

Hablar sobre María Pérez Osorio, es establecer un vínculo de respeto ante la fuerza de un carácter típico de las **Madres** de antaño cuando su presencia y su voz autoritaria no dejaban espacio para la réplica o el

desacato. Es admirar en ella su gran capacidad de emprendimiento y una mente inquieta para sortear día a día el cúmulo de necesidades apremiantes que necesitaban ser resueltas.

Es entender su soberbia como la fuerza motriz que impulsaba a todos a realizar sus iniciativas y proyectos para que, al pasar el tiempo, cada uno pudiera dar cuenta de ellos.

Aunque no estaba en las calles, en fábricas u oficinas, desde su residencia, comandaba las actuaciones y progresos de sus hijos y nietos mayores. José

Abad siempre habló de su madre con infinito aprecio y reconocimiento por lo hacen-dosa, por la alegría, el empuje y la dedicación que siempre manifestaba. Fue testigo de su gran inteligencia y deseos de salir adelante. La caracterizaba como una persona abnegada y con gran espíritu de trabajo.

En enero 18 de 2003, al celebrar las bodas de oro de sus padres, realiza un reconocimiento hacia ellos de manera profunda: *“Nos reunimos hoy con la inmensa y rebosante alegría para celebrar el triunfo de nuestras vidas contra todas las formas de adversidad: Cincuenta años maravillosos de construcciones permanentes que podríamos resumir en cuatro palabras prodigiosas: Amor, trabajo, educación y esperanza.*

Amor porque ha sido el elemento permanente que nos han dado papá y mamá y nos han enseñado a dar y mantener: amor a Dios, a nuestros padres, a la familia, a las causas que emprendemos y culminamos.



Sin el amor, en todas sus formas, difícilmente permaneceríamos como hoy, porque el libreto que la vida nos tenía en nuestros orígenes y en nuestros nacimientos era bastante pobre y peregrino. Hemos ido conquistando con honestidad y limpieza un lugar en este mundo de egoísmos, injusticias y perplejidades.



El Trabajo es y será palabra clave para Libardo y María, para nosotros sus hijos y también para los nietos. Libardo, cazador, labrador, hombre de acero y quien no ha dejado de trabajar desde los siete años de edad. **María**, el nombre más sencillo y hermoso, el de más contenido y significado, toda una vida de amor y fe, trabajadora y luchadora inquebrantable, quien desde su tierna juventud atravesó, en forma valiente, épocas históricas de hambre y pobreza hasta alcanzar el progreso de éstos días. Nosotros, los hijos y los nietos, aún en las épocas de estudio, seguimos su ejemplo al no dejar de trabajar. El trabajo ha sido junto con el estudio nuestro elemento constructor fundamental.

La Educación, entendida como el deseo de saber, aprender, juzgar, inquirir, y enseñar. De Libardo y María tuvimos los primeros y maravillosos impulsos. En medio del trabajo y las ocupaciones no les faltó tiempo para que nos enseñaran a leer, escribir, rezar y hacer

operaciones. No faltó una canción, un cuento, una anécdota. La historia patria y las lecciones de historia sagrada. La reflexión filosófica, los poemas, el pensamiento histórico de María por un lado y por otro, los versos, trovas y coplas de Libardo así como sus diseños para construir puentes y casas han sido las semillas y el primer impulso para nuestras conquistas académicas.

*Y por último, **La Esperanza y fe** que han tenido siempre Libardo y María, para no desfallecer ante la dureza de la vida, ante tanta dificultad, a veces, ante la soledad sin aparente perspectiva.”*

Como nuera, conocí que María cursó algunos grados de primaria y bachillerato por medio de la *Radiodifusora Nacional* y más adelante, aprendió la modistería, tarea con la cual cooperó de manera significativa con los ingresos económicos para la familia. Durante alguna época, fue fiel seguidora de los preceptos de “*Mamá Regina*” de quien aprendió a salir de la sumisión, avanzar y sentirse plena como mujer.

Era y aún es, junto a su hija Adelfa, una cómplice predilecta para sus hijas y nietas en cuanto al arreglo personal y el cultivo de la belleza femenina tarea ésta que le daba sentido a su labor como modista.

También, he sido testigo sobre la acogida que siempre brindaba a sus familiares y cómo asumía a sus sobrinos como unos hijos más para atender. Manejaba las cuentas de la casa lo que la llevó a ganarse el título de “*María Billete*”, en voz de Elías Pérez. Fue admirada por los vecinos del barrio al demostrar coraje y dinamismo en la construcción de una vida familiar estable.

Posee una memoria prolija cuando de narrar episodios sobre su pasado remoto y/o cercano se trata, podría decirse que conoce las claves ocultas de toda su familia a lo largo de 70 años.

Cuida siempre su salud combatiendo con ingenio los malestares del

cuerpo y del alma. Aconseja, sin tregua, sobre las propiedades de los alimentos y remedios caseros que han sido efectivos en algún momento.

Opina sin vacilación sobre política y se inmiscuye, sin temores en los temas álgidos de la realidad nacional. Inquieta por estar al día en el avance social, al arribar el siglo XXI, manifiesta su extraordinario deseo por superarse, aprender y estar a tono con el desarrollo tecnológico. La observamos enviando mensajes y fotografías por WhatsApp y saludando alegremente a hijos nietos y bisnietos. ¡Qué mayor ejemplo de superación!

Nicolás

Como nieto y ahijado dirá: “Recuerdo a mi querida abuela María desde mi infancia, siempre preocupada por el bienestar de cada miembro de la familia Giraldo Pérez, cada día, siempre tan sonriente, cálida y cariñosa con todos nosotros.

Sus oraciones y devoción han creado un escudo protector para la familia y un ejemplo de bondad y disciplina en nuestros caminos. Su amor ha trascendido cada una de las generaciones y se ha manifestado a través de nuestra alegría, unión y apoyo permanente.

Muchas gracias abuela por todas sus bondades y afectos que han sido fundamentales para el crecimiento de la familia, pido para ella muchas bendiciones y una larga y próspera vida a nuestro lado.”



Neill Rolando

De otra parte, Neill expresa: “Tengo presente los momentos aquellos cuando los días sábados, a las 6 de la mañana, se reunían a amasar el maíz y hacer arepas paisas en la casa del barrio San Francisco. La comida siempre fue parte importante para la Familia Giraldo Pérez. Recuerdo mucho esa carne asada que hacía la abuela, que me encantaba y tenía su toque único. Es algo espectacular poder ver a toda la familia alrededor de mis dos abuelos reunirse cada fin de semana en aquella casa que para muchos de nosotros fue un sitio sinónimo de diversión, amor, unión y pocas veces de peleas y/o discusiones.

De mi abuela me quedan las historias que contaba sobre mi papá, las luchas diarias y su empuje para buscarle una buena calidad de vida a sus hijos, la inteligencia que la caracteriza y su preocupación y cuidado constante por toda la Familia.”



Es necesario precisar que María, junto a Libardo, ha sido, es y será la mente y la esencia de la Familia Giraldo Pérez. Y lo es, porque con el transcurrir del tiempo, la familia en general y la nuestra en particular,

se convierten en ejemplos testimoniales del grado de superación mediante el esfuerzo y la voluntad, de ellos al comienzo y de nosotros después, creando una impronta, es decir, dejando una huella y un modelo posible para formar y educar a las nuevas generaciones.

En ésta mágica, única y feliz ocasión, expresamos todo nuestro cariño, admiración y amplio reconocimiento a María Pérez Osorio como la Mujer que ha demostrado, con creces, ser capaz de llevarnos de la mano por los azarosos caminos de la vida, fortaleciendo sueños y esperanzas en la materialización de un mundo mejor para todos nosotros.

Con amor.



Familia Giraldo Avendaño



Jorge Iván

¿Usted sabe a quién es el que más quiere Mamá?

Esta es la razón, por la cual toda la vida me he sentido orgulloso de mi madre, es algo muy grato saber que provengo del vientre de una mujer tan dulce, tan inteligente, tan sencilla y tan dada a su familia, que ha sido ese ser que da luz al hogar con su presencia. El recuerdo más grato que siempre está presente en mi mente, es su presencia constante en todos los momentos difíciles y placenteros de mi vida, no puedo decir que me faltó el cariño y el amor de ella en ningún momento, pues siempre estaba en casa aguardando por sus hijos y esposo, gracias a ese comportamiento ejemplar hoy somos de las pocas familias que aún gozan de la unión fraternal.

No quiero pasar por alto la complicidad de mi madre en mis años de infancia y adolescencia, en los que la locura habitaba en los

pensamientos y travesuras de un niño de 6 años en el barrio “Las Colinas”. Vagamente recuerdo que en compañía de mis amigos jugábamos a “embocholar” lo que consistía en dejar rodar papas cuesta abajo por la loma, para que esta desembocara en una alcantarilla que en el momento estaba destapada. Pero mi curiosidad fue mas grande y tomé una piedra para ver como rodaba y qué sonido producía al caer en ésta, para sorpresa de todos, emergió de la profundidad un obrero, lastimado en su rodilla por la piedra que arrojé y así preguntando, el señor encontró mi casa

— “Señora su hijo me lastimó con una piedra la rodilla” yo escuché mientras estaba refugiado bajo la cama temeroso, pero entró en juego la complicidad de mi madre y dijo:

—“No señor, el niño no se ha movido de la casa” con su seriedad habitual.

Pero fui creciendo y mis locuras se hacían más grandes y atrevidas, aunque lo que admiro es que no importaba la gravedad del problema, mi madre siempre tuvo en sus ojos el mismo amor con el que me ha tratado toda la vida, de donde siempre ha quedado una lección como aquella vez que ya grande y comenzando mi familia, una tarde elevando cometa desde la terraza de la casa, se nos soltó el hilo y la cometa cayó sobre el techo de una casa vecina, mi madre sin pensarlo dos veces demostró su osadía al treparse sobre el techo para recuperar la cometa, ¡oh sorpresa! Mamá tenía 58 años.

Doy gracias a Dios por haberme dado el mejor hogar del mundo, forjado por María Pérez y Libardo Giraldo que han tenido la mayor participación en la formación como persona de este hombre, que hoy encabeza una gran familia y anhela un mundo lleno de amor y buen ejemplo para las generaciones venideras.

Me enorgullece presentar mi hogar conformado por mi esposa Clara Rosa Avendaño Pérez y mis cinco hijos Sandra Milena, Jorge Andrés,

*Adriana Carolina, Iván Mauricio
y Julio Cesar fruto de un gran
amor.*

Clara Rosa

“Doy gracias a Dios por darme una familia tan linda y generosa, por su puesto encabezada por una mujer que a su vez es una matrona, una líder y sobre todo la mejor madre del mundo.



Gracias tía por aceptarme y darme la oportunidad de pertenecer a su núcleo familiar, por ser la madre de ese gran hombre que es mi esposo y por ser la abuela más linda de mis hijos, por el amor que nos regalas desinteresadamente. Dios no la guarde por toda la eternidad en nuestras vidas. Te quiero Mucho”

Iván Mauricio

Hoy quiero agradecer a Dios por permitirme compartir tantos momentos y recuerdos junto a mi abuela, también le agradezco a ella por tantos consejos y por ese apoyo incondicional que me ha brindado.



El recuerdo más grato de tantos que tengo es, “cuando llegaba de vacaciones a la casa de San Francisco y nos daba una olla de gelatina con un taco de galletas, eran las tardes más deliciosas”

Gracias abuela por tantas cosas bellas que me has enseñado.

Julio Cesar

“Son pocos los momentos que he compartido con mi abuela por culpa de la lejanía, que ha sido esa bella mujer en mi vida, siempre he admirado la tenacidad y la firmeza en como dice las cosas de forma clara, directa, en el momento justo y a la persona indicada.



De mi abuela no voy a poder olvidar nunca, su forma única de darnos dinero y es que parece la espía mas preparada, con los mejores dotes para ser discreta y sin que nadie se dé cuenta que lo hace. Por lo anterior es que quiero darle gracias a la vida y al universo, por confabularse para regalarme la presencia de ella en mi vida”

Familia Gil Giraldo

Este hogar inicia hace 9 años fruto de una linda relación, contraje Matrimonio con John Alejandro Gil Vásquez y dos años después inicio nuestra descendencia fruto de un gran amor María Camila y Juan Manuel dos adorables niños que son vida de tu vida y sangres de tu sangre y hoy rinden un lindo homenaje para ti.



Sandra Milena...

Querida abuela, son muchos los recuerdos que tengo a tu lado, historias que escuchamos muchas veces de ti, de nuestros padres y tíos, cada palabra que refiere tu vida, tus años, tus hazañas es un homenaje a una gran mujer que con su esfuerzo dedicación y compromiso. Ha luchado día a día solo con un objetivo, ver a su familia triunfante, que pese a cualquier circunstancia que se ponga en su camino, sus brazos están llenos de ternura, de calor materno, de apoyo incondicional no solo con sus hijos sino con cada uno de su descendencia. Describirte abuela es muy difícil y no por que no hayan miles de virtudes para tal fin, sino porque tu vida misma está llena de magia, conocimientos y prácticas con los que se pretende conseguir cosas extraordinarias y ésta es tu esencia, hacer cosas mágicas para conseguir momentos extraordinarios que se quedan para siempre en nuestras mentes y transforma nuestros corazones.

Mi hermosa abuela... llena de carácter, sobre protectora de su vida misma, de sus hijos, sus nietos y bisnietos quien como tú para defender, resguardar y alentar. Somos descendencia de una mujer admirable toda una Reina que aún tiene en pie toda una soberanía de

fieles seguidores... llenos de un amor inquebrantable que no solo trasciende hacia ti, sino que sigue siendo motor en nuestros hogares, porque tus bondades serán legadas en nuestra vida y la de nuestros hijos de generación en generación.

JhonAlejandro

La Abuela representan la voz de la experiencia, un oasis de seguridad que aplaca la sed y alimenta el cuerpo de todo lo bueno: qué hace la Abuela María: buenos consejos, sabias palabras, fuerza estabilizadora, cómplice de algunos, buen humor, preocupada siempre por la alimentación, entre muchas otras. La Abuela María es una mezcla de madurez que aporta un ejemplo de superación para los hijos, nietos y bisnietos. Que Dios te bendiga Abuela María. Eres para nosotros lo más grande que existe: el AMOR. Te amamos abuela.



María Camila

Abuelita yo sé que te esfuerzas mucho porque venir a visitarnos de vez en cuando, tu nos das amor desde hace mucho tiempo, ya es hora que nosotros te lo demos a ti, yo se que yo soy tu bisnieta preferida, con todo el amor de mi corazón deseo que sigas amándonos por siempre lo que tú me pidas yo te lo daré con toda mi alma.

Juan Manuel

Abuelita te quiero mucho con todo mi corazón hasta el infinito.

Familia Giraldo Álvarez

Jorge Andrés



Le hace una merecida dedicatoria a una mujer ejemplar e importante en la vida de todos, en especial en la mía Jorge Andrés Giraldo, que gracias a su empeño, dedicación, esfuerzo, compromiso, amor y ejemplo, logró dejar huella en mi vida ya que durante muchos años fue mi segunda madre. Dios me regaló la oportunidad de compartir muchos días de mi vida bajo su mismo techo y ahora desde las lejanías nunca se olvida de mí, se preocupa y

mantiene muy pendiente de todos mis pasos y ahora también de mi familia Yenny e Isabella.

Mi abuela sigue siendo esa mujer dedicada y comprometida en todo lo que se propone, por ser una luchadora de tiempo completo logró enderezar mi camino y gracias a sus consejos y a su empeño durante el tiempo compartido hoy soy quien soy. Recuerdo mucho sus reclamos, su cantaleta, su alcahuetería sus consejos, en especial el de comer carne, por que como se pueden dar cuenta si me sirvió mucho ya que se hizo efectivo y si no creen preguntentele a Isabella También recuerdo mucho lo alcahueta que era ya que me regalaba dinero para ir a parran-



dear y sacar las amigas a “comer helado” y se levantaba a la hora que fuera a hacerme de comer cuando llegaba. Cuando fuimos a su casa junto con Yenny recordamos que nos dejó dormir juntos y sus platados de comida que no faltaran; quien me enseñó el valor del compromiso y la responsabilidad. Hoy le agradezco a mi querida abuela tantos momentos tan importantes en mi vida y en especial ahora en la vida de mi familia que gracias a ella y a su buen ejemplo logró hacer un hombre responsable y comprometido con todo lo que se propone.

Hoy nuestra familia le agradece tantos momentos de alegrías y le pide mucho a Dios para que se sigan prologando por mucho tiempo más, gracias Abuela que Dios y la Virgen te protejan.



Familia Baquero Giraldo:

Carolina



En estas pequeñas líneas quiero expresarle todo mi agradecimiento y cariño que le tengo a esa mujer ejemplar y llena de virtudes que a lo largo de su vida nos ha dejado los mejores ejemplos para llegar a ser grandes personas, esa mujer pujante y echada pa' delante que a pesar de sus adversidades sacó adelante a 10 hijos y tiempo después lo sigue haciendo con toda su descendencia. Esa mujer que día a día se ocupa de estar enterada de todo lo que la rodea y que sin importar si es o no es así ella saca a relucir su

opinión como toda una gran mujer, fuerte y con vos de mando. Ella la más grande mujer de la familia Giraldo Pérez. María Pérez, mi abuela, mi amiga, mi cómplice, mi protectora, porque más que abuela, tu has sido todo eso para mí, me has llevado siempre por el mejor camino, tus consejos y apoyo han sido incondicionales para mí.

Abuela mis recuerdos contigo son miles porque a pesar de siempre estar en esta lejanía no la he sentido, pareciera que siempre estuviésemos juntas, recuerdo que desde muy pequeñita has sido mi ángel acá en la tierra, y mi protectora ante todas las cosas, de niña. Recuerdo mucho esas olladas de gelatina que nos dabas todas las tardes y la arepa

con carne en las noches antes de acostarnos (como siempre para ti lo mas importante ha sido la comida), ya de joven, como olvidar ese apoyo tan incondicional que siempre me has brindado sin importar de qué o con quién tengas que discutir “por mi culpa” siempre has estado hay firme y leal en mi defensa, y como olvidar esa largas tardes de charla y aprendizaje que me has dado cada que te visito, en tus palabras siempre hay grandes enseñanzas. Abuelita sobran las palabras de agradecimiento para conmigo y ahora con la familia que he conformado al lado de ese hombre que acogiste como otro nieto y que te quiere y te respeta como su abuela. Mi abuela hermosa que Dios te bendiga te quiero mucho



Fernando Baquero

“Gracias por ser la personita que entró en mi corazón como una verdadera abuela, me acogiste como un nieto más y me diste tu cariño, cuando pasaba por un momento difícil. Gracias a tus buenas palabras y tus consejos me ayudaron cuando más lo necesitaba, por esas palabras llenas de amor y comprensión; tu significas mucho en mi vida, a pesar de ya no contar con mis abuelas Dios te puso en mi camino y eres como mi abuela adoptiva, Dios te bendiga y la Virgen te proteja por muchos años más. Te quiero mucho.

Familia Moyano Giraldo

EL SIGNIFICADO DE MARÍA PÉREZ

De manera sólida y siempre constructiva han llegado los días y noches que han forjado el empeño en crear la sabiduría que por generaciones ha sido transmitida sin ningún interés y con la ganancia totalmente justa, de hacerte una de las personas con más importancia en la vida de cualquier afortunado hija o hijo, nieta o nieto, o cualquiera que sea el acercamiento emocional.

La fuerza del amor, el emprendimiento innato, la ingeniería de la vida, la alcahuetería, las historias de vida y muerte, la forma reacia y fría de decir las cosas, la protección maternal, los achaques y ademanes, el temperamento de cuidado, la imparcialidad a veces parcial y un mundo de virtudes a su alrededor, hacen de ti María Pérez una cualitativa mamá que ha sufrido cada hijo, que ha aportado a la formación de cada uno de los suyos, que ha jugado el papel de compañera de vida en todas las situaciones por más adversas que se muestren, te hacen forjadora de vida, constructora de cariño y portadora de los más lindos sentires. La hija mas bella de todas la no. 10



Clara Giraldo

Madre. En esta oportunidad que me brinda la vida de expresarme acerca de ti quiero decir: Esa hermosa mujer ha sido en mi vida un ejemplo a seguir, quiero conservar de ella todo aquello que me enseñó, durante mi vida he aprendido de ella la importancia de ser madre, lo que se siente hacia los hijos y en este momento ya comprendo todo ese inmenso amor que ella ha tenido por nosotros sus hijos.

La admiro mucho por toda la paciencia que la ha acompañado durante toda su vida, no es de cualquier mujer dedicar toda una vida al cuidado de sus hijos desde los 16 a los 40 años solamente dedicada a ellos y a través de los años, en circunstancias tan difíciles pudo superarse tratando de estudiar y aprender la modistería para ayudar en ese humilde trabajo y lograr los frutos que a hoy en día estamos viendo. Gracias madre por todo tu inmenso amor.

Mauricio Moyano

Suegra: Gracias por regalarme esa hermosa hija, la madre de mis hijos, la admiro mucho por esa gran familia que ha formado durante toda una vida.



Héctor Camilo



Querida abuelita: Felicitaciones abuelita por esos 80 años de vida. Sea esta la oportunidad de expresarle mi admiración ya que durante toda mi vida la he visto como una gran mujer luchadora y amorosa, llena de valor para seguir adelante a pesar de las adversidades que le ha traído la vida, la veo como la “Mamá Grande” y admiro la capacidad que tiene de demostrar esa calidez y ternura de madre, ya que siempre antepone a sus hijos sin importar el mundo a su alrededor. La quiero mucho abue.

Daniel Mauricio



En conmemoración a los años de vida que has acompañado el plano terrenal, quiero de la forma más sincera y agradable mostrar mi admiración a esa mujer que ha dedicado casi toda su vida al bienestar de los suyos, que con tan solo unos pocos años de vida y de forma involuntaria se encontró con el arduo trabajo de ser mamá y que hasta la fecha no ha dejado de acompañar la formación de hijos, nietos y bisnietos, en su calidez de madre. Abuela quiero agradecer la incidencia de ese ser humano en nuestras vidas y en mi núcleo familiar, que de forma directa o indirecta ha apoyado en la persistencia del valor de la familia y desde lo personal es la más valiosa enseñanza que rescato de años y años de crianza, alcahuetería y sobre todo amor. Has demostrado ser la eterna líder que sin importar las adversidades y con el sentimiento imperante de hacer todo por el bienestar de los suyos ha salido adelante con la intermitente compañía y apoyo presenciales de ese esposo que estuvo, pero en cierta medida, que sin importar que tuviese un gran número de hijos con los cuales se forjaban historias diferentes a diario, siempre de la mano de ellos construyendo amor e historias de vida por siempre y para siempre. Felicito años de esfuerzo y entrega. Un saludo conmemorativo por la mujer trabajadora e incansable educadora de lindos sentires, felices 8 décadas Abuela.

Angélica María

Querida Abuelita

En este día tan especial para ti y para nosotros quiero darte las gracias por ser mi ejemplo a seguir y por darme un gran tesoro en mi vida que es mi mamá. No sabes la felicidad tan grande que me da el saber que estoy a tu lado compartiendo tus 80 años de vida. Te quiero dar las gracias por estar presente el día de mis 15 años ya que para mí fue un día muy especial, pero tú hiciste que fuera más especial con esa sorpresa que me diste y de haberme bautizado como una princesita con ese gran regalo que me diste y el estar a mi lado. *Te amo infinitamente abuelita hermosa*



Familia Giraldo Angarita

Rubinel

A la más hermosa madre del mundo quiero hoy rendir un homenaje, un maravilloso momento conmemorando su cumpleaños y festejando este maravilloso día. Gratos recuerdos desde mi infancia, y el sentir profundo de que siempre estas a mi lado. En mis épocas de niñez y adolescencia, en sus épocas de costura y modistería, en las épocas del padre y la fábrica (Ladrillera la Candelaria) en las épocas del hermano revolucionario en San Francisco y en las época de unificación familiar de Adelfa y sus hijos. Siempre has estado ahí hermosa madre mía. Fui un niño privilegiado, un joven afortunado y un adulto admirado y respetado por esta gran mujer. Mi bella Madre.



Esa permisibilidad de mi madre, quien a sabiendas de los daños materiales, permitió el libre desarrollo de nuestro pensamiento y nuestra felicidad, del crecimiento como niños que éramos, para lo cual estos fueron nuestros juguetes. Divertirnos con los carros esferados, dañando las tabletas y aguantando hasta dos horas de ruido con esa pista conformada por los dos patios de la casa grande de San Francisco y unidas por el andén. Permitirnos desarrollar nuestro libre crecimiento, al hacer pistas en el barro de la casa para aprender a montar bicicleta, nos volábamos para alquilar bicicletas, aprender a punta de golpes, y llegar a la casa como si nada.

Nunca sentimos sus necesidades, siempre fuimos ricos; lo tuvimos todo, pero especialmente su acompañamiento. Como no recordar la estufa de gasolina, con su tanque de bomba, su fistol y su churrusco, los empaques que ella misma arreglaba; la plancha eléctrica con sus resistencias cristalizadas, y el cable cubierto en algodón, (perfecto para una fueitera) elementos básicos para la formación de una ingeniera, quien sembrara en mí, en compañía de la necesidad los principios de mi futura profesión.



Mi ingeniera madre, fue quien formó en mí los principios de la creación, de la ciencia y del amor por la sabiduría. Tampoco puedo dejar pasar los hermosos momentos que vivimos en las mejores condiciones de San Francisco, el local sin piso, la perra muñeca y millones de pulgas que nos invadían. Solín, se lo llevó la perrera, nunca se lo perdoné al papá. El almuerzo para la fábrica, “Y yo tan chiquito” traigan el agua del aljibe o la gasolina, “y yo tan chiquito”

Hermosa juventud en el colegio INEM, siempre la mamá más joven y más bonita, admirada por mis compañeros y respetada por su seriedad; pero excelente acogedora cuando estuvieron en la casa comiendo arepa con mantequilla. Siempre alcahueta con mis amigos: Giovanni, el Zurdo, José Campanilla, el Yuca, el Pollo, compartiendo momentos maravillosos y papas con aceite, historias de la casa y apego por mi familia

Pero el orgullo más grande y la alegría que no se va de mi mente, es que mi madre siempre estuvo, está y estará ahí; su compañía es única y el sentimiento es de tranquilidad. Siempre tuvo un sentimiento de

respeto y bienvenida para mis amigas o novias, (aunque se le notaban los celos), siempre las recibió y las atendió con altura, con respeto.

Siempre fuerte, siempre grande, siempre la mamá superando los fuertes golpes que nos dio la vida, dándonos lecciones de fortaleza y demostrando que la vida se hace es echando para adelante, nunca se rindió a nada ni a nadie, cuenta la historia que superó la muerte de seis de sus hijos, viví momentos muy dolorosos a los siete años de mi niñez, fuimos a lavar ropa a la quebrada de Villa Gloria, nunca se quedó ni se queda quieta.

Siempre fui el fiel compañero de mi padre, y siempre supe dónde estaba él, contrario a lo que ella siempre pensaba. Supimos manejar momentos bien difíciles como abandonar el terruño donde crecimos (San Francisco), vivir en la Fragua fue una etapa maravillosa de la vida, allí nos salvamos muchos, nos formamos muchos, y nos fuimos varios, regresar a San Francisco en otras condiciones pero con los mismos valores y orgullo por la patria chica (los almuerzos los domingos), y el miedo de la mamá por sus hijos hicieron que abriéramos la posibilidad de migrar a nuevos territorios. Despojarnos del gran tesoro... la Casa Grande, ¡Nuestra Casa de San Francisco! Aquella que nos vio nacer, crecer y forjarnos como profesionales y construcción de nuestros hogares. Grandes recuerdos de mis hijos, grandes recuerdos de la familia, hazaña de los papás para formar esta gran familia

Para empezar esta nueva etapa maravillosa de la vida en la madurez nos fuimos a pasar gratos momentos en Suba.

Hermosa Madre Mía, hoy con gran orgullo quiero compartir unos bonitos recuerdos de mi familia a su lado considerando las edades y los momentos maravillosos que cada uno ha vivido con Tigo desde la Fragua, San Francisco, Chapinero y cada uno de los lugares y momentos que hemos compartido. Te Amo.



Pilar Angarita

Doña María GRACIAS por la acogida desde el primer momento en que pisé su hogar, GRACIAS por que cuando era estudiante desayunaba, almorzaba y comía en su casa, GRACIAS por permitirme dormir en su casa en la cama de Leidy y Jenny, GRACIAS por atender muy bien a mi mamá cuando viene de visita, GRACIAS por que siempre me da la presa de pollo que más me gusta (rabadilla) y siempre viene con huevos. GRACIAS por alcahuetearles a mis hijos cosas que yo no haría. GRACIAS por amar tanto a Rubinel, Mil y Mil gracias.

Rubén Darío

Abuelita María en San Francisco lo que más me gustó es pasar la navidad y destapar los regalos con toda la familia, lo que más recuerdo es hacer la natilla y los buñuelos, también me gustaba quedarme en tu casa. Tu eres la mejor has hecho cosas increíbles por mí. Además me gustaba tomar chocolate y pan contigo, también me gustaba que nos contabas historias variadas y también íbamos a pasear a alguna parte contigo y con todos mis primos.

Para mí San Francisco fue un barrio increíble también, yo recuerdo que nos montábamos en un carro esférico por la pendiente, esa navidad también tuve mi bicicleta favorita, cuando me dieron esa bici siempre la montaba todo el tiempo. Nunca se me va olvidar todas las cosas bonitas que hiciste por mí.



Abuelita tu siempre serás la mejor abuela del mundo. Yo también iba a gastar muchos dulces donde el gordo yo (Rubén) siempre iba a comprar mucho pan y tu hacías el chocolate. Llegaste a este mundo a amarme tanto TQM Rubén

Johan Sebastián



Abuelita María, en San Francisco, principalmente recuerdo todas esas navidades en las que nos preparabas comida deliciosa en compañía de mis tías, recuerdo esos domingos que aún se repiten, en los que nos reuníamos todos, esos domingos en los que tanto tú, como mi abuelo y mis tías y tíos nos narraban historias de cómo era su vida antes de vivir en Bogotá y cómo era en la Fragua, eran historias demasiado increíbles.

Recuerdo mucho esa época en la que empecé a perder peso, y me gustaba mucho la preocupación que se te notaba por cómo me encontraba, y aunque aún así seguía comiendo demasiado era bonito ver cómo te preocupabas.

Me encanta ir a suba a quedarme contigo los domingos, son momentos inolvidables ya que yo no solo compartía momentos con mis primos, sino también contigo, esas noches en las que nos quedamos hablando de ti y de cómo ha avanzado todo eran increíbles. Me gustaba cuando venias también a visitarnos y cada instante que he compartido a tu lado es increíble, te quiero abuelita por cómo eres y por todas las cosas que has hecho por mí y por mi familia, espero poder seguir a tu lado por

mucho tiempo compartiendo y espero alegrarte cada momento de tu vida, te amo.

María Fernanda

Querida abuela aunque no recuerde los momentos en San Francisco, recuerdo esos momentos satisfactorios y espectaculares que pasamos los domingos o cuando nos reunimos para hacer algo juntos como ir a Monserrate.

Me gusta bastante ir a tu casa, no solo por-que puedo reunirme con mis primos y tías, sino porque puedo encontrarme contigo y disfrutar de tu compañía. Me gusta y me pone feliz cuando te preocupas por si comí o no.

Abuela eres muy importante para todos, justo ahora recuerdo un día cuando yo era muy pequeña y me quedé en tu casa con mi papi y cuando nos despertamos entraste tú por la puerta o cuando nos quedamos en tu casa hace poco con todos mis primos y tú querías que nos quedáramos en tu casa y así lo hicimos.



Familia Zarama Giraldo

Sofía Giraldo Pérez

Mamá: Tu vida es hoy un testimonio que trascenderá más allá del tiempo y del espacio. Gracias a la constante lucha, amor, esfuerzo y dedicación es que hoy somos una descendencia que crece en valores. Aquellos que sembraste día a día al tomarnos de tu mano para guiarnos con dignidad y entereza, como madre retomo todas las enseñanzas para orientar a mis hijas, agradezco a Dios y a la vida por el regalo de madre que tengo y por su incondicional apoyo en todos los escenarios de mi vida.



Tengo que agradecer profundamente a esta gran mujer, por permitirme entrar en su mundo a través de sus recuerdos, tocar su corazón en cada momento vivido y mirar a través de la luz de sus ojos. Juntas hicimos un viaje maravilloso a través del tiempo, revivimos paso a paso su niñez, entramos a su juventud, sentimos el nacimiento y la crianza de sus hijos, las pérdidas, el dolor y la alegría. Mamá desde el primer momento de esta travesía fue humilde y dispuesta a mis requerimientos y logró contagiarme su sentir para transmitirlo en estas páginas. Toma inmensa fuerza y la hace valiosa cuando toda la familia se involucra y con inmenso amor aporta un granito de arena para lograr ver cristalizado este sueño.



Edgar Germán “Seño María, todo mi reconocimiento y valoración por esa histo-

ria de vida. La considero un ejemplo de superación, de resistencia y felicidad. Evidencio su fuerza en el amor a sus descendientes. Agradezco a la vida haberla conocido y para mí es un honor compartir el amor y mi vida con vuestra hija.



Laura Angélica

Cuando miramos atrás nos preguntamos si hemos dejado en la historia algo para ser recordada, amada y reconocida, mi abuela María por su parte construyó una enorme familia que se basa en el amor y la

unidad. Pero deja en plena luz la vida de una mujer que recorrió tormentas clandestinas, sufrimientos inexplicables y una brecha de realidades la cual logró cubrir bajo la magia de sus historias y el cobijar de la experiencia, esta que hoy en día son la mejor dosis de superación y crecimiento integral, como dice mi madre Sofía Giraldo “Recuerdo con tanta alegría sus mágicas historias que me hicieron ver la vida a través de los ojos del conocimiento” yo admiro a mi abuela como madre pero sobretodo como MUJER!

Familia Victoria Parrado

Ana María Parrado

Abuelita María: Hoy en su cumpleaños quiero dar gracias a la vida por permitirme crecer en una familia Fortalecida y maravillosa, una familia llena de verriquería por una mujer como usted, fuerte y maravillosa, quiero agradecer por dejarme crecer a su lado, recuerdo las peleas y las pataletas



cuando vivíamos juntas, pero también recuerdo los grandes secretos guardados, las alcahueterías y los abrazos recibidos, Gracias por ser tan fuerte y demostrarnos que una mujer maravilla existe siempre entre nosotros.

Yo sé que soy una de las nietas más alejadas, que vivo lejos y casi nunca estoy. Pero esto no es un impedimento para saber cuánto la quiero. Abuela usted me dio fuerza y me acogió cerca para curar mis heridas, me apoyo en decisiones difíciles y acogió a mi familia en suba, una época maravillosa llena de tropiezos y de aprendizajes.

Andrés Victoria

Señora María, mujeres como usted hacen grande este mundo, gracias por dejarme entrar en su familia una familia maravillosamente grande, y gracias por acompañarnos en un camino largo y complicado, cuando conocí su historia supe que Ana María era una gran mujer, gracias a su ejemplo su familia está llena de guerreras y guerreros que guían nuestro camino. Gracias



Dante Lucciano

Abuelita... cuando viví en suba fui muy feliz, estaba cerca para que me consintiera siempre, la extraño mucho y sueño con volver a vivir allá cerca a usted, Hoy quiero decirle que la quiero mucho y la extraño un montón, FELIZ CUMPLEAÑOS ABUELITA.



Anthony Gael

Hoy en tus 80`s queremos que sepas que haces grande el mundo y te queremos mucho...



Adán Gabriel

Familia Velásquez Giraldo

Gloria Edith

MI MADRE, quien se ha caracterizado por ser una mujer valiente, líder y luchadora; hoy le doy mil y mil gracias por acompañarme, en los momentos más difíciles de mi vida, por estar ahí de una manera desinteresada, por ejemplo cuando no tenía quién cuidara de mis hijos, o la empleada simplemente se iba un día cualquiera sin avisar, en aquel lugar, tan lejano, tan solitario. Ahí estaba usted; fuerte, rozagante con todo el tiempo del mundo, para ayudar en los quehaceres de mi casa, a revivir a mis hijos ¡porque estaban mal alimentados!, a calmarme los dolores de cabeza con el “¡mal de madre, ganas de carne!” o simplemente porque estaba enratonada. Se llevaba a los niños mientras nosotros trabajábamos largas jornadas, para poder conseguir gran parte de lo que hoy somos, por eso madre, hoy en este día tan especial le quiero dar GRACIAS



Gracias por ser parte de la formación de mis hijos. Por el apoyo incondicional y desinteresado que siempre nos da. Por darme la vida y permitirme ser parte de la suya, en especial en estos últimos años cuando la lejanía y la soledad pasaron de ser algo tan frío, a ser lo más caluroso y hermoso. Su llegada a Suba nos trajo calor de hogar, es como si el cielo se hubiera despejado para poder observar la vida de otra manera. Tanto así que empezaron a soplar vientos de felicidad para nosotros, la llegada de un nuevo ser, que anhelábamos hacía más

de 4 años, mi bella hija y última nieta de mis padres, Juliana. Por eso y por todo lo que nos brinda cada día en nuestras vidas, por estar presente en el proceso de formación de mis hijos.

Mujer capaz de liderar y conducir esta barca en la que navegamos, por lo que hoy somos, porque poco a poco y sin darnos cuenta, hemos construido un gran barco del cual usted es jalado para que ninguno lo abandone, porque estoy muy orgullosa de usted. Le quiero gritar al mundo que una persona excepcional, maravillosa y a la cual quiero mucho, existe para mí y esa es usted Madre, ante todo una gran mujer. GRACIAS Y FELIZ CUMPLEAÑOS.

John Alejandro Velásquez

Señora María. Quiero agradecerle por la gran acogida, por el calor de hogar que me ha brindado, por abrirme las puertas y poder ser parte de esta gran familia que somos hoy, muchas felicitaciones en este grandioso día, que tenga feliz cumpleaños y que Dios permita que nos acompañe por muchos más.



Vladimir Velásquez Giraldo.

Me ha costado realizar este escrito, en los últimos quince días tratar de enlazar las palabras precisas para soltar al mundo mi sentimientos hacia mi abuelita, quizá porque este trabajo de introspección no es fácil, mostrarle a las personas que lean estas líneas lo que pienso y lo que siento hacia ella, es como si soltara un secreto infinito que he guardado toda mi vida, en el centro de mi alma y de mi espíritu. Aquí y ahora, creo que inicia una confesión, algo que quedará para la posteridad.

Imagino el día en que todos los presentes no existamos en cuerpo y alguien, cualquier curioso que por casualidad tome en sus manos el



viejo libro, sepa por medio de mis palabras que existí y más que ello, existió ella, una de las razones fundamentales de mi vida y del mundo.

Es inevitable no cuestionarse el propósito de venir al mundo y respirar, hablar, comer, reírse, llorar, imaginar, crecer, gritar, abrazar y todos aquellos elementos que nos componen como seres humanos, cosas que suceden en la cotidianidad y pasan desapercibidas, cuando nos tomamos el trabajo de evocarlas, llegan a nuestra mente en forma de recuerdo para decirnos que nuestro transitar por la tierra es efímero y que el reloj no para de correr. Tic, tac, miles de segundos que miden el crecimiento de las arrugas, contabilizan nuestros pasos y es el tiempo el que contiene en su interior, la esencia de lo que nos hace auténticos.

¿Qué te hace auténtica a ti, abuelita? ¿Qué te hace ser la mujer que ahora eres? Indudablemente el paso del tiempo, las huellas de la vida, ese camino pedregoso y hostil que conlleva ser mujer en Colombia, en la historia de este país violento y machista, lograste ser protagonista, el amor hizo de ti, un elemento fundamental de ejemplo y resistencia.



Como llevas en la sangre la pujanza de las montañas, la furia del campesinado, creo que la niñez en el monte forjó ese carácter inquebrantable e imperecedero que te caracteriza. En la complicidad de nuestras conversaciones, a solas, me has mostrado esa niña que llevas dentro, esa mujer que por mucho tiempo la obligaron a callar pero que

sigue gritando, empoderándose de su rol como madre, rompiendo con los esquemas sociales y creando nuevas posibilidades.

Me tome el trabajo de buscar en el diccionario el término amor y su significado etimológico proviene del latín -ama- que significa raíz y el sufijo -or - que puede estar asociado a calor. En algún modo el amor es el efecto ineludible de lo esencial, es la búsqueda constante, es la necesidad de ser esencia, sin forma, sin vestido, sin envoltura. Creo que algo que nos caracteriza a todos los seres humanos sin excepción es la búsqueda, nuestros cuerpos representan una búsqueda constante de ese atributo y gran parte de mi vida me he acercado a ti con esa necesidad de encontrar mi origen, de saber quién soy.

RAIZ es amor y amor es raíz, raíz es mamá y mamá es amor. *“los pollitos dicen: pio, pio, pio, cuando tienen hambre, cuando tienen frío, la gallina busca el maíz y el trigo, les da la comida y les presta abrigo, bajo sus dos alas, acurrucaditos, duermen los pollitos, hasta el otro día”*. Y así no hubiese comida, la gallina de esta historia se la disputaba a picotazos contra la injusticia que imponía la sociedad y la falta de accesibilidad a los recursos básicos para todos sus pollitos.

El hambre, su mayor enemiga, hoy la sigue combatiendo porque sabe que ella, es la causa de todos los males. Volver a la carne asada y a los plátanos fritos es recordar mi infancia en un sabor, ¿por qué? no traer de nuevo a la memoria, los días en los que he llegado todo cascado del trajín de la ciudad y un plato de su comida es la que alivia mis dolores.

Me siento tan complacido de ser la luz de sus ojos, creo que es un privilegio que me dio la vida, ser su hijo y su nieto adorado, así como ella es mi segunda madre y la luz de mis ojos.



Más agradecimiento creo que le debo el ejemplo y la fortaleza, la rectitud y la perseverancia. Te amo abuela y madre.

Javier Alejandro

Abuela hermosa hoy en este día tan especial para ti, quiero darte las gracias por acompañarme en cada etapa de mi vida, por haberme dado calor cuando lo he necesitado, por ser tan cómplice en mi desarrollo personal. Tengo grandes recuerdos cuando mis papás se iban a trabajar y tú nos dabas desayunos de carne frita, con plátano queso y chocolate, son los mejores, gracias por ser la súper abuela en todo sentido, tu haz sido parte fundamental en mi educación. Te quiero mucho y FELIZ CUMPLEAÑOS,

Juliana Velásquez Giraldo.

Abuelita antes que todo, gracias por darme esa mamá, maravillosa y hermosa, gracias por acompañarme en todos los momentos, feliz cumpleaños que la pases muy rico y que cumplas muchos más años. Te quiero.



Familia Rodríguez Giraldo



Milvia

Ahora que tengo la oportunidad de hacer un alto en el camino y mirar atrás me doy cuenta que lo más importante para mí es mi madre, yo sé que la vida me separo muy pronto de su lado pero aun así ha sido mi polo a tierra, le doy gracias a Dios por la madre que escogió para mí, llena de muchas virtudes y sabiduría. Miro atrás y la veo sentada en esa máquina de coser día y noche sin saber que preocupaciones tendr

dría y aun así siempre firme y presente en nuestras vidas, la inocencia de nuestra niñez opacaba las necesidades del día a día siendo así muy felices, sacando cuantas cosas necesitáramos para nuestras aventuras de niños como las cobijas, las ollas y hasta la estufa y nunca nos decía nada, al igual que podíamos salir a la calle a jugar con los vecinos, algo que marco mi vida era que en la casa nunca se cerraba la puerta y así la casa siempre vivía llena al igual siempre había, no sé cómo algo para brindar. Hoy me doy cuenta lo sabía que es, a pesar de mi rendimiento académico nunca me hizo un reproche ni me dio un castigo

No puedo pasar por alto el apoyo incondicional que tuve de mi madre cuando al tener 14 años quede embarazada y ella con su sabiduría y corazón de madre estuvo hay silenciosa con los cuidados que yo necesite apoyándome en mis decisiones.



Me imagino el dolor tan grande que tuvo cuando me fui de la casa a iniciar una nueva vida al lado de mi esposo Yuber Francisco Rodríguez Suarez y mi hija Sindy Alejandra Rodríguez Giraldo a lo que posteriormente y por bendición de dios vinieron nuestros hijos Yudith Mayerly Rodríguez Giraldo y Juan David Rodríguez Giraldo, lo que ella siempre me ha hecho sentir; su apoyo incondicional, con sus sabios consejos y sus preocupaciones.

Gracias madre por ser ese ser maravilloso que siempre ha estado a mi lado y por ayudarme a ser la persona que hoy soy. Por el amor incondicional. Por el hogar que me dio durante mi niñez, es motivo de orgullo decir que pertenezco a una familia llena de amor y virtudes.

Alejandra



Al momento de empezar con este escrito es imposible no recordar y admirar la valentía y entrega de mi abuela, ella es la prueba viviente de que uno debe darlo todo por los hijos. Mi abue es una mujer entregada a su hogar a sus hijos y a sus nietos. Recuerdo con mucho amor la forma en que nos atendía cuando

lográbamos quedarnos todos a dormir en San Francisco, era ella quien en la mañana siguiente se levantaba muy temprano a calentarnos arepas y a cocinar huevos con ese delicioso chocolate en agua panela y todos nos sentábamos a desayunar en el pasillo de la cocina, ella siempre se desvivía por atendernos porque todos sabemos perfectamente que para la abuela lo más importante es la comida cualquier mal que tengamos ya sea un dolor de cabeza o cualquier enfermedad que tengamos todo se cura con comida.

Hoy que dios nos da la alegría de poderla tener aun con nosotros tenemos la oportunidad de hacer algo que regularmente ninguno hacemos es decir gracias y decirle que la amo mucho que gracias por cada concejo, cada historia y cada alcahuetería que ha tenido con nosotros porque ella es la abuela más complaciente y consentidora del mundo.

Hoy que tengo mi hogar conformado por mi esposo Cristian Camilo Varela Avendaño y mis hijos Emanuel Varela Rodríguez y Thomas Varela Rodríguez le quiero agradecer por ser un ejemplo a seguir y un apoyo incondicional gracias por todo abuela la amo mucho.

Yudith



Mi abuela...

Se me vienen tantos recuerdos de mi niñez al pensar en ella, todo empieza en la fragua cuando nos cuidaba siendo la cómplice perfecta para mi niñez, su única preocupación fue la alimentación, en-tre ellas un gran recuerdo fue un jugo

caliente de guayaba y zanahoria que con mi hermana y mi primo y yo botamos por la ventana, pero mi hermana no lo boto y mi abuela le arreglo el jugo y nosotros quedamos muy antojados pero la abuela no nos dio más.

al llegar a san francisco las aventuras aumentaron recuerdo mucho que junto con mis primos intentábamos escalar por el patio del primer piso para llegar al segundo con unos pantaloncillos del abuelo y una cuerda, cuando mi abuela nos vio mis primos salieron a correr y yo quede con todo en la mano, lo que no me esperaba es que en vez de regañarme me pasara una cuerda y nos pantaloncillos más grandes y resistentes y así logramos la gran hazaña.

Luego llego mi adolescencia y con su gran astucia fue la mujer más alcahuete en cuanto a dinero y a guardar secretos, ahora que soy madre admiro su preocupación por mí y su gran entrega.

Ahora disfruto de un lindo hogar que inicio hace ocho años junto a mi esposo Oscar David Ocampo Buitrago y fruto de este lindo amor nacieron dos hermosos hijos Luciana Ocampo Rodríguez y David Jerónimo Ocampo Rodríguez.

Gracias abuela te amo.

Juan David

Abuela gracias por estar hay siempre que lo necesito, porque siempre has sido incondicional conmigo y me haz alcahueteado y defendido cada vez que he querido quedarme en suba y me toca rogarle a mi mama siempre eres tu quien sale a intervenir por mí. Recuerdo mucho que siempre que llegaba a san francisco me esperaba una arepa con un pedazo de carne porque para ti siempre ha sido primordial la comida.



Aunque no son muchos momentos compartidos sé que eres la mejor abuela del mundo y que pase lo que pase siempre puedo contar contigo ya sea para un consejo o para un regaño, aunque también sé que económicamente siempre estas hay porque cuando has podido no ha faltado un billetico para cualquier cosa que lo necesite.

Le pido a Dios que sean millones de años más los que pueda pasar a tu lado te quiero mucho

Familia Martínez Giraldo

Para mi madre María...



Llamada igual que la Virgen, porque para mí eso es, una Santa, una mujer con valores y buenos principios; nunca me dio un mal ejemplo, siempre dedicada a su hogar y con una sabiduría que ha sido obtenida con el pasar de la vida, gracias a ella que me hizo las debidas correcciones para llegar a ser

la mujer, madre y esposa que hoy soy.

En mis recuerdos por ser una de las menores tengo que decir que siempre vi a una mujer trabajadora, luchadora, verraca por sacar adelante a sus hijos, porque para ella no existía nada más.

¡Me dio tanto amor!.... Que me consentía con caricias en las nalgas, besos en la boca y yo me sentía la niña más feliz.... Claro cuando lograba quedarme en el rincón de la cama era aún más feliz, porque cada noche con mi hermana Jenny era una lucha a ver cuál de las dos dormía con ella.

Ella siempre estaba feliz cantaba ya sea cociendo o haciendo las labores de la casa y nos colocaba a repetir las oraciones, sobre todo el Ángel de mi guarda.

Siempre me dejó hacer lo que yo quería, ya fuera jugar en la calle o irme donde las vecinas para ver T.V, pero eso sí, cuando fui creciendo ya



empezó a enseñarme las obligaciones de la casa, porque antes de los 12 años no me colocó a cocinar ni a lavar. En una de esas me pone a lavar una cobija, yo estaba segura que la había lavado bien pero ella me decía que no, que aún tenía mugre, yo le repetía que estaba bien y que no la iba a lavar más y saca un molinillo y me pega en la espalda, diciéndome...



—Hay que lavarla otra vez, Porque eso si cuando nos corregía no importaba con que fuera con tal de hacer las cosas bien, yo llorando, con mis manos peladas de lavar tanta ropa me puso a lavarla otra vez... y sobre todo lo hacía por la obediencia...

Siempre me sentí apoyada por ella, en mi infancia me protegía de todos y me defendía, en mi juventud. Como madre soltera que estuve un tiempo, yo sentía que adoraba a mi hija Diana como a ningún otro nieto, iba hasta Suba y la recogía los viernes para ella tenerla el fin de semana mientras yo trabajaba; bueno y me divertía también, porque más que abuela fue otra mamá para ella.

Hay tantos recuerdos que no terminaría de contarlos. Ella era tan alcahueta que enviaba a Papá desde San Francisco hasta donde yo trabajaba (Av Américas con Cra 68) a llevarme la comida favorita; carne frita, con arepa y tajadas de plátano maduro, porque para ella la comida era lo primero y para mí ¡Un manjar!

Y ahora que puedo compartir tanto con ella, reafirmo en decir la gran mujer que es y por eso doy gracias a Dios por permitirme estar con ella y disfrutar cada día, así peleemos o tengamos diferencias; porque dicen que nos parecemos mucho hasta en el modo de comer...

¿De verdad madre?... Gracias por todo y la amo con toda mi alma...

Diana Marcela



Abuelita, en este escrito quiero decirle que agradezco a Dios todo lo que me ha brindado, esa mezcla perfecta de superación que me ha demostrado con cada anécdota y su manera de ser, sus sabias palabras, esos consejos llenos de amor, esa manera de expresar sus experiencias para que nosotros tengamos más bases para afrontar el día a día, valores y esa valentía que inculcó a sus hijos. La manera en la que pudo ayudarlos con sus nietos, me referiré más que todo a mi madre y mi linda infancia donde fui su consentida; recuerdo que ella me dejaba dormir todo lo que quisiera y en mí.. 'desayuno' casi almuerzo me daba esa arepa con carne frita deliciosa como solo ella la sabe hacer, acompañado de ese chocolate o esa leche con panela rallada (*que hacía que mi abuelo rallara para mi*), en el transcurso del día yo le ayudaba con la ropa que tenía que lavar, ella solo me dejaba pasar el agua con jabón de una caneca a la lavadora en lo que me demoraba unos minutos, después sólo jugaba. Me tenía en la terraza un espacio con mis juguetes, mis peluches, mi marcador y espejo para ser 'profesora' también me guardaba muy bien esas faldas de campesina con las que me gustaba bailar y a ella le gustaba verme puestas. Recuerdo cuando estaba ahí arriba conmigo, cosiendo y como yo jugaba con sus telas, me gustaba ver la concentración de ella al momento de trabajar y el amplio conocimiento que tiene en la costura.

Ella tenía una manera peculiar de llamarme, decía mis nombres en una canción y lo repetía hasta que yo llegara y me encontraba. Cuando llovía o hacía mucho frío en esa terraza, más que todo en esas horas en las que se acercaba la noche ella tenía el 'plan b' para que yo no me

aburriera, me tenía grabada mi película favorita 'la sirenita' en VHS y la ponía, también de vez en cuando veíamos novelas juntas. A la hora de dormir, siempre me daba mi tetero de leche con panela (sin importar lo grande que fuera) me arrunchaba y me consentía la cabeza hasta que la tranquilidad llegaba, suficiente para tener una noche perfecta al rincón de su cama. Hay muchos más recuerdos más, abuelita hermosa.. De pronto no lo he repetido las veces suficientes, he perdido tiempo sin decirle lo mucho que la amo y admiro, una mujer verraca, sincera y con un corazón enorme, gracias por esta maravillosa familia que nos regaló, Dios la llene de bendiciones.

Juan Esteban



HOLA ABUELA Solo quería decirte que te quiero y que pases un muy buen feliz cumpleaños y que la pases muy rico con toda la familia para que vivas muchos años más para estar contigo en la buenas y en las malas y gracias por siempre ayudarme en la vida

FAMILIA GIRALDO GIRALDO

Jenny Stella

Madre hoy solo tengo palabras de agradecimiento admiración y respeto. Dios me bendijo con una madre valiente, digno ejemplo de amor, dedicación y sabiduría, me ha educado con su ejemplo e hizo de mí la mujer y madre que hoy soy. Era hermoso ver su disposición para escuchar aun en todos los escenarios de mi vida, con todo mis miedos y desilusiones, siempre estaba para mí.



Cuando era pequeña buscaba su refugio, me quedaba dormida en una caja de telas hasta caer la noche esperando que ella terminara de coser para irnos juntas a dormir.

Hoy en día al charlar sobre las adversidades de la vida, la admiro y la recuerdo como una mujer incansable, siempre estaba dispuesta para todos, lograba solucionarle las dificultades a cada uno de sus hijos y en su momento, tenía amor y paciencia para todos.

Como hija menor me tocaron un par de abuelitos. Tuvieron el tiempo solo para mí; jubilados, desocupados y con plata. Lo que les permitía acompañar mi proceso escolar, la visita de mis amigos y una que otra parrandita en la casa de la Fragua.

Como no amar a mi madre si siempre creyó en mí, tuve la fortuna de satisfacer todas mis necesidades, me compraban todo lo que les pedía, además de estar con ellos todo el día. Siento que todo el amor que no pudo darles a mis hermanos lo recibí yo, porque la tuve para mí sola por muchos años.

Fui muy afortunada, pues todos los deseos me los concedía, como dormir con ella hasta la última noche de soltera.

Janier Ferney

SEÑORA MARIA: Muchas gracias por haber traído al mundo la persona que hoy me acompaña y amo la abuelita de mis hijos, la cual admiro y respeto gracias por aceptarme en su vida



Valeria

ABUELITA HERMOSA TE AMO Gracias por quererme tanto, por decirme qué soy perfecta, por siempre defenderme de mis padres y ser alcahueta con lo que yo quiero, porque siempre está dispuesta a contarme dulces historias con valor inalcanzable. La admiro por ser tan vanidosa, cuando yo llegue a su edad quiero ser así... Que Dios y la vida nos dé la oportunidad de seguir com-partiendo por muchos años y tu abuelita que sigas tan linda especial y hermosa a mi lado te amo.



Miguel Ángel

Abuelita, te quiero mucho, quiero agradecerte por compartir conmigo tantas cosas y con mi familia, por ser tan cariñosa y tan buena como abuelita. Gracias por existir







80 Años



María Pérez de Giraldo

ISBN: 978-958-48-3939-8



9 789584 839398

